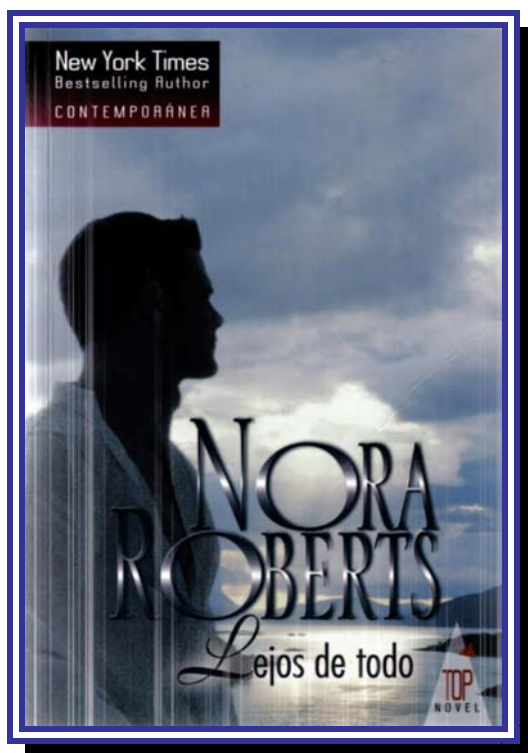


# Lejos De Todo

Nora Roberts



**Título de la novela (Año):** *Lejos De Todo* (2.007)

**Título Original:** First Impresión (1.987)

**Editorial:** Harlequín Ibérica.

**Colección:** *Top Novel*.

**Género:** Contemporáneo.

**Protagonistas:** Shane Abbott y Vance Banning.

## Argumento:

*Vance Banning estaba harto de la competitividad del mundo de los negocios y de las mujeres ambiciosas que intentaban atraparlo por su dinero, así que decidió refugiarse en una pequeña localidad rural y hacerse pasar por carpintero. Como sólo quería paz, tranquilidad y mantenerse alejado de las mujeres, lo último que necesitaba era una vecina guapa, afable y muy persistente; sin embargo, Shane Abbott tenía un encanto especial, y él era incapaz de ignorarla.*

*Vance estaba convencido de que su falsa identidad bastaría para mantener a raya a su preciosa vecina, pero Shane estaba decidida a quebrantar su resistencia. Vance ya se había quemado una vez, y había aprendido la lección. Sabía que sólo un tonto volvería a dejarse engañar por una apariencia supuestamente inocente, pero no tenía ni idea de lo resuelta que podía llegar a ser Shane Abbott cuando decidía echar una mano... o entregar su corazón.*

## Capítulo 1

El sol matinal bañaba las montañas con su luz, y enfatizaba los tonos rojos y dorados que centelleaban entre el verde de las hojas. En algún lugar del bosque, un conejo volvió a meterse en su madriguera mientras un pájaro gorjeaba animadamente en una rama. La valla que bordeaba la carretera estaba perfilada por matas de madreselva, y el suave aroma de las escasas flores que aún quedaban perfumaba el aire. En un prado distante, un granjero y su hijo recogían los últimos fardos de heno.

Un coche pasó por la carretera, de camino hacia el pueblo y su conductor hizo un gesto de saludo con la mano que Shane devolvió. Era fantástico estar de vuelta en casa.

Mientras paseaba por la hierba del arcén, arrancó una flor de madreselva y tal y como solía hacer de niña, inhaló su olor dulzón. La fragancia se intensificó brevemente cuando apretó la flor entre los dedos. Era un aroma que asociaba a la época veraniega, igual que el del humo de la barbacoa y el de los nuevos brotes de hierba; sin embargo, el verano ya estaba llegando a su fin.

Shane esperaba con impaciencia la llegada del otoño, ya que en aquella estación las montañas estaban en su apogeo. En otoño, los colores quitaban el aliento y el aire era limpio y fresco, y cuando soplaba el viento, el mundo se llenaba de sonidos y de hojas volando de un lado a otro. Era la época en la que el aire se impregnaba con el olor de la leña quemada de las chimeneas, y el suelo se cubría de bellotas caídas.

Era extraño, pero sentía como si nunca se hubiera ido de allí, como si aún tuviera veintiún años y acabara de salir de casa de su abuela para ir a comprar leche y pan a Sharpsburg. Las calles abarrotadas de Baltimore, las aceras y el gentío incesante de los últimos cuatro años parecían un sueño. Era como si no se hubiera pasado esos cuatro años trabajando de profesora en un instituto del centro de la ciudad, corrigiendo exámenes y asistiendo a las reuniones del claustro.

Pero habían pasado cuatro años y tanto la casa de dos pisos de su abuela como los tres acres de terreno boscoso que la rodeaban, habían pasado a sus manos; además, aunque las montañas y los bosques eran los mismos, ella había cambiado.

Desde un punto de vista físico, era prácticamente igual a la joven que se había ido de aquella zona del oeste de Maryland para trabajar en un instituto de Baltimore. No era demasiado alta, tenía una constitución delicada y una figura esbelta que no había desarrollado las curvas que a ella le habría gustado tener, y su tez era pálida pero con un cálido toque de color. Su sonrisa sacaba a la luz unos hoyuelos descarados, sus pómulos carecían de la elegancia que ella habría deseado que tuvieran, y durante toda su vida había tenido que aguantar que la gente usara la palabra «traviesa» para describir su nariz, que era pequeña, pecosa y un poco respingona.

Bajo sus cejas finas y suavemente arqueadas, sus ojos grandes y oscuros solían reflejar todas sus emociones, y sólo se mostraban inexpresivos en contadas ocasiones. Su pelo corto color miel le enmarcaba el rostro. Como tenía un temperamento alegre, su cara solía estar animada y su boca curvada en una sonrisa. El adjetivo que solía

usarse para describirla era «mona», y aunque había llegado a aborrecer aquella palabra, había aprendido a vivir con ella; al fin y al cabo, era imposible convertir un atractivo vital y dinámico en una belleza seductora.

Al doblar la última curva de la carretera antes de llegar al pueblo, relampagueó en su mente el recuerdo de tantas otras veces que había recorrido aquel camino en el pasado... siendo una niña, una adolescente, una joven a punto de convertirse en mujer... y experimentó una reconfortante sensación de seguridad y de pertenencia. En la ciudad no había encontrado nada que le diera el simple placer de sentirse parte de un todo.

Riendo, echó a correr y entró como una exhalación en la tienda de comestibles. La campanilla que había sobre la puerta tintineó con fuerza.

— ¡Hola!

— Hola —le contestó la dependienta, con una sonrisa—. Hoy has salido muy temprano, ¿no?

— Cuando me he levantado, me he dado cuenta de que me había quedado sin café —al ver la caja de donuts en el mostrador, fue a echar un vistazo de inmediato—. Madre mía, Donna... ¿están rellenos de crema?

— Sí —Donna soltó un suspiro cargado de envidia al ver que Shane elegía uno y le daba un mordisco. A lo largo de los últimos veinte años, la había visto comer a dos carrillos sin engordar ni un gramo.

Aunque habían crecido juntas, eran tan distintas como el día y la noche. Shane era rubia y Donna morena; la primera era menuda y la segunda alta y curvilínea. Durante la mayor parte de sus vidas, Shane había sido la líder, la aventurera y Donna había seguido su liderazgo; aunque no dudaba en señalar los puntos débiles de los planes que urdía su amiga, siempre acababa formando parte activa de ellos.

— Bueno, ¿qué tal va el traslado?

— Bastante bien —contestó Shane, con la boca llena.

— Apenas te hemos visto el pelo desde que volviste.

— Tengo un montón de cosas por hacer, mi abuela apenas pudo encargarse de la casa durante los últimos años —comentó, con una voz rebosante de cariño y de dolor—. Siempre le interesó más su huerto que las goteras del techo, a lo mejor si me hubiera quedado...

— No empieces a culparte, sabes que quería que aceptaras el puesto en el instituto —la cortó Donna—. Faye Abbott vivió hasta los noventa y cuatro años, muchos desearían llegar a esa edad; además, fue una luchadora hasta el final.

Shane soltó una carcajada.

— Sí, eso es verdad. A veces, me parece verla sentada en su mecedora de la cocina, vigilándome para asegurarse de que lavo los platos por la noche —el recuerdo hizo que sintiera añoranza por la infancia que había quedado atrás, pero se obligó a animarse—. He visto a Amos Messner con su hijo, recogiendo heno —terminó de

comerse el donut, y se limpió las manos en los pantalones antes de añadir —: creía que Bob estaba en el ejército.

— Lo dejó la semana pasada, va a casarse con una chica que conoció en Carolina del Norte.

— ¿En serio?

Donna sonrió con satisfacción. Como era la propietaria de la tienda de comestibles, se jactaba de ser los oídos y los ojos del pueblo.

— Va a venir a visitarlo el mes que viene, trabaja de secretaria.

— ¿Cuántos años tiene? —le preguntó Shane, para ponerla a prueba.

— Veintidós.

Shane se echó a reír.

— Donna, eres fantástica. Siento como si nunca me hubiera marchado.

Donna sonrió al oír aquella risa desinhibida tan familiar.

— Me alegro de que hayas vuelto, te hemos echado de menos.

Shane apoyó la cadera contra el mostrador, y le preguntó:

— ¿Dónde está Benji?

— Arriba, con Dave — Donna sonrió al pensar en su marido y en su hijo —. Cuando está aquí abajo no deja de hacer travesuras, después de comer yo me quedaré con él mientras Dave se ocupa de la tienda.

— Vivir encima de tu negocio tiene sus ventajas.

Donna aprovechó la oportunidad para sacar un tema del que quería hablar con su amiga.

— Shane, ¿aún estás planteándote lo de remodelar tu casa?

— No estoy planteándomelo, estoy decidida a hacerlo —antes de que Donna pudiera interrumpirla, se apresuró a añadir—: una tienda de antigüedades es un buen negocio y el museo hará que destaque por encima de las demás.

— Pero es un riesgo enorme —protestó Donna, más preocupada que nunca al ver el brillo de excitación en los ojos de Shane. Era un brillo que había visto antes, cada vez que su amiga tramaba uno de sus planes—. Los gastos...

— Tengo bastante ahorrado para poner en marcha el negocio y de momento, la mayor parte de los artículos que ponga en venta saldrán de la casa. Donna, quiero hacerlo. Quiero tener mi propia casa, mi propio negocio —recorrió con la mirada la tienda, y comentó—: estoy segura de que lo entiendes.

— Sí, pero yo tengo la ayuda de Dave. No creo que fuera capaz de montar o de dirigir un negocio por mi cuenta.

— Estoy segura de que va a funcionar —Shane fijó la mirada más allá de Donna, como si estuviera contemplando sus propios sueños—. Puedo ver cómo será cuando esté listo.

— Vas a tener que hacer un montón de remodelaciones.

— La estructura básica de la casa quedará intacta. Sólo habrá que hacer modificaciones y reparaciones, y la mayoría las habría hecho de todas formas.

— Vas a necesitar licencias y permisos...

— Ya está todo solicitado.

— Tendrás que pagar un montón de impuestos...

— Ya me he puesto en contacto con un contable —Shane sonrió al ver que su amiga hacía una mueca de resignación—. Tengo una buena ubicación, un conocimiento sólido sobre antigüedades y puedo recrear todas y cada una de las batallas de la Guerra Civil.

— Eso está claro, lo haces a la más mínima oportunidad.

— Como no tengas cuidado, voy a volver a recrear para ti la batalla de Antietam.

Donna soltó un exagerado suspiro de alivio cuando se abrió la puerta.

— Hola, Stu —le dijo al recién llegado.

Durante los diez minutos siguientes, los tres se entretuvieron cotilleando mientras Donna empaquetaba el pedido de Stu, y Shane no tardó en enterarse de los pocos cambios que habían ocurrido en los cuatro años que había pasado fuera.

Sabía que se la consideraba una rareza... la chica del pueblo que se había marchado a la ciudad y que había vuelto cargada de grandes ideas y que para los habitantes de más edad, seguía siendo la nieta de Faye Abbott. Formaban una comunidad bastante cerrada, y la consideraban una de ellos. No se había casado con el hijo de Cy Trainer como todo el mundo esperaba, pero por fin había vuelto al redil.

— Stu sigue siendo el mismo —comentó Donna, cuando volvieron a quedarse solas—. ¿Te acuerdas de nuestro primer año en el instituto? Él estaba en el último curso, era el capitán del equipo de rugby y el chico más guapo de todos.

— Sí, y tenía la azotea prácticamente vacía —dijo Shane con sequedad.

— Siempre te gustaron los intelectuales —antes de que Shane pudiera protestar, añadió—: oye, creo que tengo uno perfecto para ti.

— ¿Un qué?

— Un intelectual. Al menos, eso parece por la pinta que tiene; además, es tu vecino —la sonrisa de Donna se fue ensanchando por momentos.

— ¿Mi vecino?

— Ha comprado la propiedad de los Farley se mudó la semana pasada.

— ¿En serio? —dijo Shane, sorprendida—. La casa estaba prácticamente destrozada por el fuego, ¿quién podría ser tan tonto como para comprar un sitio tan destartado?

— Vance Banning, de Washington D.C.

— Bueno, supongo que el terreno vale la pena, aunque la casa sea una ruina — Shane se acercó a un estante, agarró un paquete de café y lo puso sobre el mostrador sin comprobar el precio—. Supongo que lo ha comprado para ahorrarse impuestos o algo así.

— No creo, está arreglando la casa — Donna marcó el precio en la caja registradora, mientras Shane sacaba el dinero del bolsillo trasero del pantalón.

— Así que es un tipo valiente — comentó Shane, mientras se metía el cambio en el bolsillo con gesto distraído.

— Y además está solo. No creo que le sobre el dinero, porque no tiene trabajo.

— Vaya.

Shane sintió una punzada de lástima por el hombre, consciente de que el problema del desempleo podía afectar a cualquiera; el año anterior, había habido una reducción de plantilla del tres por ciento en su instituto.

— He oído que es bastante mañoso — siguió diciendo Donna—. Archie Moler le llevó unas tablas de madera hace unos días y me dijo que ya ha acabado de arreglar el porche. Pero parece que apenas tiene muebles... unas cajas de libros, y poco más.

Shane ya estaba pensando en lo que podía dejarle; tenía varias sillas de sobra que...

— Además, es muy guapo — añadió Donna.

— Oye, te recuerdo que estás casada.

— Pero aún puedo mirar, ¿no? Es bastante alto — Donna soltó un suspiro de apreciación. Ella medía casi un metro ochenta, así que le gustaban los hombres altos—. Es moreno, y tiene una cara con personalidad... ya sabes, con líneas de expresión y firme. Y tiene unos hombros fantásticos.

— Siempre te fijas en los hombros.

— Está un poco delgado para mi gusto, pero es guapísimo. Aunque parece un tipo bastante solitario, apenas habla ni se relaciona con la gente del pueblo.

— Es duro ser un forastero — Shane lo sabía por experiencia propia—. Por no hablar de estar en el paro. ¿Qué crees que...? — se interrumpió al oír el tintineo de la campanilla de la puerta y cuando se volvió, la mente se le quedó en blanco.

Era alto, tal y como había dicho Donna. Sus miradas se cruzaron, y Shane asimiló en cuestión de segundos cada detalle de su físico. Aunque estaba delgado, tenía unos hombros anchos y la camisa remangada revelaba unos brazos musculosos. Tenía el rostro bronceado y una mandíbula firme y el pelo negro y liso.

Su boca era preciosa, plena y perfectamente esculpida, pero Shane supo de forma instintiva que podía llegar a ser cruel; además, sus ojos azules tenían una mirada impenetrable y reservada. Tenía un aire de arrogancia distante, pero aquella frialdad parecía pugnar con una potente energía subyacente.

La súbita atracción física que sintió hacia él la tomó completamente desprevenida, porque siempre se había sentido atraída por hombres sencillos y afables; sin

embargo, a pesar de que sabía que aquel hombre no era ninguna de las dos cosas, lo que sentía era innegable. Por un instante, su ser entero pareció volverse hacia él con una certeza tan básica como la química y tan insustancial como los sueños. El momento no debió de durar más de cinco segundos, pero con eso fue más que suficiente.

Shane sonrió, pero él fue hacia el otro extremo de la tienda después de hacer un gesto de saludo casi imperceptible con la cabeza.

— Bueno, ¿cuánto vas a tardar en poder abrir? —le preguntó Donna con exagerado entusiasmo, sin dejar de mirar con disimulo hacia el recién llegado.

— ¿Qué? —le preguntó Shane, cuya atención seguía centrada en el hombre.

— Que cuánto tiempo vas a tardar en abrir tu negocio.

— Ah. Supongo que unos tres meses, hay mucho trabajo por hacer.

El hombre se acercó al mostrador con un paquete de leche, y se sacó la cartera del bolsillo. Donna se apresuró a cobrar y le lanzó una mirada de reojo a su amiga antes de devolver el cambio. El hombre se fue sin haber pronunciado ni una sola palabra.

— Ese era Vance Banning —dijo Donna.

— Sí, lo suponía.

— ¿Ves lo que te decía? Es muy guapo, pero bastante huraño.

— Eso parece. Bueno, me voy. Hasta luego —Shane se dirigió hacia la puerta.

— ¡Shane, que te dejas el café!

— ¿Qué...? Ah, sí. Claro. Gracias, Donna.

Shane salió de la tienda, y Donna se quedó mirando la puerta con expresión perpleja antes de bajar la mirada hacia el paquete de café que seguía en su mano.

— ¿Qué bicho le ha picado? —murmuró.

Shane emprendió el camino de vuelta a casa, mientras intentaba aclararse las ideas. Aunque era una persona muy emocional, podía ser analítica en caso necesario, y en ese momento estaba intentando entender lo que acababa de ocurrirle; desde luego, no había sido simplemente una reacción normal ante un hombre atractivo.

De forma inexplicable, había sentido como si su vida entera hubiera sido un período de espera hasta aquel breve y silencioso encuentro, como si algo en su interior hubiera reconocido a aquel hombre de forma instintiva, como si de alguna forma hubiera sabido que aquél era «el hombre».

Se dijo que era ridículo, una completa idiotez. No lo conocía de nada, ni siquiera le había dirigido la palabra. Nadie en su sano juicio se sentiría tan atraído por un completo desconocido... seguramente, su reacción se debía a que había estado hablando de él con Donna justo cuando había entrado.

Al dejar la carretera principal y empezar a subir la cuesta que llevaba hacia su casa, se recordó que el tipo ni siquiera era amable. Había contestado a su sonrisa con

un gesto casi imperceptible, y no se había dignado mostrar la más mínima cortesía; además, sus ojos azules habían permanecido fríos y distantes. Estaba claro que no se parecía en nada al tipo de hombres que solían atraerla, pero su reacción hacia él había ido mucho más allá de una mera atracción.

Como siempre, Shane sintió una profunda satisfacción al ver la casa. Todo aquello era suyo. La densa arboleda, que empezaba a mostrar los primeros signos del otoño, el arroyo, las rocas que afloraban aquí y allá... todo suyo.

Se detuvo en el puente de madera que cruzaba el arroyo y contempló la casa. Era innegable que necesitaba algunos arreglos. Había que cambiar algunas de las tablas del porche y el techo estaba bastante mal; aun así, era un sitio precioso, enmarcado por colinas y bosques y con las montañas distantes de fondo. Se había construido más de un siglo atrás con piedras de la zona, y aunque la lluvia enfatizaba los colores del antiguo material y hacía que brillara como nuevo, en los días soleados como aquél tenía un plácido tono gris.

Tenía una estructura simple, basada en líneas rectas que buscaban la durabilidad en detrimento de la sofisticación. El camino de entrada llegaba hasta el primer escalón del porche, que estaba roto; obviamente, lo que iba a dar problemas no era la piedra, sino la madera.

Shane dejó a un lado las posibles trabas y se centró en la belleza de lo familiar. Las últimas flores del verano ya estaban marchitándose y los primeros brotes de otoño empezaban a surgir. El agua murmuraba suavemente al pasar entre las rocas, el susurro del viento mecía las hojas de los árboles y el zumbido de las abejas arrullaba los sentidos.

Su abuela había guardado celosamente su intimidad, así que Shane podía dar un giro completo sin ver ni una sola casa. Sólo tenía que andar menos de medio kilómetro si le apetecía tener algo de compañía y si quería estar sola, le bastaba con quedarse en casa. Después de pasarse los últimos cuatro años en aulas llenas de ruidosos estudiantes, estaba más que lista para disfrutar de algo de soledad.

Al retomar la marcha, se dijo que con un poco de suerte podría abrir la tienda antes de Navidad. «Antigüedades y Museo Antietam», un nombre sobrio y conciso. En cuanto acabaran las reparaciones del exterior, se pondría manos a la obra con el interior, y tenía una idea muy clara de lo que quería.

La primera planta estaría dividida en dos secciones principales. El acceso al museo sería gratuito y atraería a clientela potencial para la tienda. La colección familiar bastaba para llenar el museo de momento y aún tenía seis habitaciones llenas de muebles antiguos por catalogar. Tendría que ir a unas cuantas subastas para ir ampliando el inventario, pero su herencia y sus ahorros le bastarían para empezar.

Tanto la casa como el terreno eran completamente suyos, así que sólo tenía que pagar los impuestos anuales. Como su coche también estaba pagado, sólo tenía que preocuparse por los gastos de su proyecto. Iba a tener éxito, pero lo más importante de todo era que iba a ser totalmente independiente.

De repente, se detuvo de nuevo y siguió con la mirada el sendero que se perdía en el bosque en dirección a la propiedad de los Farley. Tenía curiosidad por saber lo que



el tal Vance Banning estaba haciendo con la vieja casa y debía admitir que quería volver a verlo; además, iban a ser vecinos, así que lo mínimo que podía hacer era presentarse y empezar con buen pie.

Sin darse tiempo a pensárselo dos veces, se adentró en el bosque. Conocía al dedillo aquellos árboles, porque había jugado y paseado entre ellos desde niña, pero algunos se habían caído y descansaban cubiertos de hojas en el suelo. Sobre su cabeza, las ramas formaban un techo intermitente rasgado por los rayos del sol.

Shane siguió el estrecho sendero con paso firme y de pronto oyó el ruido de martillazos. Aunque el sonido rompía la quietud del bosque, le resultó agradable, porque indicaba trabajo y progreso. Aceleró el paso, pero se detuvo al amparo de unos árboles cuando por fin vio a su nuevo vecino. Estaba en el porche recién reconstruido de la antigua casa de los Farley, apuntalando la baranda. Se había quitado la camisa y su piel bronceada brillaba con una fina capa de sudor y el vello oscuro de su pecho descendía hasta desaparecer bajo la cintura de sus vaqueros ceñidos y gastados.

Cuando él levantó la parte superior de la baranda para colocarla en su sitio, los músculos de su espalda y de sus hombros se tensaron. No tenía ni idea de que alguien estaba observándolo, así que a pesar del esfuerzo físico que estaba realizando, parecía relajado y no había ni rastro de dureza alrededor de su boca ni frialdad en sus ojos.

Cuando Shane salió al claro, Vance levantó la cabeza de golpe y sus ojos se llenaron de fastidio y de suspicacia. Ella ignoró su actitud beligerante y fue hacia él.

—Hola —lo saludó, con una sonrisa que sacó a relucir sus hoyuelos—. Soy Shane Abbott, vivo en la casa que hay al otro lado del sendero.

Él enarcó una ceja a modo de saludo y dejó el martillo sobre la baranda, mientras se preguntaba qué demonios quería.

Shane volvió a sonreír, se metió las manos en los bolsillos traseros de los pantalones y contempló la casa con interés.

—Tienes bastante trabajo, es una casa muy grande —comentó con tono amigable—. Dicen que en su día era preciosa, creo que tenía un balcón que recorría toda la segunda planta —levantó la mirada hacia la planta en cuestión, y añadió—: es una pena que el fuego destrozara el interior... y los años de abandono también han hecho estragos —miró a su nuevo vecino con interés, y le preguntó—: ¿eres carpintero?

Vance dudó por un momento antes de contestar, pero decidió que aquello no se alejaba demasiado de la verdad.

—Sí.

Shane pensó que su pequeña indecisión se debía a que se sentía avergonzado de estar en paro, y comentó con naturalidad:

—¡Qué bien!. Para alguien de Washington, las montañas deben de ser un gran cambio —sonrió al ver su expresión de sorpresa, y añadió—: lo siento, es lo malo que tienen los pueblos pequeños. Las noticias vuelan, sobre todo cuando llega un forastero de la ciudad.

—¿En serio? —Vance se apoyó contra uno de los postes de la baranda.

—Claro. Y ten en cuenta que para todo el mundo seguirás siendo un hombre de ciudad aunque vivas aquí veinte años, y que ésta siempre será la vieja casa de los Farley.

—No importa cómo la llamen —contestó él con frialdad.

Shane frunció ligeramente el ceño y al ver su expresión orgullosa y decidida, se dio cuenta de que aquel hombre no aceptaría ninguna muestra abierta de caridad.

—Yo también estoy haciendo unas reformas en mi casa, pero a mi abuela le encantaba almacenar trastos viejos. ¿Podría traerte un par de sillas? voy a tener que subirlas al ático si alguien no me hace el favor de quedárselas.

—Tengo todo lo que necesito por ahora —le contestó él, impasible.

Shane había esperado una respuesta similar, así que mantuvo el tono afable al decir:

—Ven a buscarlas cuando quieras si cambias de opinión, estarán almacenando polvo en el ático. Tienes un buen trozo de terreno —comentó, mientras recorría con la mirada los pastos que se extendían en la distancia. Había varias construcciones en bastante mal estado y se preguntó si Vance las repararía antes de la llegada del invierno—. ¿Piensas criar ganado?

—¿Por qué lo preguntas?

Shane intentó pasar por alto el tono frío y seco de su voz.

—Recuerdo que cuando era niña, antes del incendio, solía dormir en verano con las ventanas abiertas y oía a las vacas de los Farley con tanta claridad como si hubieran estado en el jardín de mi abuela. Era agradable.

—No tengo pensado criar ganado —le dijo él, antes de volver a agarrar el martillo en un claro gesto de despedida.

Shane se quedó mirándolo durante unos segundos, sin saber cómo reaccionar. Aquel hombre no era tímido, sino maleducado. Un completo maleducado.

—Siento haber interrumpido tu trabajo —le dijo, sin inflexión alguna en la voz—. Como eres forastero, deja que te dé un consejo: deberías vallar tu propiedad si no quieres que entre nadie —indignada, dio media vuelta y volvió por donde había llegado.

## Capítulo 2

«Vaya una tonta», se dijo Vance mientras golpeteaba suavemente con el martillo en la palma de la mano. Sabía que había sido un grosero, pero no sentía remordimiento alguno. No había comprado un trozo de tierra en las afueras de un puntito perdido del mapa para entretener a posibles visitantes; de hecho, prefería no tener ninguna visita, sobre todo si se trataba de una mujer rubia con hoyuelos y unos enormes ojos marrones.

Se sacó un clavo de la riñonera, mientras pensaba en los motivos que podían haberla impulsado a ir a verlo. ¿Habría ido para tener una charla íntima con él?, ¿acaso había pensado que le enseñaría la casa, como un buen vecino? Soltó una carcajada carente de humor ante la idea, mientras clavaba el clavo con tres golpes certeros. Él no quería saber nada de sus vecinos, lo que quería y estaba decidido a tener era tiempo para sí mismo. Hacía muchos años que no se permitía ese lujo.

Sacó otro clavo y lo colocó con movimientos precisos a cierta distancia del otro. No le había hecho ninguna gracia la atracción instantánea que había sentido hacia ella en cuanto la había visto en la tienda, sabía que las mujeres tenían una habilidad pasmosa para aprovecharse de una debilidad así. No iba a permitir que volviera a suceder, ya tenía bastantes cicatrices que le recordaban lo que había detrás de unos ojos enormes y aparentemente inocentes.

«Así que ahora soy un carpintero», pensó con ironía. Bajó la mirada y contempló las palmas de sus manos, que estaban endurecidas y llenas de callos. Durante demasiados años habían permanecido impecables, acostumbradas a firmar contratos y a escribir cheques, pero había vuelto durante un tiempo a sus inicios... a la madera. Hasta que estuviera listo para volver a sentarse tras la mesa de un despacho, era carpintero.

Aquella casa que estaba cayéndose a pedazos le proporcionaba una meta, la sensación de querer lograr un objetivo, y eso era algo que había echado en falta en los últimos años. Estaba acostumbrado a soportar presión, a alcanzar el éxito y a cumplir con su deber, pero había dejado de disfrutar con lo que hacía.

El vicepresidente de Construcciones Riverton tendría que arreglárselas para dirigir las cosas durante unos meses, porque él estaba de vacaciones. Y la rubia de ojos enormes tendría que quedarse en su propia casa, porque no quería saber nada de cordialidad vecinal.

Se volvió de inmediato al oír que alguien se acercaba y murmuró una larga retahila de imprecaciones cuando vio que Shane se dirigía de nuevo hacia la casa. Con movimientos cuidadosos que revelaban su exasperación contenida, dejó el martillo sobre la baranda.

— ¿Qué? — sin añadir nada más, clavó sus fríos ojos azules en ella y esperó.

Shane no se detuvo hasta llegar al pie de los escalones. Había decidido que no iba a dejar que la intimidara.

—Soy consciente de que estás muy, pero que muy ocupado, pero he pensado que te interesaría saber que hay un nido de serpientes venenosas muy cerca del sendero... en el borde de tu propiedad —le dijo, con un tono tan gélido como el de él.

Al ver que la miraba con suspicacia, Shane se preguntó si pensaba que estaba inventándoselo para fastidiarlo. No se dejó amilanar y dejó que el silencio se prolongara durante unos segundos antes de dar media vuelta; sin embargo, apenas había andado unos metros cuando él soltó un suspiro de impaciencia.

—Espera, vas a tener que enseñarme dónde está el nido.

—No tengo que hacer nada... —Shane cerró la boca de golpe al volverse y darse cuenta de que estaba hablando con la puerta. Por un momento, deseó no haber visto el nido o haber seguido sin más hacia su casa, pero sabía que después se habría sentido culpable si él hubiera acabado herido.

«Bueno, ésta será tu buena obra del día», se dijo con resignación. Le dio una patadita a una piedra, mientras pensaba en lo tranquila que estaría en ese momento si no hubiera salido de su casa aquella mañana.

Levantó la mirada al oír que la puerta de entrada se cerraba de golpe, y vio que Vance bajaba los escalones del porche con un rifle en las manos.

—Vamos —le dijo él con voz cortante.

Al ver que echaba a andar por el sendero sin esperarla, Shane apretó los dientes y lo siguió.

Los rayos de sol que se filtraban entre las ramas de los árboles dibujaban un calidoscopio de luces y sombras y el olor de la tierra y de las hojas contrastaba con el del aceite del rifle. Shane se adelantó sin decir palabra, y finalmente se detuvo y señaló hacia un montón de rocas y de hojarasca.

—Está ahí.

Vance avanzó un paso, y vio las serpientes de inmediato. No se habría dado cuenta de que aquel nido estaba allí si ella no se lo hubiera dicho... a menos que lo hubiera pisado, claro. Y teniendo en cuenta lo cerca que estaba del sendero, no habría sido extraño que ocurriera.

Shane permaneció en silencio mientras él agarraba un palo y apartaba las rocas. Tenía la mirada fija en las serpientes, así que no se dio cuenta de que Vance se llevaba el rifle al hombro. El primer disparo la sobresaltó y con el corazón martilleándole en el pecho, fue incapaz de apartar la mirada mientras él disparaba cuatro veces más.

—Ya está —murmuró Vance, antes de bajar el arma y ponerle el seguro. Al volverse hacia Shane, se dio cuenta de que su piel tenía un ligero tono verdoso—. ¿Qué te pasa?

—Podrías haberme avisado —le dijo ella, con voz temblorosa—. Preferiría no haberlo visto.

Vance se volvió hacia el desagradable espectáculo, y se dio cuenta de la estupidez que había cometido. Masculló una imprecación, y agarró a Shane del brazo.

—Vamos a mi casa, allí podrás sentarte un rato.

—Sólo necesito unos segundos para recuperarme, no quiero tu «amable» hospitalidad —Shane sintió una mezcla de vergüenza y de exasperación, y de inmediato intentó zafarse de su mano.

—No quiero que te desmayes en mis tierras —le dijo él, mientras la conducía hacia el claro—. No era necesario que te quedaras después de enseñarme dónde estaba el nido.

—Vaya, de nada —Shane posó una mano sobre su estómago revuelto—. Eres el hombre más desagradable y antipático que he conocido en mi vida.

—Y yo que creía que mis modales eran impecables —murmuró él, antes de abrir la puerta de la casa.

La condujo por una gran sala vacía hasta la cocina y al ver las paredes desnudas y la falta de muebles, Shane lo miró con una mueca que podía interpretarse como una sonrisa.

—Tienes que decirme quién es tu decorador —comentó. Le pareció oír que él soltaba una suave carcajada, pero se dijo que no podía ser.

La cocina contrastaba con el resto de la casa, ya que estaba limpia y reluciente. Las paredes estaban empapeladas y los estantes y la encimera parecían nuevos.

—Oye, no está nada mal. Eres bueno en tu trabajo —comentó ella, mientras Vance hacía que se sentara en una silla.

—Voy a prepararte un poco de café —se limitó a decir él, mientras ponía a calentar un cazo de agua.

—Gracias.

Shane centró su atención en la cocina, decidida a olvidar el macabro espectáculo que acababa de ver. Los marcos nuevos de las ventanas se conjuntaban con el zócalo y la moldura, las vigas de madera estaban a la vista y perfectamente pulidas y el suelo de roble estaba lijado, barnizado y encerado. Era obvio que Vance Banning sabía trabajar con la madera. El trabajo del porche era puramente mecánico, pero la cocina mostraba elegancia y preocupación por el detalle.

Era injusto que un hombre con tanto talento estuviera desempleado; seguramente, había gastado sus ahorros para dar un pago inicial por la propiedad. Era posible que le hubieran ofrecido la casa a buen precio, pero el terreno era de primera calidad. Al recordar la falta de muebles del resto de la primera planta, no pudo evitar volver a sentir compasión por él.

—Es una cocina preciosa —le dijo con una sonrisa.

Vance se dio cuenta de que sus mejillas habían recuperado algo de color y le dio la espalda para agarrar una taza.

—Tendrás que conformarte con café instantáneo —le dijo.

Shane soltó un suspiro.

—Vance... —esperó a que él se volviera de nuevo hacia ella, y entonces le dijo—: creo que hemos empezado con mal pie. No soy una vecina entrometida y fisgona, sólo tenía curiosidad por ver los cambios que estabas haciendo en la casa y quería presentarme. Conozco a todo el mundo de la zona —se levantó de la silla antes de añadir—: no era mi intención molestarte.

Shane se dirigió hacia la puerta, pero cuando pasó por su lado, él la tomó del brazo y se dio cuenta de que su piel aún estaba fría.

—Shane... venga, siéntate.

Ella lo observó durante unos segundos. Su rostro parecía inflexible y distante, pero le pareció detectar una cierta amabilidad contenida. Más relajada, le dijo:

—Me gusta el café con leche y tres cucharadas de azúcar.

Él esbozó una sonrisa a pesar de sí mismo, y comentó:

—Eso es asqueroso.

—Sí, ya lo sé. Tienes azúcar, ¿verdad?

—Sí, sobre la encimera.

Vance llenó la taza de agua caliente, y tras vacilar por un segundo, llenó otra y las llevó las dos a la mesa.

—Esta mesa es preciosa —comentó Shane, mientras recorría la superficie del mueble con los dedos—. Cuando acabes de restaurarla, tendrás una verdadera joya —después de echar leche en su taza, añadió tres cucharadas de azúcar y vio que Vance hacía una mueca antes de tomar un sorbo de su café solo—. ¿Te interesan las antigüedades?

—No especialmente.

—Pues a mí me fascinan; de hecho, pienso abrir una tienda. Yo también estoy en pleno traslado, porque he vivido durante cuatro años en Baltimore, enseñando historia —Shane se apartó un mechón de pelo de la frente, y se reclinó en la silla.

—¿Has dejado la enseñanza? —Vance se dio cuenta de que tenía unas manos pequeñas, acordes con el resto de su cuerpo. La sombra azul de sus venas bajo la palidez de su piel hacía que pareciera muy delicada, y tenía unas muñecas estrechas y unos dedos largos y finos.

—Había demasiadas normas, demasiados reglamentos —le explicó ella, mientras sus manos gesticulaban de forma expresiva.

—¿No te gustan las normas?

—Sólo las mías —admitió ella, con una carcajada—. La verdad es que era una profesora bastante buena, pero tenía un problema con el tema de la disciplina. No se me da nada bien ponerme firme.

—¿Y tus alumnos se aprovechaban de eso?

—Claro, siempre que podían.

—Pero te quedaste allí cuatro años, ¿no?

—Quise esforzarme al máximo —Shane colocó el codo sobre la mesa y apoyó la barbilla en la palma de la mano—. Pensé que la ciudad era mi gran oportunidad, es algo muy común en los que nos criamos en pequeños pueblos rurales. Luces brillantes, montones de gente, ajeteo... quería excitación a lo grande, pero con cuatro años he tenido más que de sobra —tomó un sorbo de café, y añadió—: al parecer, hay gente de ciudad que cree que la respuesta a sus problemas es irse a vivir al campo, para criar unas cuantas cabras y plantar unos tomates. Está claro que queremos lo que no tenemos.

—Sí, eso parece —Vance se dio cuenta de que sus ojos tenían pequeños reflejos dorados y se preguntó cómo era posible que hubiera tardado tanto en verlos.

—¿Por qué has elegido Sharpsburg?

Él se encogió de hombros con indiferencia, ya que quería evitar a toda costa hablar de sí mismo.

—He hecho algunos trabajos en Hagerstown y me gusta la zona.

—Vivir tan lejos de la carretera principal puede ser un poco fastidioso, sobre todo en invierno, pero nunca me ha importado quedarme aislada por la nieve. Una vez, nos quedamos sin electricidad durante treinta y dos horas y mi abuela y yo tuvimos que turnarnos para mantener el fuego encendido. Las líneas de teléfono también estaban cortadas, así que parecía como si fuéramos las dos únicas personas que existían en el mundo.

—¿Te gustó la experiencia?

—Bueno, sólo fueron treinta y dos horas, no soy una ermitaña. Hay gente de ciudad, gente de playa...

—Y tú eres una persona de montaña.

—Exacto.

La sonrisa que Shane había empezado a esbozar murió en sus labios cuando sus miradas se encontraron, ya que su reacción fue similar a la que había tenido en la tienda; de hecho, fue más bien un eco de aquel momento inicial, pero le resultó aún más preocupante. Sabía que era algo que iba a repetirse, así que necesitaba un poco de tiempo para decidir lo que iba a hacer al respecto. Nerviosa, se levantó de la silla y fue a enjuagar la taza al fregadero.

Vance se sintió intrigado por su reacción y decidió ponerla a prueba.

—Eres una mujer muy atractiva —comentó, con voz deliberadamente seductora.

Shane soltó una carcajada y se volvió a mirarlo.

—Sí, claro. Tengo la cara perfecta para anunciar barritas de cereales, ¿verdad? —le dijo, con una sonrisa traviesa—. Preferiría ser sexy, pero tuve que conformarme con ser saludable.

Vance la observó con atención y no vio ni rastro de falsedad ni de afectación en ella. ¿Qué era lo que pretendía aquella mujer?

Shane estaba admirando los acabados de la cocina, ajena a su mirada desconcertada; finalmente, se volvió hacia él y le dijo:

—La verdad es que me encanta tu trabajo... oye, tengo que hacer un montón de remodelaciones en mi casa antes de poder abrir el negocio. Yo puedo pintar y hacer algunos arreglos menores, pero hay mucho trabajo de carpintería.

Vance lo vio claro por fin: lo que quería era que trabajara gratis para ella. Sin duda, de un momento a otro empezaría con el clásico numerito de mujer desvalida, convencida de que su ego masculino se encargaría del resto.

—Tengo mucho trabajo en mi casa —le recordó con frialdad, antes de levantarse y de volverse hacia el fregadero.

—Sí, ya sé que no podrías dedicarme demasiado tiempo, pero creo que podríamos llegar a un acuerdo —cada vez más entusiasmada con la idea, Shane lo siguió mientras el plan iba tomando forma en su mente—. No podría pagarte lo que seguramente ganarías en la ciudad... ¿te parecerían bien unos cinco dólares por hora? Si trabajaras unas diez o quince horas por semana... —Shane se mordió el labio, consciente de que era una cantidad bastante irrisoria, pero era todo lo que podía permitirse de momento.

Incrédulo, Vance cerró el grifo del fregadero y se volvió hacia ella.

—¿Estás ofreciéndome un empleo?

Shane temió haberlo avergonzado y se ruborizó un poco.

—Bueno, sólo sería un trabajo de media jornada, he pensado que podría interesarte. Ya sé que podrías ganar más en otros sitios y entenderé que lo dejes si encuentras otra cosa, pero mientras tanto... —dejó la frase a medias, ya que no sabía cómo reaccionaría al enterarse de que ella sabía que estaba en paro.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Vance, tras unos segundos de silencio.

—Eh... sí.

—¿Por qué?

—Necesito un carpintero y tú lo eres. Hay mucho trabajo por hacer y a lo mejor decides que no te interesa, pero podrías pensártelo y pasar mañana por mi casa para echar un vistazo —Shane fue hacia la puerta, pero se detuvo con el pomo en la mano y añadió—: gracias por el café.

Vance se quedó mirando la puerta cuando ella se fue y entonces se echó a reír ante lo absurdo de la situación.

Shane se levantó temprano a la mañana siguiente, dispuesta a poner en marcha sus planes de forma sistemática. La organización no era uno de sus puntos fuertes, ésa era una más de las razones por las que había dejado la enseñanza; sin embargo, sabía que uno de los primeros pasos para poder abrir su negocio era tener un inventario. Tenía que saber lo que tenía, lo que estaba dispuesta a vender y lo que iba a exponer en el museo.



Había decidido que empezaría por la primera planta y que iría subiendo, así que fue a la sala de estar y la recorrió con la mirada. Había un taburete estilo Chippendale de caoba, una mesa en muy buen estado que no había que restaurar, una silla rústica, un par de lámparas estilo Aladino, y un sofá que había que tapizar.

Sobre una mesita de café estilo Sheridan había una jarra de porcelana de 1830 con un ramo de flores secas que había preparado su abuela, y Shane las acarició antes de agarrar su libreta. Aquella casa contenía demasiados recuerdos de su infancia y no podía permitirse el lujo de pararse a pensar en ello; si su abuela estuviera viva, le habría dicho que no dudara, que se pusiera manos a la obra si estaba convencida de que estaba haciendo lo correcto, y eso era lo que iba a hacer.

Hizo una columna para los objetos que había que arreglar y otra para los que podía vender tal cual y fue clasificándolo todo de forma metódica. Después tendría que enfrentarse a la ardua tarea de decidir los precios, aunque ya se había pasado muchas horas consultando catálogos y tomando notas; además, había visitado todas las tiendas de antigüedades en cincuenta kilómetros a la redonda y había observado tanto los precios como el sistema de gestión, aunque iba a incorporar sólo lo que le pareciera bien y desecharía lo demás. Iba a ser su negocio, así que estaba decidida a hacer las cosas a su manera.

Shane se acercó a una estantería que ya estaba allí desde antes de que ella naciera, y pasó a una página en blanco de la libreta para empezar a apuntar los objetos que irían al museo.

Un gorro de la Guerra Civil de uno de sus antepasados y una hebilla de cinturón, una jarra de vidrio llena de cartuchos vacíos, una cantimplora metálica que tenía grabadas las iniciales JDA... aquellos eran los únicos recuerdos que había heredado. También había un baúl lleno de uniformes y trajes antiguos, el diario que uno de sus antepasados había escrito a lo largo de los tres años en los que había luchado por el Sur y las cartas que una de sus antepasadas había recibido de su padre, que había luchado por el Norte. Tendría que documentar y datar todos aquellos objetos antes de colocarlos en una vitrina del museo.

Había heredado la fascinación de su abuela por las reliquias de la historia, pero no su punto de vista pragmático. Había llegado la hora de que tanto las fotos como el resto de objetos antiguos salieran a la luz. Sin embargo, como siempre que se detenía a examinar aquellas piezas, quedó atrapada en sus propias ensoñaciones.

¿Cómo habría sido el hombre que había tocado por primera vez aquella corneta? En aquel entonces debía de haber sido un instrumento reluciente y sin abolladuras... quizás había sido un muchacho joven, a quien apenas empezaba a salirle la barba. ¿Habría tenido miedo, o se había sentido emocionado? Recién salido de la granja, convencido de que estaba luchando por una causa justa... fuera cual fuese su bando, había tocado aquella corneta al entrar en el campo de batalla.

Con un suspiro, metió el instrumento en una caja y fue embalando con cuidado cada objeto hasta que sólo quedó por vaciar el estante superior. Retrocedió un paso, intentando pensar en la manera de llegar hasta allí y finalmente decidió usar una silla en vez de arrastrar la pesada escalera que había al otro lado de la habitación. Colocó

la silla debajo del estante y se subió en ella, pero entonces oyó que llamaban a la puerta.

— ¡Adelante! — dijo en voz alta.

Alargó una mano mientras con la otra se agarraba a uno de los estantes inferiores para no caerse y soltó una palabrota al darse cuenta de que seguía sin poder llegar. Se puso de puntillas mientras luchaba por mantener el equilibrio, pero al notar que alguien la agarraba del brazo, soltó una exclamación ahogada y se habría caído si Vance Banning no la hubiera sujetado con firmeza por la cintura.

— ¡Me has dado un susto de muerte! — le dijo, indignada.

— ¿Es que no sabes que es peligroso subirse así a una silla?

Vance la bajó al suelo, pero a pesar de que tenía intención de soltarla de inmediato, sus manos permanecieron en su cintura. Shane estaba despeinada, tenía la mejilla manchada, y estaba mirándolo sonriente con las manos apoyadas en sus brazos. Sin pensar en lo que hacía, se inclinó para besarla.

Ella no se apartó de él y se relajó casi de inmediato; a pesar de que el beso la había tomado por sorpresa, había sabido desde el principio que era algo inevitable, así que dejó que el placer la inundara. Para ella, un beso era una muestra de afecto, de amor o de consuelo, pero la boca de Vance la acarició con dureza, sin suavidad ninguna; sin embargo, supo de forma instintiva que aquel hombre era capaz de ofrecer ternura y le acarició una mejilla para intentar aliviar los sentimientos turbulentos que intuía en él.

Vance se apartó de inmediato ante la intimidad excesiva de aquel gesto y a pesar de lo mucho que deseaba que volviera a abrazarla, Shane supo que tenía que intentar mostrarse tranquila. Ladeó un poco la cabeza y esbozó una sonrisa traviesa antes de decirle:

— Buenos días.

— Buenos días — contestó él con cautela.

— Estoy haciendo inventario, quiero tener una lista de todo lo que hay antes de almacenarlo arriba. El museo estará en esta habitación, y el resto de la primera planta será la tienda. ¿Puedes bajarme las cosas del estante? — Shane buscó la libreta con la mirada.

Sin decir palabra, Vance fue a por la escalera y empezó a bajar las cosas del estante, desconcertado al ver que ella no mencionaba el beso.

— Lo más complicado será dismantelar la cocina y construir una en el piso de arriba — añadió ella, con la mirada fija en su listado. Sabía que Vance estaba esperando su reacción, pero estaba decidida a permanecer impasible—. Habrá que derribar algunas paredes y ensanchar algunas puertas, pero quiero conservar la esencia de la casa.

— Parece que lo tienes todo bien pensado — Vance se preguntó si su aparente indiferencia era real.

—Eso espero —Shane apretó la libreta contra su pecho mientras recorría la habitación con la mirada—. Pedir todos los permisos necesarios ha sido un quebradero de cabeza, porque no se me dan bien los asuntos legales y he tenido que esforzarme al máximo por aprender —con voz mucho más firme y decidida, añadió—: voy a lograr que esto funcione.

—¿Cuándo quieres abrir?

—Me gustaría que fuera a principios de diciembre, pero depende de cómo vayan las obras y de si tengo suficiente inventario. Ven, te enseñaré el resto de la casa para que puedas decidir si quieres el trabajo.

Shane fue hacia la parte posterior sin esperar respuesta y comentó:

—La cocina es bastante grande, sobre todo si le sumas la despensa —abrió una puerta y reveló un espacio con estantes bastante amplio—. Ganaré mucho espacio al quitar los mostradores y los electrodomésticos, y si amplío esta puerta... —añadió, mientras empujaba una puerta batiente—, y dejo una especie de arcada abierta, la sala principal de exposición sería aún más espaciosa.

Entraron en el comedor y al ver sus movimientos rápidos y precisos, Vance se dio cuenta de que ella tenía muy claro lo que quería.

—La chimenea no se ha usado en años, no sé si aún funciona —Shane se acercó a la mesa, y pasó un dedo por su superficie—. Mi abuela adoraba esta mesa, la trajeron desde Inglaterra hace más de cien años —el sol acariciaba la madera de cerezo y el mueble parecía relucir—. Las sillas pertenecen al juego original, el conjunto es de estilo Hepplewhite —acarició el respaldo con forma de corazón de una de las seis sillas y añadió—: me duele mucho vender esto, a mi abuela le encantaba, pero no tengo dónde dejarlo y no puedo permitirme el lujo de guardarlo aquí —se apartó de la mesa y comentó—: el aparador con la vajilla es del mismo período.

—Si consiguieras un trabajo como profesora en el instituto local, podrías conservar todo esto y dejar la casa tal y como está —la interrumpió Vance. La forma en que ella mantenía los hombros erguidos a pesar del temblor de su voz revelaba que era una mujer valiente, y su actitud le resultó conmovedora.

Shane se volvió hacia él, y contestó con firmeza:

—No, no tengo el temperamento necesario para ser profesora. No tardaría en empezar a saltarme clases y los alumnos se merecen tener un ejemplo mejor. Me encanta la historia... éste tipo de historia —su rostro se iluminó y se acercó de nuevo a la mesa—. ¿Quién fue el primero en sentarse en esta silla? ¿Sería una mujer? ¿De qué hablaba durante las comidas? ¿Cómo vestía? ¿Hablaban con sus amigos de política y del atrevimiento de las colonias? A lo mejor alguno de ellos conocía a Ben Franklin y era un simpatizante en la sombra de la revolución... —Shane soltó una carcajada—. Eso no es lo que se enseña en clase.

—Pues parece más interesante que aprenderse un montón de nombres y de fechas.

—Puede. En todo caso, no pienso volver a la enseñanza. ¿Alguna vez has hecho algo que se te da bien, algo que antes creías que era lo ideal para ti, pero que de repente sientes que es como una jaula que te oprime?

Aquellas palabras dieron de lleno en la diana, y Vance asintió con la cabeza.

—Entonces, entenderás por qué tengo que elegir entre algo a lo que adoro y mi cordura —Shane volvió a acariciar la mesa, y después de respirar hondo, empezó a recorrer la habitación—. Lo único que quiero cambiar de esta habitación son las puertas. Mi bisabuelo construyó el guardasilla —al ver que Vance se acercaba a examinarlo, añadió—: era albañil, pero supongo que se le daba bien trabajar la madera.

—Es un trabajo precioso —dijo Vance con sinceridad—. Me costaría copiar esta calidad incluso con las herramientas de hoy en día... si fuera tú, no tocaría ni esto ni ninguno de los acabados de madera de esta habitación.

Muy a su pesar, Vance fue interesándose cada vez más en el proyecto. Había elegido la antigua casa de los Farley para ponerse a prueba, pero aquel lugar le proporcionaba otro tipo de reto.

Shane notó de inmediato su cambio de actitud y se apresuró a aprovecharlo.

—Por ahí se va a un pequeño saloncito —señaló hacia una puerta y lo tomó del brazo para llevarlo hacia allí—. Está junto a la sala de estar, así que he pensado en convertirlo en la entrada de la tienda. El comedor será la sala de exposición principal.

El saloncito en cuestión era bastante pequeño, pero a pesar de las paredes descoloridas y del suelo de madera rallado, Vance reconoció varias piezas de Duncan Phyfe y una silla Morris. De momento, no había visto ningún mueble que tuviera menos de cien años de antigüedad, y a menos que fueran unas imitaciones fantásticas, también había varias piezas de Wedgwood. Era sorprendente, que a pesar de que el mobiliario valía una fortuna, la puerta trasera parecía estar cayéndose en pedazos.

—Habrás que trabajar duro en esta habitación, está bastante mal —Vance abrió una de las ventanas, para que se aireara un poco—. Aunque supongo que tú sabes mejor que nadie lo que hay que hacer para acondicionarla.

Shane lo observó mientras él inspeccionaba con atención el suelo desgastado y las molduras agrietadas. Estaba claro que a su ojo profesional no se le escapaba nada y que le molestaba ver una habitación tan estropeada. Pues aún no había visto nada.

—A lo mejor no debería enseñarte aún el piso de arriba —comentó.

—¿Por qué? —le preguntó él, al volverse a mirarla.

—Porque está peor que esta habitación y quiero que aceptes el trabajo.

—Está claro que necesitas a alguien que lo haga —murmuró él. Su propia casa requería una puesta a punto masiva, montones de trabajo físico y muchas horas de dedicación, pero en aquel sitio hacía falta un artesano capaz de trabajar con lo que ya existía. Era un reto y no podía evitar la tentación de aceptarlo.

—Vance... —tras vacilar por un segundo, Shane decidió arriesgarse—. Podría subir hasta seis dólares por hora, además de las comidas y de todo el café que quieras. Todo el que venga verá la calidad de tu trabajo, podría abrirte las puertas a nuevas oportunidades de empleo.

Shane se sorprendió al verlo sonreír y el corazón le dio un salto en el pecho. Aquella sonrisa traviesa le resultó mucho más irresistible que el beso que le había dado antes.

—Muy bien, Shane. Acepto el trato —le dijo él, de forma impulsiva.

### Capítulo 3

Al ver el súbito buen humor de Vance, Shane se sintió muy satisfecha consigo misma y decidió enseñarle la segunda planta, así que lo tomó de la mano y lo condujo por la empinada escalera. No tenía ni idea de qué era lo que había motivado su sonrisa y el brillo de diversión de sus ojos, pero quería aprovechar el momento mientras durara.

La mano de Shane era increíblemente suave contra su palma callosa y Vance se preguntó si el resto de su cuerpo era igual de terso... la curva de su hombro, sus muslos, sus pechos... de repente, se recordó que ella no era su tipo y se obligó a fijar la mirada en la pequeña fisura que había en la pared que tenía a su izquierda.

—Hay tres dormitorios —comentó Shane, cuando llegaron al rellano—. Quiero seguir en el mío, convertir el principal en una sala de estar y el otro en la cocina. Cuando las reformas estén listas, yo misma puedo encargarme de pintar y de empapelar —al llegar a la puerta del dormitorio principal, se detuvo y se volvió a mirarlo—. ¿Has trabajado alguna vez con pladur?

—Sí.

Apenas consciente de lo que hacía, Vance recorrió su nariz con la punta de un dedo. Ambos se miraron con expresiones de idéntica sorpresa, y él refunfuñó:

—Tienes la cara manchada de polvo.

—Ah, claro —Shane intentó limpiarse con la mano.

—Aquí también —Vance trazó su pómulo con el pulgar, y comprobó que su piel era tan tersa y cremosa como parecía. Seguro que su sabor era igual de perfecto—. Y aquí... —atrapado en su ensoñación, recorrió su mandíbula con el dedo, y sintió que ella temblaba cuando posó la mirada sobre sus labios.

Al darse cuenta de que Shane lo miraba con los ojos como platos, se apresuró a apartar la mano. El gesto consiguió romper el encanto del momento, pero el ambiente siguió cargado de tensión.

Shane se aclaró la garganta y abrió la puerta del dormitorio mientras luchaba por aclararse las ideas.

—Éste... eh... éste es el principal —se pasó los dedos por el pelo con nerviosismo y añadió—: ya sé que el suelo está bastante mal, y me gustaría despellejar al que pintó la moldura de roble —respiró hondo y su pulso empezó a estabilizarse—. Me gustaría saber si puedo restaurarla —rozó una zona de la pared donde se había despegado el papel—. A mi abuela no le gustaban los cambios y éste dormitorio lleva treinta años tal cual... desde que murió su marido. Las ventanas no se abren bien, hay goteras, la chimenea está estropeada... con la única excepción del comedor, la casa entera está en bastante mal estado. Ella se limitaba a hacer algún que otro arreglo de vez en cuando.

—¿Cuándo murió?

—Hace tres meses —Shane levantó un extremo de la colcha hecha a mano y volvió a dejarlo caer—. Una mañana, no se despertó. Yo me había comprometido a impartir un cursillo de verano, así que no pude mudarme hasta la semana pasada.

Vance notó el matiz de culpa en su voz, y le dijo:

—¿Habría cambiado en algo que hubieras venido antes?

—No —Shane se acercó a la ventana antes de añadir—: pero no habría muerto sola.

Vance abrió la boca, pero volvió a cerrarla. No tenía sentido intentar dar consejos personales a una completa desconocida, aunque pareciera muy pequeña e indefensa enmarcada en la ventana.

—¿Qué me dices de las paredes de esta planta? —le preguntó.

—¿Qué? —Shane, que estaba a años y a kilómetros de allí, se volvió a mirarlo confundida.

—Las paredes, ¿quieres derribar alguna?

Ella contempló las rosas desvaídas de las paredes con expresión ausente, y finalmente dijo:

—No... —con voz más firme, añadió—: no, había pensado en quitar la puerta para agrandar la entrada.

Vance asintió y se sintió aliviado al ver que le había ganado la batalla a sus emociones.

—Si los acabados de madera están lo bastante bien para que pueda conservarlos, me gustaría enmarcar la entrada con roble para que quede todo conjuntado.

Vance se acercó para echar un vistazo y le preguntó:

—¿Es una pared maestra?

—No tengo ni idea, ¿cómo...? —Shane se interrumpió al oír que llamaban a la puerta—. ¡Maldición!. ¿Te importa si te dejo por unos minutos? De todas formas, no me necesitas para echar un vistazo por aquí —sin darle tiempo a contestar, se apresuró a salir de la habitación.

Vance se sacó una cinta métrica del bolsillo trasero de los pantalones y empezó a tomar medidas.

La sonrisa de Shane se esfumó en cuanto abrió la puerta y vio de quién se trataba.

—Hola, Shane.

—Hola, Cy

—¿Es que no vas a invitarme a entrar? —le preguntó él.

—Claro —con una tensión muy impropia en ella, Shane retrocedió un paso. Cerró la puerta con mucho cuidado cuando él entró, pero no se movió de donde estaba—. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien.

Claro que estaba muy bien, se dijo ella con enfado para sus adentros. Cy Trainer Jr. siempre estaba bien, perfectamente peinado y arreglado. Y por su traje elegante pero discreto, estaba claro que además había prosperado.

— ¿Cómo estás tú, Shane?

— Bien, muy bien —contestó ella, aunque sabía que su sarcasmo era una niñería además de un desperdicio. Él era incapaz de notarlo.

— Perdona que no viniera la semana pasada, he estado muy ocupado.

— ¿El negocio va bien? —le preguntó, con un tono de voz carente de entonación o de interés. Aunque él tampoco notó aquello, claro.

— Sí, bastante bien — Cy se enderezó la corbata de forma innecesaria—. La gente no deja de comprar casas, las propiedades en el campo siempre son una buena inversión. Las inmobiliarias son un negocio sólido.

Como siempre, el dinero era lo principal para él.

— ¿Cómo está tu padre?

— Muy bien, supongo que sabes que ya casi se ha retirado del todo.

— No, no lo sabía —a Shane le habría sorprendido que el padre de Cy le dejara las riendas del negocio a su hijo incluso después de muerto. Aquel hombre siempre estaría al mando, aunque Cy prefiriera pensar lo contrario.

— Procura mantenerse ocupado, pero le gustaría volver a verte. Podrías pasarte por la oficina un día de estos —al ver que ella no contestaba, añadió—: bueno, ya veo que te estás instalando.

Shane enarcó una ceja al ver que recorría con la mirada las cajas que aún no había abierto, y se limitó a contestar:

— Sí, poco a poco —a pesar de que sabía que era una falta de educación, no lo invitó a sentarse y permanecieron junto a la puerta.

— Oye, esta casa no está en muy buen estado, pero su ubicación es perfecta — Cy esbozó una sonrisa condescendiente y comentó—: estoy seguro de que podría venderla por ti a muy buen precio.

— No estoy interesada en venderla, Cy. ¿Por eso has venido? ¿Para ver cuánto podrías sacar por mi casa?

— ¡Shane! —exclamó él, convenientemente escandalizado.

— ¿Querías algo más? —le preguntó ella, sin inflexión alguna en la voz.

— Me he pasado por aquí para ver cómo estás. Por cierto, he oído el rumor absurdo de que quieres abrir una tienda de antigüedades... vaya estupidez, ¿verdad?

Shane había estado a punto de disculparse al ver que él parecía dolido por su suspicacia, pero se sintió indignada al oír aquellas palabras.

— No es ningún rumor absurdo ni una estupidez, Cy. Es verdad que voy a abrir una tienda.



Al ver que él soltaba un suspiro y que la miraba con lo que ella llamaba su «expresión paternal», Shane apretó los dientes.

—No tienes ni idea de lo difícil y arriesgado que es abrir un negocio, tal y como está la economía hoy en día.

—Pero seguro que tú me lo explicas —rezongó ella en voz baja.

—Querida, eres una profesora con cuatro años de experiencia. Es una tontería tirar por la borda una buena profesión por un capricho pasajero.

—Se me dan bien las tonterías, ¿verdad? —le dijo ella, con voz gélida—. Tú siempre te has esforzado en recordármelo, hasta cuando se suponía que estábamos locamente enamorados el uno del otro.

—Shane, lo único que he intentado siempre es refrenar tus... tus impulsos.

—¡Refrenar mis impulsos! —Shane se pasó las manos por el pelo, más atónita que enfadada. Después. Sí, seguro que después sería capaz de reírse de todo aquello, aunque en ese momento sólo quería gritar—. Sigues siendo el mismo, no has cambiado lo más mínimo. Seguro que aún enrollas los calcetines en unas pelotitas perfectas y sigues llevando un pañuelo de repuesto.

Cy se tensó visiblemente.

—Si hubieras aprendido el valor que tiene el sentido práctico...

—¿No me habrías dejado tirada dos meses antes de la boda? —lo cortó ella, furiosa.

—Venga, Shane, yo no lo llamaría así. Sabes que sólo quería lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí... bueno, pues deja que te diga una cosa: puedes meterte donde te quepan tu sentido práctico, tus hormas para los zapatos, tu talonario y tu rigidez. En aquel momento me sentí dolida, pero la verdad es que me hiciste un gran favor. No soporto a la gente práctica, ni las habitaciones que huelen a ambientador de pino, ni los tubos de pasta de dientes enrollados desde abajo.

—No sé qué tiene que ver todo eso con esta discusión.

—Tiene que verlo todo con esta discusión, no ves nada que no esté perfectamente ordenado y clasificado. Y deja que te diga otra cosa: voy a abrir mi tienda, y aunque no gane una fortuna, voy a pasármelo bien con ella.

—¿Que vas a pasártelo bien? —Cy sacudió la cabeza, como si la considerara un caso perdido, y dijo—: ésa es una base muy débil para montar un negocio.

—Es mi negocio, no necesito unos beneficios de seis cifras para ser feliz.

—Ya veo que no has cambiado —comentó él, con una sonrisa despectiva.

Shane abrió la puerta de golpe y lo fulminó con la mirada.

—Vete a vender alguna casa —le dijo.

Cuando Cy salió con una dignidad que despertó en ella tanto envidia como desprecio, Shane cerró con un portazo. Incapaz de contenerse, dio un puñetazo contra la pared.

— ¡Maldición! — se llevó los nudillos doloridos a la boca y al darse la vuelta, vio a Vance al pie de las escaleras, observándola con seriedad. Llena de vergüenza y de rabia, se sonrojó y le dijo —: ¿te ha gustado el numerito?

Se fue hecha una furia a la cocina y desahogó un poco su frustración abriendo y cerrando con golpes secos las puertas de los armarios. No se dio cuenta de que Vance la había seguido y cuando él posó una mano en su hombro, se volvió hacia él como una exhalación, lista para presentar batalla.

— Enséñame la mano — le dijo él con voz suave. Ignoró su intento de apartarse y le tomó la mano dolorida entre las suyas.

— No es nada.

Él se la flexionó con cuidado y cuando le apretó los nudillos con los dedos, Shane no pudo contener una pequeña exclamación de dolor.

— No te la has roto, pero vas a tener una buena magulladura — murmuró él, mientras luchaba por controlar la súbita furia que lo invadió al ver aquella delicada mano dañada.

— No te atrevas a decir nada — masculló ella—. No soy estúpida, sé que me he portado como una tonta.

Él volvió a doblarle y a enderezarle los dedos antes de contestar.

— Lo siento, tendría que haberte avisado de que había bajado.

Shane respiró hondo y apartó la mano. El dolor que sentía le proporcionó un placer perverso.

— No importa — murmuró, antes de volverse para preparar un poco de té.

— No quiero que te sientas avergonzada por mi culpa.

— Viviendo aquí, habrías acabado enterándote de lo que me pasó con Cy de todas maneras — Shane intentó encogerse de hombros con indiferencia, pero el movimiento espasmódico sólo sirvió para revelar lo agitada que estaba —. Así ya lo sabes.

Vance tenía una idea de lo que debía de haber pasado y se sintió un poco desconcertado al darse cuenta de que quería saber toda la verdad. Antes de que pudiera pronunciar palabra, Shane cerró la tetera de golpe.

— ¡Siempre consigue que me sienta como una tonta!

— ¿Por qué?

— Porque siempre lo hace todo perfecto — abrió de un tirón uno de los cajones y dijo con voz furiosa —: ¡lleva un paraguas en el maletero del coche!

— Sí, es indignante — murmuró Vance.

— Él nunca, nunca, nunca se equivoca — añadió ella, antes de dejar dos tazas sobre la mesa con brusquedad—. ¿Acaso me ha gritado? ¿Ha perdido los nervios? ¡Claro que no, porque no los tiene! Ese hombre ni siquiera suda.

— ¿Estabas enamorada de él?

Ella se quedó mirándolo en silencio durante unos segundos y finalmente soltó un suspiro y admitió:

—Sí. Sí, estaba enamorada de él. Empezamos a salir juntos cuando yo tenía dieciséis años —fue a la nevera y no se dio cuenta de que Vance apagaba el fogón que se había dejado encendido—. Era tan perfecto, tan inteligente, tan... elocuente —Shane esbozó una sonrisa mientras sacaba la leche de la nevera, y comentó—: Cy es un vendedor nato, puede hablar de cualquier cosa.

Vance sintió una antipatía súbita e irracional por aquel tipo. Cuando Shane dejó el azucarero sobre la mesa, el sol le dio de lleno en la cabeza, y su pelo pareció resplandecer por un momento antes de que ella se apartara de nuevo. Vance sintió un extraño cosquilleo en la base de la columna y fue incapaz de apartar la mirada de ella.

—Estaba loca por él —añadió Shane.

Vance tuvo que obligarse a concentrarse en sus palabras, porque los sutiles movimientos de su cuerpo bajo la camiseta ajustada que llevaba habían empezado a distraerlo.

—Cuando cumplí los dieciocho, me pidió que me casara con él. Los dos íbamos a la universidad, así que Cy pensó que lo correcto sería tener un año de compromiso. Es un hombre muy correcto —añadió con ironía.

«O un tonto de sangre fría», se dijo Vance, al vislumbrar el contorno de sus pezones a través de la fina tela de algodón. Enfadado consigo mismo, levantó la mirada hasta su rostro, pero la calidez que lo invadía no se desvaneció.

—Yo quería casarme enseguida, pero como siempre, él me dijo que era demasiado impulsiva. Según él, el matrimonio era un gran paso y había que planear las cosas; cuando sugerí que nos fuéramos a vivir juntos, se escandalizó —Shane dejó la leche sobre la mesa con violencia apenas contenida—. Yo era joven, estaba enamorada y lo deseaba, pero él pensaba que era su deber controlar mis... impulsos más primitivos.

—Ese tipo es un idiota —dijo Vance, en un murmullo inaudible.

—Durante aquel año, me moldeó a su antojo y yo intenté ser como él quería: digna y sensata. Pero fracasé estrepitosamente —Shane sacudió la cabeza al recordar aquel año largo y frustrante—. Si yo quería ir a comer una pizza con mis amigos, él me recordaba que teníamos que ahorrar. Cy ya le había echado el ojo a una casa a las afueras de Boonsboro, porque su padre le había dicho que era una buena inversión.

—Y a ti no te gustaba —dijo Vance.

—La odiaba. Era la típica casita ranchera, con bordes blancos de aluminio y un seto. Cuando le dije a Cy que me sentiría asfixiada allí, se echó a reír y me dio unas palmaditas en la cabeza.

—¿Por qué no le diste la patada?

—¿Es que nunca has estado enamorado? —no era una pregunta, sino una respuesta. Al ver que él permanecía en silencio, añadió—: la relación fue de mal en peor. Yo me decía una y otra vez que eran los nervios típicos de un compromiso tan

largo, pero no dejaban de surgir diferencias de opinión. Él siempre me decía que cambiaría de idea y le daría la razón cuando estuviéramos casados y yo acababa creyéndolo casi siempre.

— Parece un idiota aburrido.

Shane se sorprendió al oír el tono de frío desprecio de su voz, pero esbozó una sonrisa.

— Puede, pero también podía ser dulce y tierno —al ver su expresión de incredulidad, comentó—: entonces me olvidaba de lo rígido que era, pero no tardaba en ponerse aún más crítico conmigo. Y cuando me enfadaba, no conseguía ganar ni una pelea porque él nunca perdía el control. La gota que colmó el vaso fue la luna de miel. Yo quería ir a Fiyi.

— ¿A Fiyi?

— Sí —le dijo ella, con tono desafiante—. Es un sitio diferente, exótico y romántico, y yo apenas tenía diecinueve años. Pero él quería que fuéramos a una especie de centro de vacaciones en Pensilvania, un sitio artificial de esos con piscina cubierta donde planean tus actividades y organizan concursos —Shane tomó un sorbo de té antes de seguir—. Era un paquete cerrado que incluía tres días, dos noches y todas las comidas. Cy había heredado una suma bastante importante de su madre y yo tenía algunos ahorros, pero él no quería gastar demasiado porque ya había empezado a pensar en el plan de pensiones. ¡Era insoportable!

— Así que cancelaste la boda —Vance se preguntó si aprovecharía aquella oportunidad que le estaba brindando para afirmar que la ruptura había sido por iniciativa suya.

— No. Tuvimos una pelea muy fuerte y yo me fui hecha una furia con mis amigas a una cafetería que había cerca de la universidad. Le había dicho a Cy que no pensaba pasar mi primera noche de casada viendo un espectáculo trasnochado o jugando al bingo.

— Es comprensible —Vance luchó por contener una sonrisa.

Shane soltó una carcajada carente de humor, y dijo:

— Cuando me calmé, decidí que lo importante no era dónde fuéramos, sino que por fin íbamos a estar juntos. Me dije a mí misma que Cy tenía razón, que era una inmadura y una irresponsable, que teníamos que ahorrar dinero, que aún me quedaban dos años de universidad y él acababa de empezar en la empresa de su padre, que estaba portándome como una frívola. A él le encantaba describirme así.

Shane bajó la mirada hacia su taza, y añadió:

— Fui a su casa dispuesta a disculparme y entonces él me dejó con mucha calma y sensatez.

Tras un largo momento de silencio, Vance se acercó a ella y le dijo:

— Creía que me habías dicho que él no se equivocaba nunca.

Shane se quedó mirándolo por un momento y entonces se echó a reír con ganas.

—Gracias, lo necesitaba —apoyó la cabeza en su hombro en un gesto impulsivo. La furia se había desvanecido con el desahogo de la explicación y la autocompasión con la risa.

La ternura que lo invadió de repente hizo que Vance se mostrara cauteloso; sin embargo, no pudo resistir la tentación de acariciarle el pelo. Sin darse cuenta, enredó un dedo en uno de sus rizos densos e indomables.

—¿Sigues enamorada de él?

A Vance le sorprendió su propia pregunta, pero antes de que pudiera retirarla, Shane contestó:

—No, pero aún hace que me sienta como una romántica irresponsable.

—¿Y lo eres?

—Sí, casi siempre.

—Lo que le has dicho es verdad —Vance dejó la cautela a un lado, y la apretó más contra su cuerpo.

—Le he dicho muchas cosas.

—Que te había hecho un favor —murmuró él, mientras le recorría la nuca con los dedos. Al oírla suspirar, se preguntó si el sonido era de placer o de asentimiento—. Te habrías vuelto loca enrollándole los calcetines en esas pelotitas perfectas.

Shane soltó una carcajada y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Le dio un pequeño beso de gratitud, y después otro porque lo deseaba.

Vance le puso una mano en la nuca para poder saborear a placer aquella boca pequeña y tentadora. Shane abrió los labios en una clara invitación, sin timidez ni reservas y soltó un pequeño gemido cuando sus lenguas se encontraron. Vance necesitaba su dulzura, su generosidad simple y directa, quería atiborrarse de aquella pasión fresca y limpia que ella le ofrecía abiertamente. Cuando la besó más profundamente, ella se rindió por completo; cuando le mordisqueó el labio inferior, se limitó a acercarlo aún más hacia sí.

—Vance... —murmuró contra sus labios.

Él se apartó de golpe y ella se quedó mirándolo con expresión de sorpresa.

—Tengo mucho trabajo por hacer —dijo él con voz cortante—. Prepararé una lista de los materiales que necesito para empezar, ya me pondré en contacto contigo —se apresuró a marcharse antes de que Shane pudiera contestar.

Ella se quedó mirando la puerta durante unos segundos, preguntándose qué era lo que había hecho para provocar su enfado. ¿Cómo era posible que pudiera besarla apasionadamente y de repente darle la espalda sin más? Bajó la mirada hacia sus manos con tristeza y se recordó que siempre había sido un poco exagerada. Era una romántica, su abuela siempre decía que era una soñadora. Llevaba demasiado tiempo esperando que el hombre perfecto llegara a su vida, que la completara. Quería sentirse querida, respetada, adorada.

A lo mejor lo que quería era imposible... conservar su independencia y compartir sus sueños, valerse por sí misma y tener una mano fuerte a la que aferrarse... se había dicho una y otra vez que tenía que dejar de buscar aquel único amor perfecto, pero su alma desafiaba a su mente.

Desde el primer momento, había intuido algo diferente en Vance. En aquel instante en que sus miradas se habían encontrado, su corazón se había abierto y había gritado «¡es él!». Pero aquello era una tontería, porque el amor conllevaba conocimiento y entendimiento y ella ni conocía ni entendía a Vance Banning.

Shane se sobresaltó al darse cuenta de que quizás lo había ofendido. Él iba a trabajar para ella y la forma en que lo había besado... quizás pensaba que ella esperaba algo más que un trabajo de carpintería a cambio de su dinero, que quería seducirlo con la promesa de aquel dinero que a él le hacía tanta falta.

De repente, se echó a reír a mandíbula batiente. ¿Shane Abbott, mujer fatal? Dios, eso sí que tenía gracia, se dijo mientras se secaba las lágrimas. Claro, ¿qué hombre de sangre caliente podría resistirse a una mujer con la cara manchada de polvo que se dedicaba a aporrear paredes?

Decidió que su imaginación necesitaba un buen descanso y se puso a trabajar de nuevo en el inventario.

## Capítulo 4

Vance no podía conciliar el sueño. Había estado trabajando hasta muy tarde, para intentar liberar de alguna forma la furia y el deseo frustrado que sentía. La furia no le preocupaba, porque conocía demasiado bien aquella emoción para perder el sueño por ella. Tampoco le resultaba nuevo el deseo, pero tener que admitir que lo sentía por una aficionada a la historia, descarada e impertinente, lo enfurecía... y lo ponía nervioso.

Por enésima vez, se dijo que no tendría que haber aceptado aquel trabajo. ¿Qué demonios lo había impulsado a hacerlo? Enfadado consigo mismo, salió al porche. Había refrescado bastante al ponerse el sol y las estrellas formaban un tapiz brillante alrededor de la luna. Venus se veía con total claridad, el canto monótono de los grillos llenaba el ambiente, y las luciérnagas bailaban sobre el campo de barbecho que tenía a su derecha. Si miraba hacia delante, sólo alcanzaba a ver hasta el borde de la arboleda, que en la oscuridad parecía misteriosa y llena de secretos. Shane estaba durmiendo al otro lado de aquellos árboles, en un dormitorio con las paredes descoloridas y una cama de Jenny Lind.

Se la imaginó acurrucada bajo la colcha, con la ventana abierta para que pudieran entrar los sonidos y los aromas de la noche. Se preguntó si dormiría con un recatado camisón de algodón, tapada de pies a cabeza, o si estaría cubierta sólo por la colcha y por su desnudez.

Se sintió furioso al darse cuenta de la dirección que habían tomado sus pensamientos y soltó una imprecación. No, no tendría que haber aceptado aquel trabajo, pero lo había hecho porque era un reto y porque le había parecido gracioso que le ofrecieran seis dólares por hora. Soltó una pequeña carcajada que sobresaltó a un buho que descansaba en un árbol cercano, se apoyó en un poste y fijó la mirada en el bosque, aunque sólo veía siluetas y sombras.

Intentó recordar la última vez que había trabajado por horas... ¿Cuánto hacía? ¿Quince años? ¡Dios! ¿Había pasado tanto tiempo? Había empezado desde abajo en el próspero negocio de construcción de su madre, siendo un adolescente. Ella le había dicho que tenía que aprender y él había accedido encantado porque lo único que quería era trabajar con las manos, con la madera. En aquel entonces, estaba lleno de confianza... y de arrogancia, y pensaba que la administración era para viejos trajeados que no tenían ni idea de verdadera carpintería. No quería tener nada que ver con aburridas reuniones de negocios ni con complicadas negociaciones. Se había creído demasiado listo para caer en aquella trampa.

¿Cuánto había tardado en quedar encadenado a una mesa de despacho? ¿Cinco o seis años? Daba igual. A aquellas alturas, un año más o menos no suponía ninguna diferencia.

Vance suspiró y empezó a andar por el porche, mientras recorría con la mano la baranda sólida y resistente que él mismo había construido. Después de la apoplejía que había sufrido su madre y de su lenta recuperación, no le había quedado otra opción que seguir aquel camino, porque ella le había pedido que asumiera la presidencia de Riverton. Era viuda, quería evitar que su empresa cayera en manos de

desconocidos y él era su único hijo. Para ella siempre había sido muy importante, quizás incluso demasiado, que la empresa que había heredado y por la que había luchado tanto permaneciera en la familia.

Vance sabía que su madre había tenido que enfrentarse a los prejuicios de su época, que había corrido muchos riesgos y que se había esforzado al máximo para convertir un negocio mediocre en uno próspero y puntero. Cuando había caído enferma y se había sentido prácticamente indefensa, le había pedido que la ayudara y él había sido incapaz de negarse.

Si hubiera sido un desastre en la gestión del negocio, podría haber delegado las responsabilidades, podría haber permanecido como cabeza visible de cara al exterior y haber vuelto a sus herramientas en la práctica. Pero no había sido ningún desastre, porque al parecer, había heredado la capacidad administrativa de su madre.

Bajo su dirección, Construcciones Riverton había prosperado y se había expandido más allá de Washington y se había convertido en un poderoso conglomerado. Había sido una pena que tuviera la misma habilidad con la gestión que con el martillo, porque él mismo había cerrado el cerrojo de su jaula. Y entonces había conocido a Amelia.

Su boca se curvó en una sonrisa cínica al pensar en ella. Suave, sexy... Amelia, con el pelo como la puesta de sol y un cálido acento de Virginia. Lo había tenido en ascuas durante meses, dándole esperanzas y manteniéndolo a distancia, hasta que él había estado loco por tenerla. Sí, había enloquecido, porque si hubiera estado en su sano juicio, habría visto más allá de aquella máscara culta y hermosa y habría descubierto a la arribista calculadora antes de poner una alianza en su dedo.

Una vez más, se preguntó cuántos hombres lo habían envidiado por su encantadora y digna esposa. Pero ellos no la habían visto sin la máscara, no sabían que bajo aquella cara perfecta se ocultaba una cáscara podrida y helada. En toda su vida, no había conocido a nadie tan frío como Amelia Ryce Banning.

El buho que estaba posado en el roble que había a su izquierda empezó a ulular. Dos llamadas cortas seguidas de una larga... dos cortas, una larga... Vance escuchó aquel sonido monótono, mientras pensaba en su matrimonio.

Durante los primeros meses, Amelia había gastado su dinero sin parar en ropa, pieles, coches y todo lo que se le antojaba. A él no le había importado lo más mínimo, porque había considerado que su increíble belleza se merecía todo lo mejor; además, estaba enamorado de ella... o de la mujer que creía que era. Había pensado que era una mujer hecha para lucir diamantes, pieles exóticas y sedas, y se había sentido satisfecho de poder rodearla de todos aquellos lujos, de ver cómo relucía su belleza. Se había limitado a ignorar las facturas astronómicas y las había pagado sin protestar y cuando en alguna ocasión había comentado que quizás eran un poco excesivas, ella se había disculpado con dulce aflicción.

Apenas se había dado cuenta de que las facturas seguían llegando sin parar, pero entonces había descubierto que ella estaba sangrando su cuenta bancaria para financiar la empresa de construcción de su hermano, que prácticamente estaba en quiebra. Amelia se había mostrado llorosa y desamparada cuando él le había pedido



explicaciones, había abogado por su hermano, había dicho que no podía soportar que cayera en la bancarrota mientras ella vivía con tantos lujos.

Él había creído que lo que la impulsaba era la lealtad hacia su hermano, así que había accedido a hacerle un préstamo personal; sin embargo, se había negado a inyectar dinero de Riverton a una empresa inestable y mal administrada. Amelia no se había dado por satisfecha, había protestado y había intentado convencerlo de que cediera, pero al ver que él se mantenía firme, le había atacado como una tigresa enloquecida. Le había arañado la cara con sus uñas perfectas y había empezado a soltar obscenidades por aquella boca aparentemente dulce, y en medio de su furia, había admitido que se había casado con él por su poder y por su dinero, porque quería aprovecharlos en su propio beneficio y para impulsar el negocio de su familia.

Había sido entonces cuando él había mirado más allá de su belleza y de su pretendido encanto, y había visto lo que era en realidad. Aquella sólo había sido la primera de una larga lista de sorpresas y desilusiones.

Su cálida pasión se había convertido en frigidez, sus sonrisas de adoración habían dado paso a muecas burlonas, y se había negado a plantearse siquiera la idea de tener hijos; según ella, habrían estropeado su figura perfecta y habrían coartado su libertad. Él había intentado salvar su matrimonio durante más de dos años, había intentado rescatar el más mínimo resquicio de la vida que había planeado tener con Amelia, pero se había dado cuenta de que la mujer con la que creía haberse casado no era más que una ilusión.

Había acabado pidiéndole el divorcio y ella había accedido con una carcajada y le había dicho que estaba dispuesta a devolverle su libertad... a cambio de la mitad de sus posesiones, incluyendo su parte de Riverton. Le había amenazado con una lucha legal terrible y con un montón de publicidad, había afirmado que ella sería la parte contrariada y que representaría el papel de esposa abandonada.

Se había sentido atrapado y había vivido con ella durante otro año. Habían fingido seguir siendo un matrimonio en público, pero en privado se había mantenido completamente apartado de ella. Cuando se había enterado de que Amelia tenía amantes, se había sentido esperanzado.

No se había sentido traicionado ni había experimentado dolor alguno, ya que no sentía nada por ella. Poco a poco y con discreción, había empezado a recabar las pruebas que iban a devolverle su libertad, dispuesto a enfrentarse a la humillación de una batalla legal pública y descarnada con tal de librarse de aquella mujer. Pero no había hecho falta, porque uno de los amantes despechados de Amelia la había matado de un disparo al corazón y todo había terminado.

La repercusión en la prensa se había minimizado gracias a su dinero y a sus influencias, pero había sido más que desagradable tener que enfrentarse a los murmullos y a las especulaciones; aun así, no había sentido ningún dolor por la muerte de Amelia. Sólo había experimentado un profundo alivio y el sentimiento de culpa ante aquella reacción había hecho que se sumergiera aún más en su trabajo. Había que construir pisos en Florida, un enorme complejo médico en Minnesota y una universidad en Texas, pero había sido incapaz de sentir algo de paz.

Había decidido que había llegado la hora de reencontrar a Vance Banning, así que había comprado aquella casa medio derruida en medio de las montañas y se había tomado unas largas vacaciones. Necesitaba tiempo, soledad y trabajar con las manos, pero justo cuando pensaba que había encontrado el camino a seguir, había conocido a Shane Abbott.

No era una belleza de invernadero como Amelia, ni tenía la sofisticación y la elegancia de las mujeres con las que se había relacionado en los dos últimos años. Shane era fresca y vital y él se sentía atraído por su sincera generosidad; sin embargo, su primera esposa le había dejado un legado de cinismo y desconfianza y sabía que sólo un tonto volvería a caer en la trampa de una apariencia inocente. Y él no tenía ni un pelo de tonto.

Había aceptado el trabajo que le había ofrecido Shane siguiendo un impulso y pensaba cumplir con su palabra. Sería todo un desafío comprobar si aún era capaz de realizar un trabajo tan fino y preciso de ebanistería como el que tenía que realizarse en aquella casa; además, había aprendido a ser cauto con las mujeres, aunque no podía evitar que la apariencia fresca y natural de Shane le resultara muy atractiva. Admiraba cómo había lidiado con su antiguo prometido, porque a pesar de que aquel hombre la había herido en el pasado, ella se había mantenido firme y lo había echado de su casa sin miramientos.

Sería interesante pasar las vacaciones remodelando la casa de Shane y descubriendo lo que ella ocultaba bajo su máscara. Todo el mundo llevaba una careta; de hecho, la vida era una enorme mascarada. No tardaría en descubrir lo que había realmente bajo aquellos enormes ojos marrones y aquella risa llena de vitalidad.

Vance soltó un sonido de exasperación y volvió a entrar en la casa, decidido a no perder el sueño por aquella mujer. Sin embargo, se pasó casi toda la noche en vela.

Shane abrió las ventanas y se encontró con una mañana perfecta. Hacia el oeste, las montañas se alzaban contra un cielo azul que parecía pintado a pincel, los pájaros gorjeaban encantados, el aire era cálido y transportaba el suave aroma de las cinias. Para alguien de su temperamento, era inconcebible quedarse encerrada en casa con el polvo y el inventario, pero mientras permanecía apoyada en el alféizar de la ventana contemplando el paisaje, decidió que había formas de cumplir con su obligación y al mismo tiempo pasárselo bien.

Se puso una camiseta vieja y unos pantalones cortos de un color rojo descolorido, y después de rebuscar durante unos minutos en el armario del sótano, encontró una lata de pintura blanca y un rodillo. Ella sola no podía arreglar el porche delantero, pero el trasero aún estaba en buenas condiciones y sólo había que darle una capa de pintura.

Agarró una radio portátil y salió a la parte posterior de la casa. Trasteó con el aparato hasta que consiguió sintonizar una emisora que le gustó y entonces subió el volumen y se puso manos a la obra.

En media hora, barrió y limpió a fondo con la manguera. Mientras el porche se secaba rápidamente bajo el sol, abrió la lata de pintura y empezó a removerla, disfrutando del día y de su trabajo. Miró varias veces hacia el sendero, preguntándose si Vance pensaba «ponerse en contacto» con ella pronto. Le habría gustado verlo acercarse hacia la casa, porque tenía un paso firme y ligero. Su actitud revelaba un pleno dominio de sí mismo y la capacidad de enfrentarse a lo que fuera, y a ella le gustaban su confianza y el poder controlado que se vislumbraba bajo la superficie.

Siempre había admirado a la gente que tenía fortaleza. Su abuela había sido una mujer fuerte hasta el fin de sus días, a pesar de las privaciones y las decepciones a las que había tenido que enfrentarse. Y a pesar de todos los desacuerdos que había tenido con Cy, tenía que admitir que era un hombre firme; sin embargo, le faltaba cierta ternura, cierta transigencia que equilibrara su dureza. Vance tenía una bondad subyacente que se intuía, aunque él parecía intentar ocultarla. Pero el hecho de que existiera era lo realmente importante para ella.

Llevó la lata de pintura, el rodillo y una palangana a un extremo del porche y tras arrodillarse en el suelo y respirar hondo, empezó a pintar.

Vance la vio al llegar al final del sendero y se detuvo a observarla. Ya había acabado casi un tercio del porche, estaba pintando de rodillas y tenía los brazos llenos de salpicaduras de pintura. La radio estaba puesta a todo volumen y estaba cantando a pleno pulmón mientras seguía el ritmo con las caderas. Los pantalones cortos que llevaba enfatizaban la curva de su trasero con cada uno de sus movimientos y su entusiasmo con la tarea que estaba realizando era tan obvio como su falta de destreza. No pudo evitar sonreír cuando ella apoyó la mano en la pared recién pintada al inclinarse a agarrar la lata. Shane soltó una exclamación divertida y se limpió en los pantalones.

— ¿No habías dicho que sabías pintar? —le preguntó.

Shane se sobresaltó y estuvo a punto de volcar la lata de pintura al volverse a mirarlo.

— Sí, pero no te dije que supiera hacerlo sin ponerlo todo patas arriba —levantó una mano para protegerse los ojos del sol y lo observó mientras él se acercaba al porche—. ¿Has venido a supervisar mi trabajo?

— No, creo que ya es demasiado tarde para eso.

— Oye, va a quedar muy bien cuando esté acabado —protestó ella, con una sonrisa.

— Te he preparado una lista de los materiales que voy a necesitar, pero tengo que tomar más medidas.

— Qué rapidez —comentó ella, mientras se ponía en cuclillas.

Vance se limitó a encogerse de hombros. No estaba dispuesto a admitir que había escrito la lista en medio de la noche, porque había sido incapaz de conciliar el sueño.

—También hay que arreglar el porche delantero —Shane estiró un poco los músculos de la espalda y bajó el volumen de la radio hasta que sólo fue un suave murmullo.

— ¿También lo has pintado? —le preguntó él, mientras ojeaba lo que había hecho hasta ese momento.

Shane notó su falta de entusiasmo en cuanto a su talento como pintora, y comentó con una mueca:

—No, no lo he pintado.

—Menos mal. ¿Por qué no lo has hecho?

—Porque está cayéndose a pedazos, a lo mejor podrías aconsejarme sobre lo que hay que hacer... ¡mira! —al ver una familia de codornices que caminaba en fila india por el sendero, Shane se olvidó de que estaba manchada de pintura y lo agarró de la mano—. Son las primeras que he visto desde que he vuelto a casa —completamente cautivada, observó a los animales hasta que se perdieron entre la maleza—. También hay ciervos, pero sólo he visto sus rastros —al recordar que tenía la mano sucia, se apresuró a soltarlo—. ¡Perdona! ¿Te he manchado?

Él se miró la palma de la mano y contempló la mancha sin decir palabra.

—Lo siento mucho —le dijo ella, mientras intentaba sofocar una sonrisa. Cuando él le lanzó una mirada escéptica, tuvo que luchar por contener la risa—. Oye, que lo siento de verdad. Trae... —intentó limpiarle la palma de la mano con su propia camiseta, pero sólo consiguió dejar al descubierto la piel tersa y pálida de su estómago.

—Me estás ensuciando aún más —comentó Vance con calma, mientras intentaba permanecer impassible al vislumbrar su estrecha cintura.

—No te preocupes, debo de tener aguarrás o algo así —Shane se apretó el dorso de la mano contra la boca, pero se le escapó una risita—. Lo siento, de verdad —apoyó la frente contra su pecho, y añadió—: y podría contener la risa si dejaras de mirarme así.

— ¿Cómo?

—Con paciencia.

—¿Es que la paciencia te hace gracia? —Vance inhaló el aroma a limón de su champú, y recordó la dulzura de su boca.

—Me hacen gracia demasiadas cosas —admitió ella con voz estrangulada—, es una maldición. —Shane respiró hondo, pero dejó la mano sobre su pecho mientras intentaba recuperar la compostura—. Uno de mis alumnos dibujó una caricatura terrible de su profesor de biología y cuando la vi, tuve que salir de la clase durante unos minutos antes de poder fingir que me parecía mal.

Vance se apartó un poco de ella, desconcertado por la reacción irracional e indeseada de su propio cuerpo ante su cercanía y le preguntó:

— ¿Es que no te pareció mal?

—Hubiera querido que fuera así, pero la caricatura era muy buena. Me la llevé a casa y la enmarqué.

Shane se dio cuenta de repente de que la tenía agarrada por los brazos y de que estaba acariciándola con los pulgares mientras la miraba con aquella expresión intensa e indescifrable tan típica en él. Estaba claro que Vance no se daba cuenta de aquel gesto tan íntimo y tierno, porque sus ojos no mostraban ninguna calidez. Su primer impulso fue besarlo, pero aunque intuía que él también lo deseaba, algo en su interior la previno de que no era lo más prudente, así que permaneció inmóvil y sostuvo su mirada sin pestañear ni ocultarle nada. Era él quien ocultaba secretos y ambos lo sabían.

Vance se habría sentido mucho más cómodo enfrentándose a una mirada cargada de secretos que a aquella expresión límpida y directa. Cuando se dio cuenta de que estaba agarrándola y de que quería seguir haciéndolo, se apresuró a soltarla.

—Será mejor que sigas pintando, voy a tomar las medidas.

—Vale —Shane lo siguió con la mirada y cuando él alcanzó la puerta, añadió—: si quieres un poco de té, en la cocina hay agua caliente.

«Qué hombre tan raro», pensó cuando él entró en la casa. De forma inconsciente, levantó una mano y acarició el lugar donde se habían tocado piel contra piel. ¿Qué habría estado buscando al mirarla a los ojos con tanta intensidad? ¿Qué esperaba encontrar? Todo sería mucho más fácil si él se limitara a preguntarle lo que quería saber. Con un suspiro, se puso a pintar de nuevo.

Vance se detuvo al pie de la escalera y echó un vistazo hacia la sala de estar. Sorprendido, se acercó a mirar más de cerca. Estaba limpia y despejada y todo estaba ya empaquetado en cajas perfectamente etiquetadas.

Estaba claro que Shane había estado trabajando duro, aquel cuerpo tan menudo contenía una energía explosiva. Tenía ambición y las agallas necesarias para conseguir sus sueños y a pesar de la opinión de su antiguo prometido, Shane Abbott no tenía nada de frívola; al menos, a juzgar por lo que él había visto de momento.

No pudo evitar sentir admiración por ella y cuando subió por la escalera, se dio cuenta de que también había hecho progresos en la segunda planta. El dormitorio principal estaba lleno de cajas etiquetadas, así que debía de haber estado trabajando como un torbellino.

Después de tomar las medidas que necesitaba, fue al dormitorio de Shane y encontró un desorden monumental, completamente opuesto a la meticulosa organización del resto de habitaciones. El escritorio estaba cubierto de documentos, listas, notas, libretas y facturas que se movían ligeramente con la brisa que entraba por la ventana. El suelo estaba alfombrado con docenas de catálogos de antigüedades y sobre la silla había un camisón del revés; no era como el que él se había imaginado durante la noche anterior, sino una especie de camisa larga que debía de llegarle a la altura del muslo. Contra el armario había un par de zapatillas desgastadas, como si las hubiera dejado tiradas con descuido.

En el centro del dormitorio había una caja enorme de libros y al recordar que los había visto el día anterior en otro de los dormitorios, Vance supuso que se los había llevado a su propia habitación la noche anterior para ordenarlos. Algunos ya estaban precariamente apilados en el suelo y otros sobre la mesita de noche. Estaba claro que su forma de vivir y su forma de trabajar eran totalmente diferentes.

En ese momento, Vance recordó a Amelia, y el orden elegante y pulcro que siempre había reinado en las habitaciones privadas de la que había sido su esposa. Estaban decoradas en rosa y marfil y en vida de Amelia siempre habían permanecido perfectas, sin el más mínimo desorden ni rastro alguno de suciedad. Incluso el sinfín de botes de crema y de perfume que había cubierto su tocador había estado cuidadosamente ordenado. Shane no tenía tocador y sobre la cómoda sólo había una cajita esmaltada, un bote de perfume y una foto enmarcada en la que aparecía ella junto a una mujer muy erguida de pelo canoso.

Vance supo de inmediato que aquélla era su abuela. La mujer tenía una sonrisa correcta y sobria, pero sus ojos contenían un brillo alegre. No mostraba la suavidad típica de la vejez, sino una dureza correosa que contrastaba con la muchacha que tenía al lado.

Estaban de pie en la hierba, de espaldas al riachuelo. La abuela llevaba un vestido floreado y la joven una camiseta amarilla y unos vaqueros agujereados. Aquella Shane era prácticamente igual a la mujer que estaba en el porche trasero, porque a pesar de que en la foto tenía el pelo más largo y estaba más delgada, su mirada sincera llena de vitalidad y de entusiasmo seguía siendo la misma. Rodeaba con el brazo a su abuela, pero el gesto no era de apoyo, sino de camaradería.

Vance contempló la foto con atención y decidió que le gustaba más con el pelo corto, tal y como estaba en ese momento. La forma en que enmarcaba el contorno de su rostro acentuaba la suavidad de su piel, la curva de su mandíbula...

De repente, se preguntó si había sido Cy quien había tomado la foto y se sintió más que molesto ante la mera posibilidad. Aquel tipo le caía muy mal, aunque tenía algunos empleados como él en su empresa, hombres que planeaban sus vidas hasta el último detalle.

Se volvió para seguir tomando medidas, mientras se preguntaba con irritación qué diablos habría visto Shane en aquel tipo. Si se hubiera casado con él, estaría viviendo en una casa asfixiante de un barrio residencial con 2 ó 3 hijos, acudiendo a las reuniones de un club de señoras y pasando dos semanas de vacaciones al año en una casita alquilada de playa. Aquello estaba muy bien para algunos, pero no para una mujer que disfrutaba pintando porches y que quería ir a Fiyl.

Mientras bajaba las escaleras, Vance se dijo que aquel idiota estirado la habría sofocado con sus críticas durante el resto de su vida y que Shane había tenido suerte de poder escapar a tiempo; de hecho, era una suerte que él mismo no había tenido. Se había visto obligado a soportar cuatro años terribles deseando que su esposa dejara de existir y después dos años más intentando superar la culpa al ver que su deseo se había convertido en realidad.

Se obligó a dejar a un lado aquellos recuerdos y salió a echarle un vistazo al porche delantero; más tarde, mientras él medía y murmuraba para sí, Shane salió con una taza de té en cada mano.

— Está bastante mal, ¿verdad?

— Es un milagro que nadie se haya roto una pierna aquí —le contestó él con exasperación.

— No se usa demasiado —comentó Shane, mientras sorteaba con seguridad las tablas más deterioradas—. Mi abuela siempre entraba y salía por la puerta trasera, igual que todo el mundo que viene de visita.

— Tu novio no.

Ella le lanzó una mirada gélida antes de decir:

— Cy no usaría nunca la puerta trasera y no es mi novio. ¿Qué crees que debería hacer al respecto?

— Pensaba que ya lo habías hecho y la verdad es que muy bien —contestó él, mientras se metía la cinta métrica en el bolsillo.

Shane se quedó mirándolo durante unos segundos, desconcertada, y entonces se echó a reír.

— No me refiero a Cy, sino al porche.

— Échalo abajo.

— Vaya —Shane se sentó con cuidado en el escalón superior—. ¿No puede salvarse nada? Había pensado que a lo mejor bastaría con reemplazar las tablas del suelo y...

— El porche entero se derrumbaría si lo pisaran tres personas al mismo tiempo —la interrumpió Vance—. No entiendo cómo es posible que alguien dejara que se deteriorara tanto.

— Vale, no te enfades —le dijo ella, antes de darle la taza de té—. ¿Cuánto crees que puede costarme?

Vance calculó mentalmente durante unos segundos y finalmente le dijo un precio aproximado. Vislumbró una expresión de consternación en sus ojos, pero ella se apresuró a ocultarla y soltó un suspiro.

— De acuerdo —dijo, aunque aquello acababa con sus esperanzas de poder conservar la mesa y las sillas de comedor de su abuela—. Si hay que hacerlo, supongo que es lo prioritario. Cualquiera día de estos cambiará el tiempo y llegará el frío —consiguió esbozar una sonrisa, y añadió—: no me gustaría que mi primer cliente se cayera en el porche y me demandara.

Vance se puso delante de ella y como Shane estaba sentada en el escalón superior, quedaron casi frente a frente. A pesar de que estaba mirándolo con la misma expresión franca y directa de siempre, él dudó por un segundo antes de decir:

— Shane, ¿cuánto tienes? —al ver que ella parecía no entender a qué se refería, le dijo sin andarse con rodeos—: ¿cuánto dinero tienes?

—Suficiente para arreglármelas —cuando él hizo un sonido de impaciencia, admitió—: bueno, la verdad es que voy un poco justa, pero puedo ir pasando hasta que gane algo con la tienda. Tengo apartado lo que voy a gastarme en la casa y lo que voy a usar para comprar existencias. Mi abuela me dejó también un poco de dinero en metálico, y yo tengo algunos ahorros.

Vance volvió a vacilar por un instante. Se había prometido a sí mismo que no iba a involucrarse, pero cada vez que la veía se sentía más y más atraído hacia ella.

—No me gusta hablar como tu novio, pero...

—Entonces no lo hagas —se apresuró a interrumpirlo ella—, y no es mi novio.

—De acuerdo —Vance bajó la mirada hacia su taza, sin saber qué hacer. Había accedido a realizar aquel trabajo por diversión, pero no podía aceptar dinero de una mujer que luchaba por salir adelante. Tomó un sorbo de té, mientras intentaba idear una manera razonable de renunciar a su salario—. Shane, en cuanto a mi salario...

—Vance, no puedo ofrecerte nada mejor de momento —le dijo ella, angustiada—. Después, cuando haya puesto en marcha el negocio...

Vance se sintió irritado y avergonzado y le cubrió una mano con la suya para interrumpirla.

—No, no iba a pedirte un aumento.

—Pero... —Shane se detuvo en seco al entender lo que quería decir, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Dejó la taza a un lado, se levantó y bajó los escalones—. Eres... eres muy amable —consiguió decir, mientras se alejaba un poco de él—. Te... te lo agradezco de verdad, pero no hace falta. No quería dar la impresión de que... —incapaz de seguir hablando, fijó la mirada en las montañas que los rodeaban.

Durante unos segundos, el único sonido que se oyó fue el murmullo del arroyo.

Vance se maldijo para sus adentros y se acercó a ella; tras vacilar por un segundo, le puso las manos en los hombros y le dijo:

—Mira, Shane...

—Por favor, no —ella se volvió a mirarlo de frente, y posó las manos en sus antebrazos. Sus ojos seguían inundados de lágrimas contenidas—. Pero de todos modos te agradezco tu oferta, eres muy amable.

—No, no lo soy —espetó él con tono brusco. Lo invadió un torrente de frustración, de culpa y de algo más que no alcanzó a identificar y se enfadó aún más consigo mismo por sentir todas aquellas emociones—. ¡Maldita sea! Shane, tú no lo entiendes. El dinero no es...

—Entiendo que eres un hombre muy dulce —lo interrumpió ella.

Vance se hundió aún más cuando lo rodeó con los brazos y apretó la mejilla contra su pecho.

—No, no lo soy —logró contestar.

Decidido a apartarla y a encontrar una salida al lío en el que se había metido, colocó las manos sobre sus hombros. No quería ser objeto de una gratitud



equivocada. Sin embargo, sus manos parecieron actuar por voluntad propia y acabaron en el pelo de Shane.

En ese momento, se dio cuenta de que no quería apartarse de ella; era incapaz de hacerlo, porque sus pequeños y firmes pechos estaban apretados contra su cuerpo y su pelo se enredaba entre sus dedos. Era un pelo suave, increíblemente suave y tenía el color de la miel. Lo invadió un dolor profundo al recordar que su boca también era dulce y cálida y finalmente se rindió y enterró la cara en su pelo mientras susurraba su nombre.

Algo en su tono de voz, un cierto matiz de desesperación, hizo que Shane anhelara reconfortarlo; en ese momento, no era consciente del deseo que él sentía por ella, sólo sabía que había algo que lo atormentaba. Se apretó más contra él para intentar calmarlo y empezó a acariciarle la espalda con suavidad.

Vance sintió que le ardía la sangre en las venas al sentir sus caricias y con un movimiento súbito y casi brutal, le echó la cabeza hacia atrás para devorarle la boca.

La exclamación instintiva de alarma de Shane quedó silenciada bajo sus labios y Vance ni siquiera se dio cuenta de que ella se resistía por unos segundos. Lo consumía un fuego desatado tan poderoso, tan insoportablemente ardiente, que sólo podía pensar en sofocar las llamas. Shane sintió miedo, pero la pasión fue devorándolo todo a su paso y el fuego fue extendiéndose en su interior, hasta que sintió que la consumía por completo y su boca respondió con un deseo igual de salvaje.

Nadie, nada la había hecho sentir aquello... aquella locura de pasión, aquel terrorífico deseo. Gimió con una mezcla de pánico y de excitación cuando él le mordisqueó el labio inferior y sintió que la recorría un estremecimiento. En ningún momento se le ocurrió negarse a él, porque sabía que ya era suya.

Vance pensó que enloquecería si no la tocaba, si no descubría al menos uno de los secretos de su cuerpo. La noche anterior, su imaginación lo había atormentado durante unas horas interminables y tenía que satisfacer aquel anhelo insoportable. Sin dejar de besarla, deslizó la mano bajo su camiseta hasta alcanzar un pecho y sintió el frenético latido de su corazón bajo su palma. Su deseo se acrecentó aún más al acariciar aquel seno pequeño y firme y soltó un gemido mientras excitaba su pezón erecto.

Shane sintió que un brillante y cegador arco iris estallaba en su cabeza y se aferró a Vance, temerosa y cautivada al mismo tiempo, mientras sus labios y su lengua lo besaban con una ferocidad igual a la suya. La palma de su mano era dura y callosa y la caricia de sus dedos la llevó a un delirio de excitación. No había ni rastro de suavidad ni de ternura en él y su boca dura y ardiente contenía el sabor de una furia tormentosa. Su cuerpo musculoso estaba rígido y tenso contra el suyo y parecía emanar una pasión descarnada y turbulenta que la desafiaba a igualar su fiereza.

Sintió que él la apretaba contra sí de forma convulsiva, pero la soltó de forma tan súbita, que perdió el equilibrio y tuvo que aferrarse a su brazo para no caer.

Vance vio las nubes de pasión y el brillo de miedo en sus ojos y frunció el ceño al darse cuenta de que ella tenía la boca magullada y ligeramente hinchada por su beso

apasionado. Jamás se había descontrolado con una mujer; normalmente, era un amante considerado, incluso indiferente en ocasiones, pero nunca brusco. Retrocedió un paso, y le dijo con rigidez:

— Lo siento.

Shane se llevó los dedos a sus labios doloridos en un gesto nervioso, más sorprendida por su propia reacción que por las acciones de Vance. ¿Dónde había estado escondido aquel fuego hasta aquel momento?

— No quiero... —Shane tuvo que carraspear para poder alzar la voz más allá de un susurro—. No quiero que lo sientas.

Vance la observó con atención durante unos segundos y finalmente comentó:

—Sería mejor para todos que quisieras lo contrario —se sacó una lista del bolsillo de los pantalones y añadió—: éstos son los materiales que vas a necesitar, avísame cuando te los traigan.

— Vale —Shane agarró la lista y al ver que él hacía ademán de alejarse, hizo acopio de todo su valor—. Vance... —cuando él se volvió de nuevo a mirarla, le dijo con voz queda—: yo no lo siento.

El no contestó, y se limitó a alejarse de allí.

## Capítulo 5

Shane estaba convencida de que en los últimos tres días había trabajado más que en toda su vida. El dormitorio sobran te y el comedor estaban llenos hasta los topes de cajas etiquetadas y clasificadas, había barrido, fregado y limpiado el polvo de toda la casa y había hojeado catálogos de antigüedades hasta que lo veía todo borroso. Todos los objetos estaban catalogados de forma sistemática, pero lo peor de todo era datar y poner precio a las cosas. Solía quedarse trabajando hasta altas horas de la madrugada y se levantaba en cuanto la despertaba la luz del amanecer; sin embargo, su energía no disminuía y con cada paso que daba, su entusiasmo se acrecentaba y la empujaba a avanzar aún más.

Cada vez se sentía más convencida y segura de que estaba haciendo lo correcto. Necesitaba encontrar su propio camino y tanto los sacrificios como el riesgo económico eran necesarios para lograr sus objetivos. El fracaso no era una opción.

La tienda no suponía sólo un negocio para ella, también era una aventura. Y aunque esperaba con impaciencia que la aventura empezara, los planes y la anticipación le resultaban igual de estimulantes, como siempre. Ya se había puesto en contacto con un techador y con un fontanero y había elegido las pinturas y los barnices. Aquella misma tarde, en medio de un aguacero, había recibido los materiales que le había pedido Vance y cada uno de aquellos detalles aparentemente mundanos le habían dado una satisfacción tremenda. En cierta forma, las tablas de madera, los clavos y los tornillos habían sido la evidencia palpable de que estaba en marcha. Cuando la primera tabla estuviera colocada en su sitio, *Antigüedades y Museo Antietam* sería una realidad.

Entusiasmada, había llamado a Vance y él se había comprometido a empezar a trabajar a la mañana siguiente.

Se preparó una taza de cacao caliente y se sentó en una silla de la cocina mientras oía el sonido constante de la lluvia. Vance se había mostrado escueto y lejano por teléfono, pero ella no se había sentido ofendida por su actitud. Se había dado cuenta de que aquella aspereza formaba parte de su carácter y sólo aumentaba su atractivo.

Miró sin ver, las ventanas oscurecidas en las que se reflejaba la luz de la cocina con un brillo casi espectral. Pensó en encender la chimenea para que la casa se caldeara un poco, pero como no tenía ganas de moverse, se frotó un pie con la planta del otro y decidió que era una pena que sus calcetines estuvieran en el piso de arriba.

De repente, una gota cayó en uno de los cazos que había colocado estratégicamente por toda la casa. No le importaba la lluvia ni el aislamiento, porque sólo sentía el vacío de la soledad en contadas ocasiones. Estaba a gusto consigo misma y con sus pensamientos como única compañía y ni añoraba ni habría rechazado la presencia de otras personas; sin embargo, no pudo evitar pensar en Vance y se preguntó si él también estaría mirando por la ventana.

Era inútil intentar negar que él la atraía, pero lo que sentía iba más allá de la respuesta física que experimentaba cuando él la besaba de aquella forma tan excitante y aterradora. El mero hecho de estar junto a él la estimulaba, porque sentía la tormenta desatada que se ocultaba tras la aparente calma. Era un hombre muy

activo y como estaba claro que no le gustaba nada permanecer ocioso, debía de sentirse muy frustrado por la falta de trabajo.

Ella entendía su necesidad de producir, de estar activo, aunque sus propios arrebatos de energía frenética se combinaban con períodos de pereza descarada. Se movía deprisa pero sin apresurarse y podía trabajar durante horas sin cansarse o dormir hasta el mediodía sin sentir ningún remordimiento. Lo que hacía, lo hacía sin reservas ni medias tintas y para ella era necesario disfrutar de todo lo que llevaba a cabo, ya fueran tareas mundanas o trabajos agotadores. Era indudable que Vance sería capaz de trabajar sin descanso, pero a él debía de parecerle innecesario disfrutar de sus tareas.

No la preocupaba que ambos tuvieran formas de ser tan dispares. Gracias a su interés por la historia y a su experiencia como profesora, comprendía la variabilidad de la naturaleza humana y para ella no era necesario que el temperamento y los puntos de vista de Vance fueran similares a los suyos; de hecho, una compatibilidad tan total carecería de sorpresas y podría llegar a resultar aburrida. La armonía total podía ser agradable, dulce e insípida, pero había cosas más... interesantes.

Había visto en él una chispa de humor, e incluso cierto sentido del ridículo; además, sabía que no era un hombre frío. Aceptaba los defectos de Vance y las diferencias que había entre ellos, pero las cualidades que había logrado vislumbrar en él la impulsaban a aceptar la atracción que sentía por aquel hombre.

Lo que había sentido la primera vez que lo había visto se había ido intensificando. Era algo que carecía de lógica o de sentido común, pero su corazón había sabido al instante que aquél era el hombre al que había estado esperando. Se había dicho a sí misma que era imposible, pero sabía que lo imposible tenía la pasmosa habilidad de hacerse realidad. ¿Amor a primera vista? Parecía absurdo, pero...

Aunque fuera imposible, aunque pareciera absurdo, su corazón ya estaba decidido. De acuerdo, era una persona dada a ofrecer su afecto abiertamente, pero no a la ligera. El amor que había sentido por Cy había sido un sentimiento inmaduro e impresionable, pero muy real. Había tardado mucho tiempo en poder superarlo.

No tenía falsas ilusiones sobre Vance Banning, era perfectamente consciente de que era un hombre difícil y que seguiría siéndolo a pesar de que tuviera momentos de calidez y de humor. Estaba demasiado lleno de furia, de determinación, y aunque ella había aceptado que el amor a primera vista la había atrapado, era lo bastante práctica para saber que el sentimiento no era recíproco.

Vance la deseaba. Estaba segura de ello, aunque le resultaba sorprendente porque nunca se había considerado una mujer capaz de despertar un deseo ardiente; sin embargo, él mantenía las distancias, mostraba una cautela estudiada que parecía estar en pugna con la pasión.

Shane tomó un sorbo de té, con la mirada perdida fija en la ventana. El problema iba a ser conseguir atravesar la muralla que él había construido a su alrededor. Ella ya había estado enamorada antes y había tenido que enfrentarse al dolor y al vacío de la pérdida. Podía aceptar de nuevo el dolor, pero estaba decidida a no volver a experimentar la terrible sensación de vacío. Quería a Vance Banning, así que sólo

tenía que conseguir que él la quisiera a ella. Dejó la taza sobre la mesa mientras esbozaba una sonrisa. La habían enseñado a luchar por conseguir sus objetivos.

Se sorprendió al ver las luces de un coche en el exterior y fue a la puerta trasera mientras se preguntaba quién habría ido a visitarla con aquella lluvia. Puso las manos a ambos lados de la cara para intentar ver a través del vidrio mojado y al reconocer el coche se apresuró a abrir la puerta. Se echó a reír cuando la lluvia fría la golpeó de lleno y esperó mientras Donna se acercaba con la cabeza agachada y sorteando charcos.

—¡Hola! —sin dejar de reír, Shane se apartó para que pudiera entrar—. Te has mojado un poco.

—Qué graciosa —Donna colgó el chubasquero en una percha y empezó a quitarse los zapatos empapados—. Supuse que estarías hibernando. Ten.

Shane miró con curiosidad el paquete de café que acababa de darle su amiga y le preguntó:

—¿Es un regalo de bienvenida, o una indirecta para que te prepare una taza?

—Ninguna de las dos cosas —Donna sacudió la cabeza y se pasó los dedos por el pelo—. Lo compraste el otro día, pero te lo dejaste en la tienda.

—¿En serio? —Shane intentó recordar y entonces se echó a reír—. ¡Es verdad! Gracias por traérmelo, ¿quién está cuidando de la tienda mientras tú te dedicas a hacer entregas a domicilio? —le preguntó, mientras metía el paquete en un armario.

—Dave —Donna se desplomó con un suspiro en una de las sillas de la cocina y añadió—: me ha echado de la tienda, su hermana está cuidando de Benji.

—Pobrecita, te ha echado en medio de una tormenta.

—Sabía que estaba un poco nerviosa, parece que la lluvia no va a amainar nunca —Donna se estremeció al mirar por la ventana y frunció el ceño cuando se dio cuenta de que Shane estaba descalza—. ¿No tienes frío?

—He estado a punto de encender el fuego, pero era demasiado trabajo.

—Vas a pillar la gripe.

—El cacao aún está caliente, ¿quieres un poco?

—Sí, gracias —Donna volvió a pasarse los dedos por el pelo antes de entrelazarlos sobre la mesa, pero no podía quedarse quieta. De repente, dijo—: si no te cuento algo... voy a estallar.

Shane la miró por encima del hombro con curiosidad, y le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Estoy embarazada otra vez —le dijo Donna, con una sonrisa radiante.

—¡Es fantástico! ¡Felicidades! —Shane sintió una fugaz punzada de envidia, pero se apresuró a sofocarla y fue a abrazar a su amiga—. ¿Para cuándo?

—Aún faltan siete meses —contestó Donna, con una carcajada llena de felicidad—. Estoy tan emocionada como la primera vez y aunque Dave intenta mostrar

despreocupación, está tan entusiasmado como yo. Se lo ha dicho a todo el que ha pisado la tienda esta tarde... aunque aparentando mucha calma, claro.

Shane le dio otro abrazo y le preguntó:

— ¿Sabes la suerte que tienes?

— Claro que sí. Me he pasado el día pensando en nombres, ¿te gustan Charlotte y Samuel?

— Suenan muy distinguidos — Shane volvió a los fogones, sirvió el cacao y llevó las dos tazas a la mesa —. Vamos a brindar por Charlotte o por Samuel.

— O por Andrew, o por Justine — dijo Donna, mientras brindaban.

— ¿Cuántos niños piensas tener?

— Uno después de otro — Donna se dio una palmadita en el vientre, llena de orgullo.

— Has dicho que la hermana de Dave estaba cuidando de Benji, ¿no estaba aún en el instituto?

— No. Acabó este verano y ahora está buscando otro trabajo. Había pensado en ir a la universidad a media jornada, pero va justa de dinero y el horario que tiene en su trabajo apenas le deja tiempo libre. Sólo va a poder ir a un par de clases nocturnas, dos días a la semana. A este paso, va a tardar una eternidad en sacarse una carrera.

— Mmm... según recuerdo, Pat era una chica muy brillante — comentó Shane.

— Sí, es brillante y muy guapa.

— Dile que venga a verme.

— ¿Para qué?

— Cuando tenga lista la tienda, tendré que buscar a alguien que me ayude a tiempo parcial. No la necesitaría hasta dentro de un mes más o menos, pero si aún le interesara, creo que podríamos llegar a un acuerdo.

— Le encantaría la idea, pero... ¿estás segura de que puedes permitirte contratar a alguien?

— En unos seis meses, sabré si el negocio funciona bien — Shane pensó en su situación durante unos segundos, mientras se enrollaba un mechón de pelo en un dedo.

Donna sabía que aquel gesto típico de su amiga revelaba su nerviosismo, pero aunque frunció el ceño con preocupación, permaneció en silencio.

— Quiero abrir los siete días de la semana — añadió Shane al fin —. Si consigo atraer a los turistas, en los fines de semana será cuando haya más ajetreo. No podré arreglármelas yo sola con las ventas, la contabilidad, el inventario y la compra de existencias, quiero ir a por todas.

— Nunca haces las cosas a medias, yo estaría aterrorizada — Donna sintió una mezcla de admiración y de preocupación por su amiga.

—Estoy un poco asustada —admitió Shane—. A veces, me imagino cómo quedará la casa y veo a los clientes examinando los objetos, pienso en que voy a tener que conseguir que todo esté organizado y los registros actualizados... —hizo una mueca, y levantó la mirada hacia el techo—. No sé si voy a poder con tanta responsabilidad.

—Que yo recuerde, siempre has podido con todo lo que se te ha puesto por delante —Donna la contempló en silencio durante unos segundos, antes de decir—: piensas seguir con esto a pesar de todas mis advertencias, ¿verdad?

—Sí —admitió Shane, con una sonrisa que acentuó sus hoyuelos.

—Entonces, no voy a molestarme en intentar convencerte de que cambies de opinión. Sólo voy a decir que si alguien puede conseguirlo, ésa eres tú.

Shane contempló su taza de cacao y finalmente miró a Donna a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque vas a esforzarte al máximo.

Shane soltó una carcajada ante aquella respuesta tan simple y comentó:

—¿Estás segura de que con eso bastará?

—Sí —contestó Donna, muy seria.

—Espero que tengas razón —murmuró Shane. Se obligó a animarse y añadió con voz más alegre—: es inútil empezar a preocuparse a estas alturas, ¿hay alguna novedad aparte de lo de Justine o Samuel?

Donna vaciló un momento antes de contestar.

—Shane, vi a Cy el otro día...

—¿Ah, sí? —Shane enarcó una ceja, y tomó un sorbo de cacao—. Yo también.

—Parecía muy... eh... muy preocupado por tus planes.

—Criticar y preocuparse son dos cosas diferentes —Shane sonrió al ver que su amiga se sonrojaba—. No te preocupes, Cy nunca ha aprobado ninguna de mis ideas. Pero eso ya me da igual; de hecho, cuanto peor le parece a él, más segura estoy de que hago lo correcto. No creo que haya corrido un riesgo en toda su vida —al darse cuenta de que Donna estaba mordisqueándose el labio, la miró con fijeza y le preguntó con tono firme—: vale, ¿qué es lo que pasa?

—Shane... —Donna empezó a trazar el borde de su taza con un dedo, mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas—. Creo que debería decírtelo antes de que... de que te enteres por otra persona. Cy...

Shane esperó pacientemente durante unos segundos, pero al ver que su amiga no continuaba, le preguntó exasperada:

—¿Qué pasa con Cy?

Donna la miró con expresión afligida, y le dijo:

—Está saliendo con Laurie MacAfee —al ver que Shane abría los ojos como platos, se apresuró a añadir—: lo siento, Shane, lo siento mucho, pero creía que tenías que

saberlo. Pensé que sería mejor que te enteraras por mí. Parece que... bueno, me temo que la relación va en serio.

—Laurie... —Shane se interrumpió y se quedó mirando, fascinada, el agua que goteaba en uno de los cazos. Finalmente, consiguió decir con voz estrangulada—: ¿Laurie MacAfee?

—Sí —contestó Donna con voz queda, sin levantar la mirada de la mesa—. Se rumorea que piensan casarse el verano que viene —esperó con el aliento contenido la reacción de su amiga, pero al oír que se echaba a reír temió que estuviera poniéndose histérica y levantó la mirada de golpe.

—¡Laurie MacAfee! —Shane dio varias palmadas en la mesa, y rió hasta que pensó que iba a estallar—. ¡Es genial! ¡Perfecto! ¡Madre mía, qué pareja tan... tan admirable!

—Shane... —Donna no supo cómo reaccionar ante aquella hilaridad desmedida.

—¡Ojalá lo hubiera sabido antes, para poder felicitarlo! —encantada con la noticia, Shane apoyó la frente sobre la mesa.

Donna pensó que aquel gesto indicaba que su amiga tenía el corazón roto, y le acarició el pelo para intentar consolarla.

—Shane, no te lo tomes así —sus ojos se llenaron de lágrimas mientras le hablaba con voz suave—. Cy no te conviene, te mereces algo mucho mejor.

Shane empezó a reír de nuevo al oír aquellas palabras.

—¡Donna! Donna, ¿te acuerdas de que Laurie siempre llevaba aquella tabla de matemáticas perfecta al colegio? ¿Y que sacaba excelentes en economía doméstica? —Shane tuvo que respirar hondo varias veces antes de poder seguir—. Hizo un estudio sobre la importancia de planear en detalle el presupuesto de un hogar.

—Por favor, no te mortifiques —Donna recorrió la cocina con la mirada, preguntándose si habría alguna botella de licor.

—Seguro que tiene sus propias hormas para los zapatos, seguro que sí. Y las tendrá etiquetadas, para no mezclarlas... ¡Cy y Laurie! —Shane volvió a estallar en carcajadas y dio un puñetazo en la mesa—. ¡Laurie...! ¡Laurie MacAfee!

Cada vez más frenética y preocupada, Donna le levantó la cabeza con cuidado.

—Shane, no... —entonces se quedó boquiabierta al darse cuenta de que su amiga no estaba destrozada, sino que simplemente estaba desternillándose de risa. Miró sus ojos brillantes durante unos segundos y finalmente comentó con sequedad—: vaya, ya sabía yo que la noticia te afectaría.

—Voy a darles una rinconera victoriana como regalo de bodas. Donna, me has alegrado el día. Es fantástico.

—Sí, sabía que te sentaría fatal. Por favor, intenta no llorar en público —Donna esbozó una sonrisa.

—Mantendré la frente bien alta. Gracias por preocuparte por mí, ¿de verdad creías que aún sentía algo por Cy?



—La verdad es que no estaba segura, pero... bueno, estuvisteis juntos durante mucho tiempo y tú lo pasaste muy mal cuando rompisteis. Hasta te negabas a hablar del tema.

—Necesité algo de tiempo para que la herida cicatrizara, pero hace mucho que ya está completamente curada. Estaba enamorada de él, pero lo superé. Aunque Cy hirió mi orgullo, conseguí sobrevivir.

—En aquella época, tuve ganas de matarlo —murmuró Donna—. Dejarte dos meses antes de la boda...

—Fue mejor que si lo hubiera hecho dos meses después —la interrumpió Shane—. No habríamos tardado demasiado en separarnos, pero Laurie y él...

Esa vez, ambas se echaron a reír.

—Shane, mucha gente va a creer que aún te importa.

—No puedo influir en lo que piensen los demás.

—Ni en lo que digan —murmuró Donna.

—Acabarán encontrando algún tema más interesante; además, estoy demasiado ocupada para ocuparme de los cotilleos.

—Ya me he dado cuenta al ver cómo tienes el porche, ¿qué hay debajo de la lona?

—Madera y materiales de construcción.

—¿Qué vas a hacer con todo eso?

—Nada, va a ser Vance Banning el que los use. ¿Quieres más cacao?

—¡Vance Banning! —asombrada y llena de curiosidad, Donna se inclinó hacia delante y le dijo—: cuéntame.

—No hay mucho que contar. No me has contestado, ¿quieres más cacao?

—¿Qué? No, no quiero más. Shane, ¿qué va a hacer Vance Banning con tus materiales?

—El trabajo de carpintería.

—¿Por qué?

—Porque lo he contratado para que lo haga.

—¿Por qué? —insistió Donna, cada vez más impaciente.

—Pues porque es carpintero.

—¡Shane!

Shane consiguió contener una sonrisa.

—Está en el paro y tiene talento y como yo necesitaba a alguien dispuesto a trabajar por un salario limitado, pues...

—¿Qué has descubierto sobre él?

—Poca cosa, la verdad es que casi nada. No es demasiado hablador.

— Eso ya lo sabía.

— Puede ser un verdadero maleducado cuando se lo propone, tiene mucho orgullo, una sonrisa fantástica que debería usar más, unas manos fuertes... y una ternura que se empeña en ocultar. Creo que es capaz de reírse de sí mismo, pero que se ha olvidado de cómo hacerlo. Y es muy trabajador, porque cuando el viento sopla en la dirección adecuada, lo oigo martilleando y serrando sin parar — Shane miró por la ventana, y añadió — : estoy enamorada de él.

— Sí, pero... — Donna contuvo el aliento, y estuvo a punto de atragantarse — . ¿Qué has dicho?

— Que estoy enamorada de él — repitió Shane, con una sonrisa divertida — . ¿Quieres un vaso de agua?

Donna se quedó mirándola sin decir palabra durante un minuto entero. Intentó convencerse de que su amiga estaba bromeando, pero a juzgar por su expresión, era obvio que hablaba muy en serio. Como ella era la que estaba casada y esperando a su segundo hijo, decidió que era su deber hacerle entender lo peligrosas que eran aquellas ideas alocadas. Con voz paciente y maternal, le dijo:

— Shane, acabas de conocer a ese hombre y...

— Lo supe desde el momento en que lo vi — la interrumpió ella con calma — . Voy a casarme con él.

— ¿Qué?

Al ver que su amiga parecía tener problemas para hablar, Shane se levantó para servirle un vaso de agua.

— ¿Te... te ha pedido que te cases con él? — logró preguntarle Donna al fin.

— No, claro que no — Shane soltó una risita ante aquella idea tan absurda y le dio el vaso — . Acaba de conocerme.

Donna cerró los ojos y se concentró en intentar entender la lógica de su amiga.

— Estoy un poco confundida — dijo al cabo de unos segundos.

— Él aún no lo sabe, tengo que esperar a que se enamore de mí.

Donna dejó el vaso de agua a un lado sin beber ni un sorbo, y miró a Shane con expresión severa.

— Shane, me parece que estás más estresada de lo que creía.

— He estado pensando mucho en el tema. No me habría enamorado de él nada más verlo si no tuviera que ser así, de modo que Vance acabará enamorándose de mí tarde o temprano.

Donna siguió aquel razonamiento y decidió que estaba lleno de agujeros.

— ¿Y cómo vas a conseguir que se enamore de ti?

— Bueno, yo no puedo hacer nada — le dijo Shane con un tono razonable que mostraba calma y una completa seguridad — . Tendrá que enamorarse de mí a su debido tiempo, igual que me pasó a mí.

—Has tenido algunas ideas descabelladas a lo largo de tu vida, Shane Abbott, pero ésta se lleva la palma —Donna se cruzó de brazos y le dijo con expresión seria—: piensas casarte con un hombre al que conoces desde hace apenas una semana, él no tiene ni idea de que va a casarse contigo y vas a esperar con paciencia hasta que él se enamore de ti.

Shane le dio vueltas en la cabeza a aquello y entonces asintió.

—Exacto.

—Es lo más ridículo que he oído en mi vida —Donna soltó una carcajada y admitió—: y conociéndote, probablemente acabará funcionando.

—Cuento con ello.

Donna se inclinó hacia delante, y tomó a su amiga de las manos.

—Shane, ¿por qué lo quieres?

—No lo sé, y ésa es otra razón por la que estoy convencida de que no me equivoco. Lo único que sé de él es que es un hombre difícil, que me hará daño y me hará llorar.

—Entonces, ¿por qué...?

—También me hará reír, y me pondrá furiosa —la interrumpió Shane. Esbozó una sonrisa, pero sus ojos permanecieron serios—. Creo que nunca hará que me sienta... inadecuada, y cuando estoy junto a él, sé que es el hombre al que estaba esperando. Y con eso basta.

—Sí, supongo que sí. Eres la persona más cariñosa que he conocido en mi vida y también la más confiada. Esos son rasgos fantásticos, pero también peligrosos. Me gustaría que supiéramos un poco más sobre él.

—Tiene secretos, pero le pertenecen hasta que esté listo para compartirlos conmigo.

—Shane... por favor, ten cuidado.

—No te preocupes, lo tendré —le dijo ella con una sonrisa, un poco sorprendida al ver la extrema seriedad de su amiga—. Sé que soy más confiada que la mayoría, pero también tengo mis propias defensas. No voy a portarme como una tonta —se volvió hacia la ventana de nuevo y visualizó en su mente el camino que llevaba a casa de Vance—. No es un hombre sencillo, pero es una buena persona. Estoy segura de eso.

—De acuerdo —Donna se prometió para sus adentros, que a partir de ese momento, iba a tener bien vigilado a Vance Banning.

Cuando su amiga se fue, Shane permaneció sentada en la cocina mientras la lluvia seguía incesante y las gotas tintineaban al caer en el cazo. Sabía que lo que le había dicho a Donna había sido una imprudencia, pero se sentía mucho mejor después de haberlo admitido en voz alta.

No, no estaba tan segura como parecía; de hecho, la aterrorizaba el amor tan irracional que sentía. Era cierto que era una persona confiada, pero no era ingenua y

sabía que había que pagar un precio por la confianza y que a menudo era un precio excesivo; sin embargo, la decisión ya estaba tomada... aunque en cierto modo, ni siquiera había tenido la posibilidad de poder decidir por su cuenta.

Shane se levantó, apagó la luz y avanzó por la casa a oscuras. Conocía cada recoveco y cada rincón, cada tabla que crujía en el suelo. Le resultaba familiar y reconfortante, y la amaba. No conocía los recovecos ni los rincones escondidos de Vance, le resultaba extraño e inquietante, y lo amaba.

Si hubiera sido un amor tranquilo y sereno, lo habría aceptado con facilidad, pero la tormenta que arrasaba su interior no tenía nada de tranquila. A pesar de que era una persona vital a la que le encantaba lanzarse a la aventura, se había criado en un mundo apacible donde la actividad más excitante era una carrera por el bosque o subirse en un tractor mientras se recogía el heno. Enamorarse de repente de un desconocido, podía parecer precioso y romántico en una historia de ficción, pero era aterrador cuando pasaba en la vida real.

Subió al segundo piso, mientras evitaba de forma instintiva los escalones que crujían. La lluvia era un sonido sordo y constante a su alrededor y alguna ráfaga de viento azotaba de vez en cuando las ventanas. Sus pies desnudos golpeteaban suavemente en el suelo de madera. En el centro del pasillo había un cubo debajo de una gotera, pero lo esquivó sin problemas.

Se preguntó cómo podía haberse imaginado siquiera que sólo tenía que esperar a que Vance se enamorara de ella y tras encender la luz de su dormitorio, fue a mirarse al espejo. ¿Acaso era hermosa o seductora? Soltó una carcajada y observó con mayor atención las pecas, los ojos enormes y el pelo ingobernable; sin embargo, fue incapaz de ver su vitalidad radiante, la suavidad tentadora de su piel o la curva sensual de su boca.

La idea de que un hombre se quedara deslumbrado con ella le pareció tan absurda, que su propio reflejo le devolvió la sonrisa burlona. Estaba convencida de que no era especialmente guapa, pero de todas formas, tampoco querría estar con un hombre que buscara sólo un rostro perfecto. No, no tenía ni una cara ni un cuerpo capaces de enamorar a un hombre, sólo contaba consigo misma y con el amor que inundaba su corazón.

Shane sonrió y se preparó para acostarse. Siempre había pensado que el amor era la aventura más apasionante de todas.

## Capítulo 6

El sol empezaba a colarse entre los nubarrones y el riachuelo cargado de agua de lluvia parecía protestar ruidosamente al pasar junto a la casa. Shane tampoco estaba de muy buen humor, porque su coche estaba hundido en el barro y se negaba a moverse.

El día anterior lo había apartado del camino de entrada, para que el camión con la entrega de materiales pudiera llegar sin problemas al porche trasero; para no estropear la hierba, lo había aparcado en el pequeño parche de tierra donde tiempo atrás había estado el huerto de su abuela, pero había empezado a ayudar con la descarga y se le había olvidado que lo había dejado allí.

Apretó el acelerador con cuidado, intentó avanzar y retroceder y finalmente soltó una imprecación y apagó el motor. Salió del coche con un portazo y se hundió en el barro hasta los tobillos, se acercó a la rueda posterior y se quedó mirándola con expresión acusadora antes de darle una patada.

— Eso no va a servirte de nada — comentó Vance.

Llevaba un par de minutos observándola, dividido entre la diversión, la exasperación... y la alegría. Sólo con verla sentía una oleada de puro placer y había dejado de contar el número de veces que había pensado en ella a lo largo de los últimos días.

Exasperada, Shane se volvió hacia él con las manos en las caderas. La situación ya era bastante frustrante, no necesitaba tener público.

— Podrías haberme avisado de que estabas ahí.

— Estabas... ocupada — Vance le lanzó una mirada elocuente al coche embarrancado.

— Supongo que tú tendrás alguna idea brillante, ¿no? — le preguntó ella con frialdad.

— Unas cuantas — dijo Vance, antes de acercarse a ella.

Shane lo fulminó con la mirada y frunció los labios. Tenía las botas embarradas hasta los tobillos, aunque sus pantalones enrollados hasta la pantorrilla habían corrido mejor suerte. Parecía a punto de estallar a la mínima y un hombre cauteloso habría permanecido callado.

— ¿A quién demonios se le ha ocurrido aparcar en éste lodazal?

— A mí — Shane le dio otra patada a la rueda—. Y no era un lodazal cuando aparqué.

— Supongo que te has dado cuenta de que ha estado lloviendo durante toda la noche, ¿no?

— Anda, quítate de en medio — Shane lo apartó a un lado y volvió a meterse en el coche, hecha una furia.

Encendió el motor, puso la primera y apretó el acelerador, pero sólo consiguió salpicarlo todo de barro y hundir aún más el coche. Se quedó quieta durante unos segundos y dio varios puñetazos en el volante con rabia e impotencia. Le habría encantado poder decirle a Vance que no necesitaba su ayuda, porque no había nada más exasperante que un hombre con aires de superioridad... sobre todo cuando se necesitaba uno. Se obligó a respirar hondo y entonces bajó del coche y respondió a la sonrisa de Vance con una compostura gélida.

— ¿Cuál es tu primera idea?

— ¿Tienes un par de tablones?

Shane se enfureció aún más por no haber pensado en aquello, fue al cobertizo y volvió al cabo de unos minutos con un par de tablones largos y planos. Vance los tomó sin decir palabra y los colocó justo debajo de las ruedas delanteras, mientras ella lo miraba con los brazos cruzados y golpeteando en el suelo con una de sus botas cubiertas de barro.

— Estaba a punto de ocurrírseme a mí — rezongó en voz baja.

— Puede, pero no habrías conseguido nada con las ruedas traseras tan hundidas — comentó Vance, mientras iba hacia la parte posterior del coche.

Shane esperó a que hiciera algún comentario machista sobre la estupidez femenina, para tener una excusa que le permitiera descargar su genio; sin embargo, Vance se limitó a observar su rostro ruborizado y sus ojos llenos de furia.

— ¿Qué? — dijo ella al fin. Al ver que su boca se curvaba en algo sospechosamente parecido a una sonrisa, entornó los ojos y lo miró con suspicacia.

— Que te metas en el coche — Vance la agarró del brazo y añadió—: esta vez aprieta el acelerador con cuidado, bólico.

— Tiene cuatro velocidades — le dijo ella, muy digna.

— Mil perdones — Vance esperó a que ella volviera por el barro hasta la parte delantera del coche. Por primera vez en meses, quizás incluso en años, tuvo que esforzarse por controlar la risa. Carraspeó con disimulo y le dijo—: suelta el embrague poco a poco.

— Sé conducir, gracias — contestó ella con brusquedad, antes de meterse en el coche y cerrar de un portazo.

Con la mirada fija en el retrovisor, Shane esperó a que él le hiciera una señal afirmativa, y entonces soltó el embrague y apretó el acelerador con mucho cuidado. Las ruedas delanteras fueron avanzando por los tablones y las traseras resbalaron, quedaron embarradas y empezaron a moverse de nuevo como por milagro. Shane mantuvo la velocidad lenta y constante, mientras pensaba en lo humillante que era que él la estuviera sacando de allí sin ningún problema.

— Un poco más — le dijo Vance —, sigue así, poco a poco.

— ¿Qué?

Shane bajó la ventanilla y sacó la cabeza para poder oír lo que le decía, pero el movimiento hizo que el pie se le resbalara y que apretara a fondo el acelerador. El coche salió disparado del lodazal, como un plátano al que se le hubiera apretado en un extremo.

Con una exclamación ahogada, Shane apretó el freno y se detuvo en seco. No se atrevió a mirar por el retrovisor y cerró los ojos mientras se planteaba si lo mejor sería huir de allí a toda velocidad. No sería difícil, sólo tendría que virar un poco y enfilar por el camino; sin embargo, nunca había sido una cobarde, así que después de tragar con dificultad y de hacer acopio de valor, salió del coche para enfrentarse a los fuegos artificiales.

Vance estaba de rodillas en el lodazal, salpicado de barro de los pies a la cabeza y hecho una furia.

—¡Eres una idiota! —le gritó, antes de que ella pudiera pronunciar una sola palabra. Cuando Shane abrió la boca para contestar, añadió—: ¿por qué has acelerado? ¡Te he dicho que fueras poco a poco, tontaina!

Vance siguió despotricando, pero Shane no tardó en perder el hilo. Sabía que su enfado estaba justificado, pero ella empezó a luchar una batalla desesperada contra la risa. Se esforzó al máximo por mantener su expresión serena y contrita y como pensó que sería imprudente a la vez que inútil intentar interrumpirlo con disculpas, se mordió el labio inferior y tragó saliva varias veces.

Al principio, se concentró en aguantarle la mirada con la esperanza de que la furia que brillaba en sus ojos azules sofocara su hilaridad, pero verle el rostro cubierto de barro sólo contribuyó a que le doliera el costado por el esfuerzo de aguantar la risa. Bajó la cabeza, en un gesto de aparente culpabilidad.

—Me gustaría saber quién demonios te dio el permiso de conducir —siguió diciendo Vance con furia—. Además, cualquiera que tenga al menos una neurona en condiciones sabría que no hay que aparcar el coche en un pantano.

—Era el huerto de mi abuela —consiguió decir Shane con voz estrangulada—, pero tienes razón. Toda la razón del mundo. Lo siento mucho, de verdad... —se interrumpió al sentir que una carcajada se acercaba demasiado a la superficie y cuando logró controlarse se apresuró a decir—: perdona, Vance. Ha sido muy... —tuvo que dejar de mirarlo a la cara para poder recuperar la compostura, y añadió—: eh... ha sido muy descuidado de mi parte.

—¿Descuidado?

—Estúpido —se apresuró a corregirse ella, pensando que a lo mejor así podría calmarlo un poco—. Ha sido una verdadera estupidez, lo siento —se cubrió la boca con las manos para intentar contener una risita, pero no lo logró. Cuando él le lanzó una mirada aún más indignada, le dijo—: lo siento de verdad, no estoy riéndome de ti. Es terrible —Shane se dobló hacia delante, incapaz de seguir aguantando el esfuerzo de tener que contenerse—. Realmente terrible —añadió, antes de echarse a reír a mandíbula batiente.

— Como te parece tan divertido... — Vance la agarró de la mano y tiró de ella hasta que quedó sentada en el lodazal a su lado.

— No te he... no te he dado las gracias por sacar mi coche del barro — le dijo ella, sin parar de reír.

— De nada — contestó él. La mayoría de las mujeres se habrían enfurecido al verse sentadas en un montón de barro, pero Shane estaba riéndose tanto de sí misma como de él. Incapaz de contener una sonrisa, le dijo — : eres una mocosa malcriada.

Shane sacudió la cabeza y apretó el dorso de la mano contra la boca.

— Claro que no, pero es que tengo la horrible costumbre de reír en los momentos más inoportunos. Lo siento de verdad — dijo, antes de soltar otra carcajada.

— Sí, ya lo veo.

— Además, tampoco te he manchado entero — Shane agarró un puñado de barro y se lo restregó por la mejilla — . Me había dejado esta zona, pero ya está.

— Tú no estás bastante manchada — contraatacó él, antes de pasarle las manos llenas de barro por la cara.

Shane resbaló al intentar esquivarlo y su grito quedó ahogado por la carcajada de Vance.

— Mucho mejor — comentó él. Al ver que ella agarraba otro puñado de barro, le aferró el brazo y le dijo — : ¡ni se te ocurra!

Ella aprovechó que estaba ocupado riendo para intentar zafarse de él y Vance acabó tirado de lado en el suelo. Se incorporó sobre un brazo con una maldición ahogada y se quedó mirándola con los ojos entrecerrados.

— Eres un finolis de ciudad — le dijo ella, con tono burlón — . Seguro que nunca en tu vida has estado en una pelea en el barro — estaba tan satisfecha de su maniobra, que no se dio cuenta de sus intenciones hasta que fue demasiado tarde.

Vance la agarró de los hombros y rodó hasta quedar a horcajadas sobre ella, con una mano en la parte posterior de su cabeza. Tumbada en el suelo, Shane miró con los ojos como platos el barro que tenía a pocos centímetros de la cara.

— ¡Vance, no serás capaz! — le dijo entre risas, mientras intentaba soltarse.

— Claro que sí — Vance le acercó la cara al barro un poco más.

— ¡Vance! — aunque estaba tan resbaladiza como una anguila, Vance la mantuvo bien agarrada, con las rodillas firmemente apretadas a ambos lados. Conforme la distancia entre la venganza y su nariz fue disminuyendo, Shane cerró los ojos y contuvo la respiración.

— ¿Te rindes? — le preguntó él.

Shane abrió un ojo con cautela y dudó por un segundo, dividida entre el deseo de ganar y las pocas ganas que tenía de que le hundieran la cara en el barro. Estaba claro que Vance estaba dispuesto a hacerlo.

— Me rindo — dijo a regañadientes.



Él le dio la vuelta de inmediato, y la colocó sobre su regazo.

— Así que soy un finolis de ciudad, ¿no?

— No habrías ganado si no estuviera tan desentrenada, sólo has tenido la suerte del principiante.

Sus ojos lo miraban con un brillo burlón, él mismo le había embadurnado la cara de barro y estaba aferrada a su camisa con manos resbaladizas. La mano que Vance tenía en su nuca se relajó y empezó a acariciarla y la otra empezó a bajar como por voluntad propia desde su cadera hasta sus muslos. Bajó la mirada hasta sus labios y lentamente, casi sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a atraerla hacia sí.

Al ver el súbito cambio en su mirada, Shane sintió un súbito temor y se preguntó si realmente tenía las defensas de las que le había hablado a Donna. ¿Había alguna defensa posible después de admitir que estaba enamorada de él? Todo estaba pasando con demasiada rapidez, se dijo medio histérica. Con el corazón martilleándole en el pecho y prácticamente sin aliento, luchó por levantarse.

— ¡Te echo una carrera hasta el arroyo! — exclamó, antes de salir corriendo hacia el agua.

Vance se sintió desconcertado por su súbita huida y permaneció inmóvil mientras ella rodeaba la casa a la carrera. Normalmente, habría pensado que se trataba de una artimaña, pero sabía que no era así. Se levantó del suelo mientras pensaba que nada en ella parecía encajar, que era una mujer diferente a las demás y se sorprendió al darse cuenta de que él mismo parecía diferente. No se había dado cuenta de que podría sentirse atraído e intrigado por una mujer como Shane Abbott.

Sin dejar de darle vueltas al asunto, rodeó la casa y la vio metiéndose en el arroyo. Se había quitado las botas, y el agua le llegaba hasta las rodillas.

— ¡Está helada! — exclamó ella, antes de hundirse hasta la cintura. Inhaló con fuerza por la impresión del agua fría, y añadió —: si estuviera templada, podríamos bajar a la poza de Molly para nadar un rato.

— ¿La poza de Molly? — Vance se sentó en la hierba y empezó a quitarse las botas.

— Sí, está un poco más abajo. Es un lugar fantástico para nadar y para pescar — temblando un poco, Shane se frotó la parte delantera de la camiseta para intentar limpiarla—. Si no hubiera llovido, el caudal no habría crecido y no podríamos bañarnos aquí.

— Si no hubiera llovido, tu coche no se habría quedado embarrancado.

— Eso es irrelevante —le dijo ella, con una sonrisa. Cuando vio que hacía una mueca al meterse en el agua, le preguntó con dulzura —: ¿está muy fría para ti?

— Tendría que haberte hundido la cara en el barro —Vance se quitó la camiseta y la lanzó hacia la orilla antes de empezar a limpiarse las manos y los brazos.

— Te habrías sentido muy mal si lo hubieras hecho —le dijo ella, mientras se lavaba la cara.

— Claro que no.

Shane lo miró, y soltó una carcajada.

— Me caes bien, Vance. Mi abuela habría dicho que eres un desvergonzado.

— ¿Debería tomármelo como un cumplido?

— Sí, era su mayor cumplido.

Shane se incorporó para limpiarse los pantalones, que se le ajustaban y moldeaban sus piernas mientras la camiseta hacía lo propio con sus senos. Tenía los pezones tensos contra la fina tela de algodón por culpa del frío, pero estaba tan centrada en lavarse la ropa, que siguió charlando sin darse cuenta de que parecía que estaba prácticamente desnuda.

— Le encantaban los desvergonzados —siguió diciendo—. Supongo que por eso me aguantaba, siempre estaba metiéndome en líos.

— ¿Qué clase de líos?

Vance ya había acabado de limpiarse el torso, pero permaneció donde estaba. Shane tenía un cuerpo de ensueño y se preguntó cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de lo perfectamente proporcionada que estaba. Tenía unos pechos pequeños y redondos, una cintura delgada, unas caderas estrechas y unos muslos esbeltos.

— No me gusta fanfarronear —dijo ella, mientras se limpiaba el barro de las mangas de la camiseta—, pero puedo enseñarte a colarte en el huerto del viejo Trippet si quieres unas cuantas manzanas. Y solía pasármelo en grande montando en las vacas lecheras del señor Poffenburger —Shane se acercó a él y le dijo—: aún tienes la cara un poco manchada —tomó un poco de agua en la mano y empezó a limpiarle la cara ella misma—. Me he pillado los pantalones en todas las vallas que hay en cinco kilómetros a la redonda, mi abuela solía cosérmelos mientras comentaba que había perdido la esperanza de que dejara de portarme como una gamberra.

Le limpió con cuidado la cara con una mano mientras con la otra se apoyaba en su pecho desnudo y Vance se limitó a observarla en silencio.

— Me llamaban «la niña de los Abbott» —comentó, mientras le limpiaba la mandíbula—. Ahora tengo que convencerlos de que soy una ciudadana modélica, para que se olviden de que les quitaba las manzanas y empiecen a comprar mis antigüedades. Nadie se toma en serio a una gamberra. Bueno, ya está —Shane empezó a apartar la mano, satisfecha, pero Vance se la agarró. Ella no apartó la mirada, pero se quedó muy quieta.

Sin pronunciar palabra, Vance empezó a limpiarle los restos de barro que le quedaban en la cara con movimientos circulares muy lentos, sin dejar de mirarla a los ojos. La palma de la mano era áspera, pero sus caricias eran muy suaves. Shane entreabrió los labios temblorosos y cuando él los trazó con una curiosidad que rozaba la fascinación, sintió que ella se estremecía. Vance recorrió su labio inferior por dentro con lentitud, y notó bajo el pulgar de la otra mano que el pulso se aceleraba en su muñeca. El sol se asomó entre las nubes por unos segundos antes de volver a esconderse y Vance contempló el juego de luces y sombras en su rostro.

—Esta vez no vas a salir huyendo —murmuró él, como si estuviera hablando para sí.

Ella tuvo miedo de contestar con su dedo aún sobre sus labios, así que permaneció en silencio. Vance fue bajando poco a poco por su barbilla y se detuvo por unos segundos en el pulso de su cuello, como si estuviera midiendo su reacción ante sus caricias. Entonces recorrió con la punta del dedo uno de sus pechos, hasta llegar a su pezón erecto.

Shane sintió una mezcla de frío y de calor; por un lado, tenía la piel helada por el agua, pero su sangre hervía con sus caricias ardientes. Vance contempló la palidez de su piel y sus ojos oscuros y enormes, pero ella se limitó a respirar hondo sin apartarse.

—¿Tienes miedo de mí? —le preguntó, mientras subía la mano hasta su nuca.

—No, tengo miedo de mí misma —susurró ella. Vance se sorprendió ante aquella respuesta y frunció el ceño en un gesto de confusión. Por un instante, pareció muy duro y fiero y aunque sus ojos no mostraban frialdad alguna, su expresión era intensa y estaba llena de preguntas y de suspicacia. Aun así, Shane sólo sintió miedo del anhelo y el deseo que la recorrían.

—Eres una mujer extraña —murmuró él. Siguió acariciándole la nuca, mientras observaba con atención su rostro en busca de respuestas—. ¿Será ésa la razón de que me excites tanto?

—No lo sé —Shane luchó por recuperar el aliento, y añadió—: no quiero saberlo, sólo quiero que me beses.

Él bajó la cabeza, pero se limitó a acariciarle los labios con los suyos con la misma suavidad que había mostrado su dedo.

—No sé por qué no puedo apartarte de mis pensamientos —susurró contra sus labios—. ¿Será tu sabor? —le mordisqueó con cuidado el labio inferior y Shane soltó un gemido de placer—. Fresco como la lluvia y dulce como la miel —trazó sus labios con la lengua lánguidamente antes de decir—: ¿Será el tacto de tu piel? Tu piel... es como el pétalo de una rosa —bajó las manos por sus brazos y volvió a subirlas mientras iba apretándola más y más hacia sí.

—¿Por qué tienes que saberlo? Basta con sentirlo —le dijo ella, con voz temblorosa. Era como si estuvieran desnudos, porque sólo la ropa húmeda se interponía entre sus cuerpos—. Bésame, Vance. Límitate a besarme, con eso basta.

—Hueles a lluvia —Vance intentó resistirse a ella, pero sabía que era inútil—. Pareces pura y honesta y cuando te miro a los ojos, juraría que no ocultas ni una sola mentira. ¿Es eso cierto? —le cubrió la boca con sus labios antes de que ella pudiera contestar.

Shane soltó una exclamación ahogada al sentir que su lengua penetraba y empezaba a explorar. La furia que había intuido en Vance se había convertido en pasión, en un deseo descarnado y no pudo evitar estremecerse. El agua del riachuelo avanzaba murmurando hacia el río, pero ella sólo podía oír el latido de su propio

corazón. Ya no tenía frío, sólo era consciente de la calidez de la mano de Vance mientras subía y bajaba por su espalda.

Incapaz de conformarse con sus labios, él empezó a saborear su rostro entero, que aún estaba húmedo y sabía al frescor del arroyo; sin embargo, no importaba por dónde deambularan sus besos, porque siempre se veía arrastrado de nuevo hacia la dulzura de su boca. Parecía estar esperándolo, lista para abrirse, para invitarlo y para exigir. Debajo de aquella rendición, de aquella entrega, había una pasión tan grande como la suya y una fuerza que él apenas empezaba a descubrir.

Vance se dijo que necesitaba una mujer, que por eso estaba tan desesperado por poseer a Shane. Necesitaba la suavidad y el sabor de una mujer y ella estaba allí. No había ninguna exclusividad en aquel deseo, era imposible que la hubiera; sin embargo, su cuerpo delicado tenía algo especial, su sabor era fascinante y diferente y era incapaz de acordarse de ninguna otra mujer. Sólo existía ella.

Podría poseerla allí mismo, sobre la hierba húmeda de la orilla, bajo la luz atenuada por las nubes. Mientras saboreaba su boca húmeda y cálida, se imaginó cómo sería poseerla por completo; Shane mostraría una energía y un deseo tan grandes como los suyos y lejos de ser la pantomima tonta y falsa de una seducción, se trataría de un encuentro honesto y lleno de deseo.

Cuando sus senos delicados se apretaron contra su pecho, Vance creyó notar una pasión casi dolorosa en ellos... ¿O acaso se trataba de la suya propia? Estaba sumido en un torbellino irrefrenable y lo único que existía era el anhelo que sentía por ella. La boca de Shane era pequeña pero ávida y en vez de intentar apartarse de sus besos salvajes, respondía con una pasión igual de feroz que lo impulsaba a seguir, a apretarla más y más contra su cuerpo. Ya no sabía si deseaba a cualquier mujer o sólo a aquella, pero era innegable que Shane estaba apoderándose de él.

En algún rincón de su mente, supo que no podría alejarse de ella sin más si le hacía el amor. Aunque aún no entendía por qué, era consciente de que Shane no era como las otras mujeres a las que había conocido a lo largo de su vida. Tenía miedo de que sus manos y su boca consiguieran apresarle y aún no estaba preparado para asumir ese riesgo.

Se apartó un poco de ella, pero Shane apoyó la frente en su pecho. El gesto contenía cierta vulnerabilidad a pesar de que sus brazos lo rodeaban con fuerza por la cintura y él se sintió excitado por aquel contraste y por el rápido latido de su corazón.

Incapaz de alejarse, siguió abrazándola durante unos segundos, mientras el agua fresca corría entre sus piernas y la suave luz del sol se filtraba entre los árboles.

Ella le había contado que una vez se había sentido completamente aislada debido a una nevada y Vance experimentó aquella sensación en ese momento. Era como si no hubiera nada, como si no existiera nadie más allá del arroyo y de los árboles que los rodeaban. Confuso y sorprendido, se dio cuenta de que no necesitaba a nadie más, porque sólo quería estar con ella. Quizás estaban solos de verdad... la idea lo excitó y lo puso nervioso. A lo mejor no había nada más allá de aquel pequeño rincón escondido y no había razón alguna que le impidiera tomar lo que quería.

Al notar que Shane se estremecía, se dio cuenta de que debía de estar helada y volvió a la realidad de golpe. La soltó de inmediato, y murmuró:

—Vamos, será mejor que entres.

Shane lo siguió hasta la orilla y empezó a ponerse las botas. Cuando logró recuperar la compostura, lo miró a los ojos y le dijo:

—No vas a entrar en la casa —no se trataba de una pregunta, porque había notado su cambio de actitud.

—No —contestó él con voz fría, a pesar de que la sangre seguía hirviéndole de deseo por ella—. Iré a cambiarme y después volveré para empezar con el porche.

Shane había sabido que él le causaría dolor, pero no se había dado cuenta de que sería tan pronto. Las viejas heridas provocadas por el rechazo volvieron a abrirse.

—Vale. Si me he ido cuando vuelvas, haz lo que tengas que hacer.

Vance se dio cuenta de que se sentía herida, pero ella no apartó la mirada y habló con voz firme. Habría podido lidiar fácilmente con sus recriminaciones y habría aceptado con alivio su enfado, pero por primera vez en años, se sintió desconcertado por una mujer.

—Sabes tan bien como yo lo que pasaría si entro contigo en la casa —le dijo con impaciencia.

—Sí.

—¿Es eso lo que quieres?

Shane sonrió tras unos segundos de silencio, aunque sus ojos permanecieron serios.

—No es lo que tú quieres —le dijo con voz queda, antes de volverse hacia la casa.

Vance la agarró del brazo y la obligó a que se volviera de nuevo hacia él. Su furia se acrecentó cuando vio su expresión tensa y se dio cuenta de lo mucho que estaba costándole mantener la compostura.

—Maldita sea, Shane... eres una tonta si crees que no te deseo.

—No quieres desearme y eso es más importante para mí —le dijo ella con calma.

—¿Qué diferencia hay? —le preguntó él con impaciencia. ¿Cómo podía mirarlo con aquellos ojos serenos cuando hacía un momento que lo había enloquecido de pasión?—. Sabes que he estado a punto de hacerte el amor aquí mismo, en el suelo. ¿No te basta saber que eres capaz de empujarme hasta ese extremo? ¿Qué más quieres?

—¿Que te he «empujado hasta ese extremo»? ¿Es así como lo ves realmente? —le preguntó ella.

Vance sentía un torbellino de emociones que parecía desgarrarle las entrañas y sólo quería alejarse de ella.

—Sí, ¿de qué otra forma quieres que lo vea?

—Claro, de qué otra forma —dijo ella, con una carcajada trémula—. Supongo que para algunas eso sería un cumplido.

—Piensa lo que quieras —le dijo él con voz cortante, mientras recogía su camiseta del suelo.

—Pues para mí no lo es, aunque ya has dicho que soy extraña —Shane suspiró y lo miró a los ojos antes de añadir—: Vance, te has aislado de tus sentimientos y te están carcomiendo por dentro.

—No tienes ni idea de lo que dices —le espetó él con brusquedad. Se sintió aún más furioso, porque sabía que ella tenía razón.

Mientras se enfrentaba a su mirada beligerante, Shane oyó el gorjeo estridente de un pájaro en el bosque. Era un sonido agudo y penetrante, muy acorde con la tensión y la furia del ambiente.

—No eres tan frío como te gustaría —le dijo con calma.

—No sabes nada sobre mí —le contestó él con furia, mientras la agarraba de los brazos.

—Y te enfureces cuando te descuidas y bajas la guardia —continuó ella, sin amilanarse—. Y lo que te enfurece aún más, es la posibilidad de sentir algo por mí —al notar que aflojaba los dedos, se apartó de él y añadió—: yo no te empujo, pero hay algo que sí que lo hace. Y no tengo ni idea de lo que es, pero tú lo sabes muy bien —respiró hondo para intentar calmarse, y le dijo—: tienes que luchar tus propias batallas, Vance.

Shane se alejó sin más, y lo dejó allí plantado.

## Capítulo 7

Vance fue incapaz de dejar de pensar en ella. A lo largo de las semanas siguientes, las montañas se inundaron de color, el aire fue refrescando con la llegada del otoño, en varias ocasiones vio unos ciervos por la ventana de la cocina... y fue incapaz de dejar de pensar en Shane.

Dividió su tiempo entre las dos casas. La suya iba tomando forma poco a poco y había calculado que a principios de invierno podría empezar con el trabajo interior más delicado. La casa de Shane progresaba con mayor rapidez y entre los techadores y los fontaneros, había sido un auténtico caos durante una semana. La vieja cocina se había vaciado y estaba lista para que la pintaran y la arreglaran. Shane había esperado pacientemente a que lloviera después de que le arreglaran el tejado y después de comprobar que no quedaba ninguna gotera, le había comentado que sentía cierta nostalgia al no tener que poner cazos y cubos en los sitios de siempre.

La zona destinada al museo ya estaba lista y mientras él trabajaba en otros puntos de la casa, ella había preparado y llenado las vitrinas que había recibido días atrás. A veces iba a la caza de tesoros escondidos en subastas y en mercadillos y se pasaba horas fuera; sin embargo, él siempre sabía el momento exacto en que volvía, porque la casa cobraba vida de nuevo. Había montado una especie de sala de trabajo en el sótano, donde restauraba algunas piezas y almacenaba otras y él solía verla entrando y saliendo, arrastrando mesas y cajas, subiendo escaleras... nunca la veía desocupada.

La actitud de Shane hacia él era como al principio, amistosa y abierta y no había mencionado ni una sola vez lo que había ocurrido entre ellos. Él había tenido que ejercitar su fuerza de voluntad al máximo para contener las ganas de tocarla y mientras ella reía, le llevaba café y le contaba anécdotas que le habían pasado en las subastas, él tenía que contener el deseo que sentía por ella, que crecía más y más cada vez que la veía.

En aquel momento, mientras acababa el friso del saloncito, era más que consciente de que ella estaba en el sótano. Observó su trabajo con atención crítica para buscar algún fallo, pero la simple certeza de su cercanía lo desconcentraba por completo. Quizás lo más sensato sería marcharse unos días a Washington; hasta aquel momento se había ocupado de los asuntos del negocio por teléfono y por correo, pero a pesar de que sabía que no había nada urgente, se preguntó si no sería mejor alejarse de allí durante una semana. Shane lo obsesionaba... o mejor dicho, lo atormentaba. Lleno de frustración, recogió sus herramientas. Aquella mujer era un engorro, un auténtico engorro.

A pesar de que había decidido marcharse a su casa, se detuvo frente a la puerta del sótano. Dudó por un momento, se maldijo a sí mismo y empezó a bajar las escaleras.

Shane estaba restaurando una mesa, vestida con unos vaqueros holgados y un jersey que le llegaba a la altura de las caderas. Había aparecido un día con aquella mesa rallada y desgastada, le había dicho entusiasmada que la había comprado a muy buen precio, y la había bajado al sótano. En ese momento, la madera barnizada

parecía resplandecer y Shane estaba encarándola a conciencia. El sótano olía a aceite de tung y a limón.

Vance hizo ademán de volver a subir las escaleras, pero Shane levantó la cabeza y lo vio.

— ¡Hola! —lo saludó con una sonrisa—, ven a echar un vistazo, tú eres el experto en madera —mientras él se acercaba, Shane retrocedió un poco para examinar su trabajo—. Lo más difícil va a ser desprenderme de ella, pero como la conseguí a muy buen precio, sacaré un buen beneficio.

Vance recorrió la superficie de la mesa con un dedo y comprobó que estaba suave e impecable. Su madre tenía una pieza similar en el salón de su casa en Washington, y como se la había comprado él, sabía su precio aproximado. Era capaz de reconocer la diferencia entre el trabajo de restauración de un aficionado y el de un experto y se dio cuenta de que Shane había hecho un trabajo fino y de calidad.

— Tu tiempo vale dinero y tu talento también. Te habría costado bastante caro que te restauraran esta mesa.

— Sí, pero como disfruto haciéndolo, no cuenta.

— Vas a abrir tu negocio para ganar dinero, ¿no?

— Sí, claro —Shane cerró el bote de cera, y añadió—: me encanta cómo huele esto.

— No vas a ganar una fortuna si no tienes en cuenta tu tiempo y tu trabajo.

— No quiero ganar una fortuna —Shane colocó la lata en un estante y miró la silla rústica que tenía que reparar—. Quiero pagar las facturas, abastecer la tienda y tener algo de sobra para poder divertirme —puso la silla boca abajo y frunció el ceño al ver el agujero que había en el centro del asiento—. No sabría qué hacer con una fortuna.

— Ya se te ocurriría algo —comentó Vance con sequedad—. Podrías comprar ropa, pieles...

Shane levantó la cabeza para mirarlo y al ver que estaba hablando en serio, soltó una carcajada.

— ¿Piel? Sí, claro, me imagino yendo a comprar un paquete de leche con un visón. Eres un tipo divertido, Vance.

— No he conocido a ninguna mujer a la que no le gustaran los visones.

— Entonces, has conocido a las mujeres equivocadas —le dijo ella con calma, mientras volvía a colocar bien la silla—. Conozco a un hombre en Boonsboro que podría arreglarla, tendré que llamarlo. Aunque tuviera tiempo para intentar restaurarla, yo no sabría ni por dónde empezar.

— ¿Qué clase de mujer eres tú?

Shane dejó de pensar en la silla y levantó la mirada hacia él. Al ver que estaba observándola con una expresión llena de cinismo, suspiró y le dijo:

— Vance, ¿por qué siempre tienes que buscar problemas y complicaciones?

— Porque siempre los hay.



—Soy la clase de mujer que parezco ser, nada más. A lo mejor te parece demasiado simple, pero es verdad.

—¿Una mujer que se siente feliz de trabajar doce horas al día para ganar el dinero justo para ir tirando? ¿Una mujer capaz de trabajar hasta deslomarse...?

—Eso no es verdad —protestó ella, indignada.

—Claro que sí, he estado observándote. Arrastras muebles y cajas, limpias el suelo de rodillas... —Vance se enfadó aún más al recordarlo, porque Shane era demasiado delicada para trabajar con tanta dureza. El hecho de que quisiera convencerla de que descansara más sólo sirvió para avivar su furia —. ¡Maldita sea!, es demasiado trabajo para ti sola.

—Sé perfectamente bien de lo que soy capaz, no soy una niña —espetó ella, a la defensiva.

—No, eres una mujer que no quiere tener pieles, a la que no le interesan los lujos de los que puede disfrutar una mujer atractiva si juega bien sus bazas —le dijo él, con voz gélida y llena de sarcasmo.

Indignada, Shane tuvo que darle la espalda para intentar controlar su genio.

—¿Crees que todo el mundo está jugando?

—Sí, y algunos juegan mejor que otros —contestó él.

—Vance, me das lástima. Mucha lástima.

—¿Por qué? ¿Porque sé que lo que motiva a la gente es conseguir todo lo posible? Sólo un tonto se conformaría con menos.

—Me pregunto si de verdad crees lo que estás diciendo, si de verdad serías capaz de creerlo —murmuró ella.

—Y yo me pregunto por qué finges creer otra cosa —contestó él.

—Voy a contarte una pequeña historia... —Shane se volvió de nuevo hacia él y lo miró con ojos oscurecidos por la ira que sentía—. Un hombre como tú seguramente pensará que es cursi y aburrida, pero vas a tener que escucharla de todas formas.

Shane se metió las manos en los bolsillos y se paseó de un lado a otro del sótano hasta que logró controlar su genio y se sintió capaz de continuar. Entonces se detuvo y señaló hacia unos estantes llenos de botes de conservas.

—¿Ves esos botes? Mi abuela... bueno, técnicamente era mi bisabuela... los preparó. Decía que había que tener reservas. Cavaba, plantaba y escardaba y se pasaba horas aguantando el calor en la cocina mientras preparaba los botes... para tener reservas —Shane se quedó mirando los botes de vidrio durante unos segundos antes de continuar—. A los dieciséis años, mi abuela vivía en un mansión del sur de Maryland. Su familia era muy rica, sigue siéndolo. Son los Bristol, los Bristol de Leonardtown. A lo mejor has oído hablar de ellos.

Claro que había oído hablar de ellos, pero Vance se mantuvo en silencio a pesar de lo sorprendido que estaba. Los Bristol tenían tiendas estratégicamente situadas por todo el país, su empresa familiar era muy antigua y prestigiosa y su clientela estaba

formada por los más ricos y poderosos; de hecho, Construcciones Riverton había conseguido el contrato para construirles una nueva sucursal en Chicago.

— En fin, era una chica joven, consentida y muy guapa que podría haber tenido todo lo que quisiera. Se había educado en Europa y estaba previsto que acabara sus estudios en París antes de que fuera presentada en sociedad en Londres. Si hubiera acatado los deseos de sus padres, se habría casado con algún millonario y habría tenido una mansión con criados y su único contacto con las plantas se habría limitado a ver cómo su jardinero podaba los rosales.

Shane soltó una carcajada, como si la mera idea le pareciera ridícula.

— Pero ella no hizo lo que todos esperaban, porque se enamoró de William Abbott, un aprendiz de albañil que fue a hacer unos arreglos en la mansión. Sus padres se opusieron, claro, porque ya tenían planeado casarla con el heredero de una empresa siderúrgica; en cuanto se enteraron de lo que pasaba, despidieron al aprendiz. En resumen: mi abuela decidió casarse con él y sus padres la desheredaron. Como ves, todo fue muy dramático y victoriano, la típica reacción de «ya no tengo hija» que uno puede leer en una novela gótica.

Miró a Vance durante unos segundos, como si estuviera retándolo a que hiciera algún comentario al respecto, pero él permaneció en silencio.

— Se vinieron a vivir aquí, con la familia de él, y tuvieron que compartir esta casa con sus padres porque no tenían dinero para comprarse una propia. Cuando el padre de William murió, cuidaron de su madre y mi abuela nunca se arrepintió de haber renunciado a todos aquellos lujos. Tenía unas manos tan delicadas... — murmuró, mientras contemplaba las suyas —, parecía increíble que pudieran ser tan fuertes — Shane se obligó a apartar a un lado la nostalgia y se volvió de nuevo hacia el estante—. Eran pobres en comparación con la vida que había llevado hasta aquel momento. Los caballos que tenían eran de carga y parte de tu propiedad les pertenecía a ellos, pero entre los impuestos y el hecho de que no podían contratar a nadie para que trabajara la tierra... — tomó uno de los botes, lo contempló por un momento y volvió a colocarlo en el estante—. El único detalle que tuvieron los padres de mi abuela fue darle los muebles de comedor y un par de piezas de cerámica y fue a través de abogados, cuando su madre murió.

Shane agarró el trazo con el que había estado encerando los muebles y empezó a pasárselo de una mano a otra.

— Mi abuela tuvo cinco hijos. Perdió dos cuando eran niños y otro en la guerra. Una de sus hijas se fue a vivir a Oklahoma y murió sin tener descendencia hace unos cuarenta años y su hijo pequeño se quedó a vivir aquí, se casó y tuvo a su vez una hija. Tanto su mujer como él murieron en un accidente cuando la niña tenía cinco años — Shane se detuvo durante unos segundos y levantó la mirada hacia la pequeña ventana que había cerca del techo, por la que entraba un haz de luz que se extendía hasta el suelo de hormigón—. ¿Te imaginas lo que debe de sentir una madre al perder a todos sus hijos?

Vance permaneció en silencio y se limitó a observarla mientras ella iba nerviosamente de un lado a otro del sótano.

— Crió a su nieta, Anne, a la que adoraba. A lo mejor su amor por ella se basaba en parte en el dolor que sentía por todas las pérdidas que había sufrido... no lo sé. Mi madre era una niña preciosa, hay fotos arriba si quieres verlas, pero nunca tenía bastante. Casi todas las historias que he oído me las han contado la gente del pueblo, pero la abuela también me habló de ella un par de veces. Anne no aguantaba vivir aquí, quería tener mucho más, pero se quedó embarazada a los dieciséis años.

El cambio en su tono de voz fue casi imperceptible, pero Vance lo notó. Era un tono que no había oído nunca en ella, vacío y carente de emoción.

— Ella no sabía... o no quiso admitir... quién era el padre y en cuanto nació, se largó y me dejó con mi abuela. Volvía de vez en cuando, pasaba unos días aquí y convencía a la abuela de que le diera algo de dinero. Lo último que supe era que ya iba por su tercer matrimonio. La he visto luciendo pieles, pero no parecían bastarle para ser feliz. Sigue siendo hermosa y egoísta y sigue sintiéndose insatisfecha.

Se volvió hacia Vance, y le dijo:

— Lo único que impulsó a mi abuela fue el amor. Hablaba francés a la perfección, leía a Shakespeare, cultivaba su huerto y era feliz. Lo único que me enseñó mi madre fue que las cosas materiales no significan nada. Cuando consigues una cosa, sólo puedes pensar en qué es lo próximo que quieres para ser feliz, no puedes disfrutar de lo que tienes porque estás demasiado preocupado pensando en que alguien tiene algo mejor. Los juegos de mi madre sólo sirvieron para herir a la gente que la quería, y yo no tengo ni la habilidad ni el tiempo necesarios para andarme con artimañas.

Al ver que se dirigía hacia la escalera, Vance le cerró el paso para impedir que se fuera. Shane levantó la barbilla y sus ojos lo miraron con un brillo de furia y de lágrimas.

— Tendrías que haberme mandado al infierno —le dijo él con voz queda.

— Vale, pues vete al infierno.

Shane intentó rodearlo para poder salir de allí, pero él la agarró de los hombros.

— ¿Estás enfadada conmigo, o contigo misma por haberme contado algo que no es de mi incumbencia?

Shane respiró hondo y lo miró sin pestañear.

— Estoy enfadada porque eres un cínico y nunca he podido entender el cinismo.

— Pues yo no entiendo el idealismo.

— No soy idealista. Simplemente, no doy por sentado que siempre hay alguien esperando la oportunidad de poder aprovecharse de mí —de repente, Shane se sintió mucho más calmada, pero también más triste—. Creo que merece la pena correr el riesgo de confiar en los demás, porque se pierde más al no hacerlo.

— ¿Y qué pasa si traicionan tu confianza?

— Que te recuperas y sigues adelante. Sólo eres una víctima si decides serlo.

Vance frunció el ceño. ¿Era eso lo que le pasaba? ¿Se consideraba una víctima? De repente, se preguntó si estaba permitiendo que Amelia aún empañara su vida dos

años después de su muerte y durante cuánto tiempo seguiría mirando por encima del hombro, esperando la siguiente traición.

Cuando notó que sus dedos se relajaban y vio su expresión de sorpresa, Shane posó una mano en su hombro y le preguntó:

— ¿Te han hecho mucho daño?

Vance volvió a centrar su atención en ella, y la soltó.

— Me... desilusionaron.

— Eso es algo muy doloroso — Shane colocó una mano en su brazo, en un gesto compasivo —. Es difícil de aceptar que un ser querido o alguien a quien se aprecia sea deshonesto, o que un ideal se rompa. Yo siempre pongo mis ideales muy altos, porque si se derrumban, estoy dispuesta a enfrentarme a un buen batacazo — con una sonrisa, lo tomó de la mano y le dijo —: anda, vamos a dar una vuelta.

Vance estaba tan centrado en sus palabras, que tardó un segundo en entender la sugerencia.

— ¿Quieres que salgamos?

— Llevamos semanas trabajando sin parar — le dijo ella, mientras tiraba de él hacia la escalera —. Hace un día precioso y hay que aprovechar antes de que llegue el mal tiempo — cuando salieron del sótano, cerró la puerta a sus espaldas y le dijo —: apuesto a que aún no has visitado el campo de batalla, al menos con una guía experta.

— ¿Es que eres una guía experta? — le preguntó él, con una sonrisa.

— Soy la mejor — contestó ella, sin ninguna modestia. Al notar que la mano de Vance se relajaba en la suya, añadió —: puedo contarte todos los detalles sobre la batalla; de hecho, como dirían algunos de mis detractores, voy a contarte hasta el último detalle.

— Bueno, pero siempre y cuando después no tenga que someterme a un examen — accedió él, mientras Shane lo arrastraba hacia la puerta trasera.

— Estoy retirada — le recordó ella.

Mientras conducía por una carretera estrecha bordeada por un sinfín de monumentos y de placas conmemorativas, Shane comentó:

— Se considera que ninguno de los dos bandos obtuvo una victoria clara en la batalla de Antietam, pero se repelió el primer intento que hizo Lee de invadir el Norte.

Vance esbozó una sonrisa al oír su tono de maestra, pero no la interrumpió.

— Aquí en Sharpsburg, cerca del arroyo de Antietam, Lee y McClellan se enfrentaron en el día más sangriento de la Guerra Civil, el diecisiete de septiembre de mil ochocientos sesenta y dos. Esa es la iglesia Dunker — Shane señaló hacia un pequeño edificio blanco que había un poco apartado de la carretera —. En esa zona la lucha fue feroz, tengo algunas imágenes bastante buenas para el museo.

Vance observó aquel lugar tan apacible cuando pasaron junto a él y comentó:

— A mí me parece un sitio muy tranquilo.

Ella le lanzó una mirada cargada de paciencia y siguió como si no le hubiera oído.

— Lee dividió sus fuerzas y envió a Jackson a capturar Harper's Ferry, pero un soldado de la Unión consiguió una copia de las órdenes y le dio a McClellan cierta ventaja; sin embargo, no fue lo bastante rápido y aunque se enfrentó a las fuerzas reducidas de Lee en Sharpsburg, no consiguió atravesar las líneas confederadas antes de que Jackson volviera con refuerzos. Lee perdió una cuarta parte de sus hombres y retrocedió, pero McClellan siguió sin poder capitalizar su ventaja; aun así, murieron veintiséis mil soldados.

— Aunque seas una maestra retirada, parece que no se te han olvidado los datos — comentó Vance.

— Mis antepasados lucharon aquí y mi abuela no permitió que lo olvidara.

— ¿En qué bando lucharon?

— En ambos. Eso fue lo peor de todo, ¿no? Elegir tu bando, la división de las familias. Aunque éste estado luchó a favor del Norte, también hubo muchos simpatizantes de la Confederación.

— Y como esta sección está entre Virginia y Virginia Occidental...

— Exacto.

Por su tono, Shane parecía una profesora alabando a un alumno brillante y Vance no pudo contener una sonrisa. Ella pareció no darse cuenta y después de parar el coche en una pequeña zona de aparcamiento que había a un lado de la carretera, le dijo:

— Venga, vamos a dar un paseo. Es un sitio precioso.

Las montañas parecían vibrar con los colores del otoño y el viento jugueteaba con las hojas caídas. Las colinas tenían un tono dorado bajo la luz del sol y en los campos podían verse los tallos secos de maíz. El sol avanzaba hacia los picos de las montañas del oeste y el ambiente iba refrescándose. Sin pensarlo, Vance la tomó de la mano.

— Ahí está Bloody Lane, «la senda sangrienta» — le dijo ella, señalando hacia una zanja larga y estrecha —. Es un nombre horrible, pero acertado. Llegaron desde lados opuestos: los rebeldes desde el norte y los yanquis desde el sur. La artillería se colocó allí y allí. En esta zanja es donde acabó la mayoría cuando todo terminó. Hubo escaramuzas en todos lados, claro... en la iglesia Dunker, en el puente Burnside, pero aquí...

— La guerra te fascina de verdad, ¿no? — comentó Vance con curiosidad.

Shane recorrió el antiguo campo de batalla con la mirada y finalmente dijo:

— La guerra es una obscenidad, la única vez en que matar se glorifica en vez de condenarse. Las personas se convierten en estadísticas... no sé si hay algo más inhumano — con expresión pensativa, comentó —: ¿No te parece contradictorio que

matar a una persona sea un crimen horrible, pero que se considere un héroe a alguien que ha matado a un montón de gente en la guerra? Muchos de los soldados que lucharon aquí eran jóvenes granjeros —continuó diciendo, antes de que Vance pudiera contestar—. Niños, que como mucho, habían disparado a alguna alimaña en el gallinero. Se pusieron un uniforme azul o gris y fueron a luchar. Seguro que la gran mayoría no tenían ni idea de lo que les esperaba —se volvió hacia Vance, demasiado inmersa en sus pensamientos para darse cuenta de la intensidad con la que él la observaba—. Lo que me fascina es pensar en quiénes eran en realidad, quién era el granjero de dieciséis años de Pensilvania que corrió por éste campo para matar al muchacho de dieciséis años que se había criado en una plantación de Georgia. ¿Acaso habían salido en busca de aventuras? ¿Luchaban por sus ideales? ¿Cuántos de ellos se habían imaginado sentados alrededor de una hoguera como hombres, disfrutando de un poco de libertad lejos de sus madres?

—Supongo que muchos de ellos —murmuró Vance. Muy afectado por la imagen que ella estaba proyectando en su imaginación, le rodeó los hombros con un brazo y recorrió el campo con la mirada—. Demasiados.

—Y los que pudieron regresar a sus casas, lo hicieron sin la ingenuidad de la niñez.

—Entonces, ¿por qué te interesa tanto la historia? Está plagada de guerras.

—Por las personas —Shane levantó la mirada hacia él y el sol acentuó las chispitas doradas que brillaban en sus ojos—. Por el muchacho que me imagino en éste mismo campo en septiembre, hace más de ciento veinte años. Tenía diecisiete años —se volvió de nuevo hacia el campo, como si pudiera ver al muchacho del que hablaba—. Había probado por primera vez el whisky, pero no había estado con ninguna mujer. Cruzó a la carrera éste campo, lleno de terror y de gloria, entre explosiones y disparos. El ruido era tan ensordecedor, que no oía el sonido de su propio miedo. Mató a un enemigo sin tener tiempo ni de verle la cara y cuando acabó la batalla, cuando la guerra terminó, volvió a casa convertido en un hombre, cansado y deseando volver a pisar su propia tierra.

—¿Y qué le pasó? —murmuró Vance.

—Que se casó con la muchacha de la que estaba enamorado desde siempre, tuvo diez hijos y les contó a sus nietos su participación en la batalla.

Vance la apretó contra sí en un gesto de compañerismo y murmuró:

—Seguro que eras una maestra increíble.

Shane soltó una carcajada.

—Yo diría que más bien era una cuentacuentos increíble —lo corrigió.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué te subestimas?

—No, lo que pasa es que conozco mis limitaciones y mis habilidades y estoy dispuesta a estrujarlas al máximo para conseguir lo que quiero. Es mucho más sensato que creerte algo que no eres —se echó a reír antes de que él pudiera contestar y le dio un abrazo—. Bueno, ya hemos filosofado bastante por hoy. Venga, vamos a la torre, hay una vista fantástica desde allí —echó a correr sin soltarle la mano y

cuando empezaron a subir los empinados escalones de hierro, comentó—: se ve el paisaje a kilómetros a la redonda.

La luz era tenue, a pesar de que el sol se filtraba por las pequeñas rendijas que había en las paredes. Conforme fueron subiendo, la luz se fue intensificando hasta que por fin salieron al exterior.

—Me encanta subir aquí —comentó Shane, mientras varios pájaros levantaban el vuelo. Se apoyó en el ancho reborde de piedra y suspiró encantada al sentir la caricia del viento en la cara—. Es precioso, hace un día perfecto, ¡mira qué colores! —hizo que Vance se colocara a su lado, para poder compartir con él aquellas vistas tan fantásticas—. Aquella es nuestra montaña, ¿la ves?

«Nuestra montaña». Vance sonrió al mirar en la dirección que ella le indicaba, porque por la forma en que lo había dicho, era como si la montaña les perteneciera sólo a ellos. Más allá de las colinas cubiertas de árboles, las montañas más distantes estaban teñidas de un tono azulado. El campo estaba salpicado de granjas y de graneros, y los pueblos parecían descansar tranquilamente en el silencio de la tarde. Se oyó apenas el ruido de un coche en la distancia y al mirar hacia un trigal, vio cómo tres cuervos enormes levantaban el vuelo y discutían graznando mientras surcaban el cielo. Cuando se alejaron volando, se hizo un silencio tan total, que a Vance le pareció que podía oír el susurro de la brisa en los trigales.

Entonces vio el ciervo. Estaba a unos diez metros del coche de Shane, quieto como una estatua, con la cabeza erguida y las orejas atentas. Sin decir palabra, se lo indicó a ella con un gesto y mientras permanecían mirándolo con las manos unidas sintió algo en su interior, una súbita sensación de pertenencia. En aquel momento, no le habría hecho ninguna gracia que Shane dijera «nuestra montaña» y sintió una punzada de amargura al darse cuenta de la verdad. Se había considerado una víctima, tal y como ella había dicho, porque le había resultado más fácil seguir furioso que superar lo sucedido y seguir avanzando.

El ciervo echó a correr y saltó por encima de una pared baja de piedra antes de perderse de vista entre los árboles.

—No consigo acostumbrarme —murmuró Shane—. Cada vez que veo uno, me quedo con la boca abierta.

Cuando levantó la cabeza hacia él, a Vance le pareció lo más natural del mundo besarla allí, rodeados por las montañas y los prados, mientras ambos tenían aquella sensación de comunión perfecta. Una paloma arrulló suavemente sobre sus cabezas, satisfecha al ver que los intrusos parecían haberse callado.

Shane encontró entonces la ternura que había intuido en él, pero que no había alcanzado a ver. La boca de Vance era firme pero sin exigencias y sus manos la agarraban con firmeza pero sin brusquedad. Ella sintió que el corazón se le subía a la garganta y la envolvió una sensación cálida y dulce hasta que pareció derretirse en sus brazos. Había estado esperando aquello, la confirmación de que Vance tenía atrapadas en su interior aquella bondad y aquella ternura que ella respetaba tanto como su fuerza y su seguridad. Su suspiro no fue de rendición, sino de felicidad al comprobar que podía admirar al hombre al que ya amaba.

Vance la acercó más a su cuerpo y cambió el ángulo del beso, reacio a romper el encanto del momento. Las emociones fueron filtrándose en su interior por las grietas que se habían formado en el muro que había construido tanto tiempo atrás. Sintió la suavidad de la boca de Shane, saboreó su generosidad húmeda y con mucho cuidado dejó que sus dedos redescubrieran la textura de su piel. ¿Era posible que ella hubiera estado allí todo aquel tiempo, esperando a que él la descubriera a través de una cortina de amargura y de suspicacia?

La apretó contra su pecho y la abrazó con fuerza como si tuviera miedo de que se desvaneciera. Se preguntó si era demasiado tarde para que pudiera enamorarse o para conquistar a una mujer que ya conocía sus peores rasgos y que no tenía ni idea de que era rico. Y en caso de que no fuera demasiado tarde, ¿debería arriesgarse a revelar su verdadera identidad? Si le decía quién era tan pronto, era posible que nunca supiera con certeza si ella lo quería por sí mismo o por su dinero. Y era algo que necesitaba de verdad... necesitaba que lo quisieran por sí mismo y no por la fortuna o el poder de los Riverton. Dudó por un momento, sin saber qué hacer y eso fue lo que más le impresionó. Él era un hombre que dirigía una empresa multimillonaria y que tomaba decisiones con firmeza, pero aquella mujercita de pelo ingobernable estaba cambiándole las prioridades y la vida.

—Shane... —murmuró, antes de apartarla un poco para besarle la sien.

—¡Vance, estás muy serio! —Shane se echó a reír y le dio un sonoro beso más propio de una amiga que de una amante.

—Cena conmigo —las palabras salieron atropelladas de su boca y Vance se maldijo para sus adentros. ¿Dónde estaba su sutileza con las mujeres?

—Vale, puedo preparar algo en mi casa.

—No, quiero invitarte a cenar fuera.

—¿Fuera? —Shane frunció el ceño al pensar en el gasto que eso supondría.

—No iremos a un sitio elegante —le dijo él, creyendo que estaba preocupada porque iba vestida con los vaqueros holgados y el jersey—. Pero tú misma has dicho que llevamos semanas sin parar de trabajar —acarició su mejilla con los nudillos y susurró—: sal a cenar conmigo.

—Conozco un sitio muy agradable justo antes de llegar a Virginia Occidental —contestó ella al fin, con una sonrisa.

Shane había elegido el pequeño y apartado restaurante porque era barato y porque tenía buenos recuerdos de su breve carrera como camarera. Había trabajado allí el verano siguiente a su graduación en el instituto para ganar un poco de dinero extra para la universidad.

Cuando se sentaron en una pequeña mesa, con una vela medio gastada entre ellos, miró a Vance con una sonrisa y comentó:

—Sabía que te encantaría.



Vance observó los cuadros de colores vivos y marcos de plástico. En el aire flotaba un ligero olor a cebolla.

— La próxima vez, elijo yo.

— Antes servían espaguetis en el menú especial de los jueves, bufé libre por...

— Hoy no es jueves —le recordó él, antes de abrir sin demasiado convencimiento el menú plastificado—. ¿Quieres vino?

— Sí, supongo que tienen —Shane sonrió de oreja a oreja cuando él le lanzó una mirada por encima del menú—. Podríamos ir a la tienda de al lado y comprar una botella por dos con noventa y siete.

— ¿De buena cosecha?

— Buenísima, de la semana pasada —le aseguró ella.

— Nos arriesgaremos aquí —Vance decidió que la próxima vez la llevaría a algún sitio donde pudiera invitarla a champán.

— Yo voy a pedir una enchilada —comentó ella.

— ¿Una enchilada? —Vance volvió a repasar el menú y le preguntó—: ¿Está buena?

— ¡Oh, no!

— Entonces, ¿por qué...? —Vance se calló al bajar el menú y ver que ella se había parapetado tras el suyo—. Shane, ¿qué...?

— Acaban de entrar —siseó ella, antes de volver el menú hacia la entrada y asomarse ligeramente por un lado para echar un vistazo.

Vance miró hacia la entrada con curiosidad y vio a Cy Trainer con una morena vestida con un traje de corte severo y unas prácticas sandalias. Su primera reacción fue de disgusto, pero al darse cuenta de la forma en que la morena agarraba a Cy del brazo, se volvió hacia Shane y descubrió que estaba completamente oculta detrás del menú.

— Shane, ya sé que la situación no es agradable, pero vas a encontrártelo de vez en cuando y... —se interrumpió al oír que ella emitía un sonido ahogado tras el menú plastificado y le agarró la mano en un gesto instintivo de apoyo—. Podríamos irnos a otro sitio, pero va a ser imposible salir de aquí sin que él te vea.

— Está con Laurie MacAfee.

Cuando sintió que ella le apretaba la mano convulsivamente, Vance le devolvió el gesto, lleno de furia al ver que ella aún sentía algo por el hombre que le había hecho tanto daño.

— Shane, tienes que enfrentarte a esto, no puedes dejar que te vea así.

— Ya lo sé, pero es muy difícil —ladeó un poco el menú y le dijo en tono confidencial—: en cuanto Cy nos vea, se acercará y se portará con mucha amabilidad.

Vance se quedó boquiabierto al darse cuenta de que sus ojos no brillaban de dolor, sino de risa, y comentó:

— Ya veo que el hecho de que se te acerque va a causarte un dolor terrible.

— Claro que sí, porque vas a tener que darme una patadita por debajo de la mesa o que pisarme el pie en cuanto veas que voy a echarme a reír.

— Lo haré con mucho gusto.

— Laurie organizaba sus muñecas según su peso, y les cosía etiquetitas con sus nombres en la ropa —le explicó ella, mientras respiraba hondo varias veces para ir preparándose.

— Eso lo explica todo.

— Vale, voy a bajar el menú —Shane tragó saliva, y bajó un poco más la voz—. Ni se te ocurra mirarlos.

— Ni se me había pasado por la cabeza.

Shane dejó por fin el menú sobre la mesa y comentó con voz completamente normal:

— ¿Enchilada? Sí, aquí las hacen muy buenas, creo que yo también voy a pedir una.

— Eres idiota.

— Sí, es verdad —Shane tomó su vaso de agua sin dejar de sonreír y por el rabillo del ojo vio que Cy y Laurie se acercaban a ellos. Tuvo que carraspear con fuerza para sofocar la primera carcajada.

— Hola, Shane, qué sorpresa tan agradable.

Ella levantó la mirada y se las ingenió para aparentar sorpresa.

— Hola, Cy. Hola, Laurie, ¿qué tal te va?

— Muy bien —respondió ella, en su voz perfectamente modulada.

Shane pensó para sus adentros que siempre había sido muy guapa... aunque tuviera los ojos demasiado juntos.

— No conocéis a Vance, ¿verdad? —comentó con naturalidad—. Vance, te presento a Cy Trainer y a Laurie MacAfee, unos viejos amigos míos. Vance es mi vecino.

— Ah, sí, el nuevo propietario de la casa de los Farley —dijo Cy, antes de saludarlo con un apretón de manos firme y breve—. He oído que estás arreglándola.

— Sí, un poco —Vance observó el rostro de aquel tipo y decidió que era pasable, teniendo en cuenta que tenía una mandíbula debilucha.

— Debes de ser el carpintero que está ayudando a Shane con su tiendecita —comentó Laurie. Después de echarle una ojeada disimulada a la ropa de trabajo de Vance y al jersey de Shane, añadió—: la verdad es que me sorprendí cuando Cy me contó tus planes.

Al ver que a Shane empezaba a temblarle el labio, Vance le dio un pequeño pisotón.

—¿Ah, sí? —dijo ella, antes de volver a agarrar el vaso de agua. Miró a Vance por encima del borde con ojos llenos de diversión contenida y dijo con calma—: bueno, siempre me ha gustado sorprender a la gente.

—Nos cuesta imaginarte dirigiendo tu propio negocio, ¿verdad, Cy? —sin darle tiempo a contestar, Laurie añadió—: te deseamos lo mejor, por supuesto, y te compraremos algo en cuanto abras para echarte una mano.

Shane se llevó la mano al estómago, que había empezado a dolerle por la risa acumulada. Vance la pisó con más fuerza.

—Gracias, Laurie. No puedo ni decirte lo que eso significa para mí... de verdad que no puedo.

—Estaremos encantados de ayudar a una vieja amiga, ¿verdad, Cy? Sabes que te deseamos mucho éxito, Shane. Le hablaré a todo el mundo de tu tiendecita, seguro que eso ayudará a que alguien vaya a verla... aunque la venta depende de ti, claro —añadió, con tono apesadumbrado.

—Sí... sí, claro. Gracias.

—Bueno, será mejor que nos vayamos, queremos pedir antes de que el restaurante se llene demasiado. Me ha encantado saludarte —Laurie le lanzó a Vance una breve sonrisa antes de llevarse a Cy de allí.

—¡Dios, voy a estallar! —Shane se bebió todo el vaso de agua sin respirar.

—Tu novio tiene lo que se merece —murmuró Vance—. Esa mujer va a reglamentarlo todo, hasta su vida sexual. ¿Crees que tendrán una?

—¡Para ya! —le pidió ella, antes de morderse el labio—. Voy a empezar a reír como una loca de un momento a otro.

—¿Crees que ella le ha elegido la corbata que lleva?

Shane se rindió y se echó a reír; al ver que Laurie se volvía a mirarla, susurró:

—Maldita sea, Vance, lo estaba haciendo tan bien...

—¿Quieres darles algo de qué hablar durante la cena?

Antes de que Shane pudiera contestar, se inclinó hacia delante y la besó de lleno en los labios. Como no quería que ella acabara el beso demasiado pronto, le agarró suavemente la barbilla para mantenerla quieta. La apartó ligeramente por un segundo para ladearle la cabeza y entonces cubrió su boca con la suya desde otro ángulo. Shane soltó un pequeño gemido y aunque levantó una mano para apartarlo, acabó posándola en su hombro sin ofrecer resistencia alguna cuando él profundizó el beso.

Cuando Vance se apartó de ella, Shane esperó a recuperar la compostura y entonces le dijo:

—Ahora sí que la has hecho buena, mañana al mediodía todo Sharpsburg sabrá que somos amantes.

—¿En serio? —Vance sonrió, levantó su mano hasta sus labios y le besó los dedos uno a uno. Cuando notó que ella se estremecía de placer, sintió una satisfacción enorme.

—Sí —empezó a decir Shane, sin aliento—, y no... —fue incapaz de continuar cuando él le dio un beso en la palma de la mano.

—¿Que no qué? —le preguntó Vance con suavidad, mientras bajaba los labios hasta su muñeca. Encontró su pulso y lo acarició con la lengua.

—No creo que sea... que sea prudente —Shane se olvidó del restaurante, de Cy y de Laurie, y de todo lo demás.

—¿Que seamos amantes, o que se entere todo Sharpsburg? —Vance estaba encantado con la confusión que brillaba en sus ojos y con la certeza de que había sido él quien la había provocado.

Shane sintió que se le aceleraba el corazón y que un estremecimiento le recorría la espalda al notar que él parecía diferente... ¿Atrevido? ¿Galante? ¿Cómo era posible que fuera las dos cosas al mismo tiempo? Y sin embargo, lo era; el atrevimiento estaba en sus ojos, pero los gestos románticos revelaban una galantería experimentada.

No había tenido miedo del hombre duro y huraño al que había conocido, pero el que estaba acariciándole el pulso de la muñeca con el pulgar, hizo que sintiera una punzada de temor.

—Voy a tener que pensar en ello —murmuró.

—Muy bien —contestó él.

## Capítulo 8

Shane abrió las puertas de *Antigüedades y Museo Antietam* la primera semana de diciembre y tal y como había esperado, tanto la tienda como el museo se llenaron de gente durante los primeros días. En su mayoría eran conocidos suyos, que fueron a comprar o a mirar por curiosidad o por el afecto que le tenían. También hubo quien fue a ver lo que «la niña de los Abbott» se traía entre manos aquella vez y le pareció divertido oír cómo discutían de sus antiguos crímenes como si los hubiera cometido el día anterior. También hubo quien sacó a colación el nombre de Vance, pero ella se limitó a contener una carcajada y a cambiar de tema. Cuando pasó la novedad inicial, se sintió más que satisfecha con el flujo más reducido pero constante de clientes que siguió llegando.

Tal y como había planeado, había contratado a tiempo parcial a Pat, la cuñada de Donna. Era una chica entusiasta y trabajadora y estaba dispuesta a trabajar los fines de semana. Cuando Pat cobró la primera venta con una sonrisa triunfal, Shane dio por bien empleado el gasto extra que había supuesto contratarla. Había estado enseñándole algunas cosas básicas y como la muchacha también iba estudiando por su cuenta, ya podía clasificar algunos artículos de la tienda y contestar a las preguntas de los visitantes del museo.

Shane estaba más ocupada que nunca, ya que tenía que dirigir la tienda, estar atenta a los anuncios de subastas y de ventas de objetos de segunda mano y supervisar las obras de la segunda planta. Las largas y caóticas horas de trabajo la estimulaban, y la ayudaban a sobrellevar la lenta pero constante pérdida de los tesoros de su abuela. Cuando vendía una rinconera, una palmatoria o cualquier otra cosa, tenía que recordarse a sí misma que era un negocio, que era necesario porque tenía que pagar las facturas.

Vance estaba trabajando en la segunda planta, así que lo veía a diario. No se mostraba tan reservado y distante con ella como al principio, pero la camaradería que habían compartido en el campo de batalla y en la cena se había desvanecido. No la trataba como a una mujer a la que deseara besarle la palma de la mano en medio de un restaurante, sino como a una amiga.

En vista de su actitud, había deducido que se había mostrado tan seductor con ella para darle una impresión falsa a Cy, nada más; sin embargo, no se había desanimado. El hombre con el que había cenado había hecho que se sintiera nerviosa e insegura y se sentía mucho más cómoda con el mal genio de Vance que con palabras suaves y caricias tiernas. Se conocía y sabía que se portaría como una tontaina si él empezaba a tratarla con dulzura. No tenía defensas contra el romanticismo.

Su amor por él iba creciendo día a día y cada vez estaba más segura de que Vance era el único hombre para ella. Estaba convencida de que sólo era cuestión de tiempo que se diera cuenta de que era la mujer ideal para él.

Llegó a la tienda a última hora de la tarde con su última adquisición, con las mejillas sonrosadas por el frío y muy satisfecha de sí misma, ya que estaba

aprendiendo a ser implacable al regatear. Abrió la puerta con el trasero y entró la mesa de lado.

— ¡Mira lo que he conseguido! —le dijo a Pat, antes de cerrar la puerta tras de sí—. Es una Sheridan y no tiene ni un rasguño.

Pat dejó de limpiar el vidrio de una de las vitrinas y le dijo:

—Shane, se suponía que ibas a tomarte la tarde libre —limpió con el trapo una pequeña manchita que quedaba y añadió con cierta exasperación—: tienes que tener algo de tiempo libre, para eso me contrataste.

—Sí, claro. Hay un reloj de repisa en el coche y un juego completo de saleros de cristal tallado.

Pat suspiró con resignación, consciente de que Shane estaba ignorándola y la siguió hasta la sala principal.

— ¿Es que nunca descansas?

— Claro —Shane colocó la mesa junto a una silla Hitchcock y retrocedió un poco para ver cómo quedaba—. No sé... a lo mejor queda mejor en la entrada, justo debajo de la ventana —comentó, antes de ir a buscar la cera para muebles en el mostrador—. ¿Cómo ha ido el día?

Pat sacudió la cabeza. Lo primero que había aprendido en aquel trabajo era que Shane Abbott era una dinamo.

— Trae, ya lo hago yo —le quitó de las manos el trapo y la cera y empezó a pulir la mesa—. Han venido siete personas a ver el museo y he vendido algunas postales y un grabado del puente Burnside. Una mujer de Hagerstown ha comprado la mesita con los bordes estriados.

Shane había empezado a desabrocharse el abrigo, pero se detuvo en seco al oír aquello.

— ¿La mesita de té de palisandro? —aquella mesa había estado en el saloncito de su abuela desde siempre.

— Sí. También se ha interesado por la mecedora, así que creo que volverá.

— Bien —Shane se esforzó por alegrarse.

— Ah, y otro cliente te ha hecho una oferta por el tío Festus.

— ¿En serio? —Shane sonrió al pensar en el retrato de un hombre victoriano de expresión adusta que había sido incapaz de resistir. Lo había comprado porque le había parecido divertido, aunque había pensado que no conseguiría venderlo—. Será una lástima perderlo, aporta un aire de dignidad a la tienda —comentó, antes de ir hacia la puerta para ir a buscar lo que había dejado en el coche.

— A mí me da escalofríos —dijo Pat—. Ah, casi se me olvida... no me habías dicho que habías vendido el conjunto de comedor.

— ¿Qué? —Shane se detuvo con la mano en el pomo de la puerta y se volvió a mirar a su ayudante con expresión de asombro.

—El conjunto de comedor con las sillas en forma de corazón, el Hepplewhite —añadió, satisfecha al ver que empezaba a acordarse de los nombres y de los períodos—. He estado a punto de venderlo otra vez.

—¿Otra vez? —Shane soltó el pomo y se volvió del todo hacia Pat—. ¿De qué estás hablando?

—Hace un par de horas, ha venido una pareja que lo quería, porque su hija va a casarse y pensaban comprárselo como regalo de bodas. Deben de ser ricos, porque el banquete va a celebrarse en el Club de Campo de Baltimore y van a tener hasta una orquesta —empezó a perderse en sus ensoñaciones, pero al ver la mirada impaciente de Shane, se apresuró a seguir—. En fin, estaba a punto de vendérselo, pero entonces Vance bajó y nos explicó que ya estaba vendido.

—¿Que Vance ha dicho que ya estaba vendido?

—Eh... pues sí —confirmó Pat, perpleja por su tono de voz; si hubiera conocido mejor a Shane, se habría dado cuenta de que estaba empezando a enfadarse, pero continuó hablando inocentemente—. Ha sido una suerte que bajara en ese momento, porque la pareja estaba dispuesta a comprar los muebles y a arreglar el envío en el acto. Supongo que habrías tenido un problema con el otro comprador.

—¿Un problema? Sí, alguien va a tener un buen problema —masculló Shane. Se volvió como una exhalación y fue hecha una furia hacia la parte trasera de la tienda.

Pat se quedó mirándola con los ojos como platos y se apresuró a seguirla.

—¿Qué pasa? ¿Adonde vas?

—A arreglar un asuntillo —le contestó ella con voz tensa—. Acaba de descargar mi coche, por favor... y cierra la tienda, puede que tarde en volver.

—Claro, pero... —Pat se interrumpió cuando Shane salió de la casa con un portazo. Permaneció inmóvil durante unos segundos sin saber cómo reaccionar y finalmente se puso a hacer lo que le habían mandado.

—Un problema —masculló Shane, mientras caminaba por el sendero cubierto de hojas—. Así que ha sido toda una suerte que bajara en ese momento, ¿verdad? —una rama caída a la que le dio una patada aterrizó un poco más adelante, lista para que volviera a patearla. Apretó los dientes y avanzó hecha una furia entre los árboles—. Así que ya está vendido, ¿no? —lanzó un sonido gutural lleno de rabia y una ardilla que había junto al camino se alejó de allí a la carrera.

Cuando divisó la casa de Vance entre los árboles desnudos, tensó la mandíbula y aceleró el paso. Oyó el sonido de un hacha y fue sin dudar hacia la parte posterior de la casa.

Vance colocó un tronco en el tocón que utilizaba para cortar la leña y lo partió limpiamente en dos con el hacha; sin interrumpir el ritmo de trabajo, colocó otro tronco para repetir el proceso.

—¡Eh, tú! —gritó Shane, con los puños en las caderas.

Vance se detuvo y se volvió a mirarla; al verla allí parada, con las mejillas sonrosadas y hecha una furia, pensó que estaba muy guapa cuando se enfadaba, y entonces se volvió de nuevo y partió en dos el tronco que tenía preparado. El montón que había junto a él evidenciaba que había estado trabajando durante un rato considerable.

—Hola, Shane.

—No me vengas con ésas —espetó ella, antes de acercarse a él—. ¿Cómo te atreves?

—La mayoría de la gente lo considera un saludo aceptable —comentó él, antes de colocar otro tronco.

Shane tiró el tronco de un manotazo y le dijo:

—No tenías derecho a interferir, no tenías ningún derecho a impedir una venta importante. ¿Quién te crees que eres para decirles a mis clientes que algo ya está vendido? Aunque hubiera sido así, no es asunto tuyo.

Vance volvió a poner el tronco en su sitio con calma. Había esperado su visita y su enfado, pero a pesar de que había actuado impulsivamente, no se arrepentía de lo que había hecho. Recordaba perfectamente bien la expresión de su rostro cuando le había enseñado los muebles preferidos de su abuela y no pensaba quedarse cruzado de brazos mientras ella veía cómo se los llevaban unos desconocidos.

—Shane, no quieres vender el comedor.

Aquellas palabras parecieron enfurecerla aún más.

—Lo que yo quiera no es asunto tuyo. Tengo que venderlo y voy a hacerlo. Si no hubieras abierto la boca, ya estaría vendido.

—Sí, y te habrías pasado varias horas odiándote a ti misma y llorando —le dijo él con brusquedad. Partió el tronco con un golpe seco y entonces se volvió hacia ella—. El dinero no te compensaría por esa pérdida.

—No me digas lo que me compensaría o no —Shane le puso el dedo en el pecho y añadió—: tú no tienes ni idea de lo que siento, no sabes lo que tengo que hacer, pero yo sí. ¡Maldita sea, necesito ese dinero!.

Vance se obligó a mantener la calma. Le agarró el dedo con movimientos controlados y lo apartó de su pecho.

—No lo necesitas tanto como para renunciar a algo que es importante para ti.

—El sentimentalismo no paga las facturas y tengo un cajón lleno.

—¡Pues vende otra cosa! —con aquel rostro levantado hacia él y aquellos ojos que lo miraban con un brillo furioso, Vance se sentía dividido entre la necesidad de protegerla y las ganas de sacudirla hasta que entrara en razón—. Tienes la casa llena de trastos.

—¿Trastos? —Vance acababa de declararle la guerra. Con voz aún más estridente, exclamó—: ¡no son trastos!



—Saca otra cosa de las cajas que tienes apiladas —le aconsejó él, con un tono gélido que habría aterrado a más de un hombre de negocios.

Lejos de intimidarse, Shane soltó un sonido sibilante y gruñó:

—No tienes ni idea de lo que dices —le dio un golpecito con el dedo en el pecho, para obligarlo a retroceder y siguió diciendo—: pongo a la venta las mejores piezas que encuentro y tú eres incapaz de distinguir un Hepplewhite de... de... de una tabla de planchar. Mantén la nariz fuera de mis asuntos, Vance Banning, y límitate a jugar con tus planos y a dar unos cuantos martillazos. No necesito que un finolis de ciudad venga a darme consejos inútiles.

—Se acabó —en un abrir y cerrar de ojos, Vance la alzó y la cargó sobre su hombro.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —gritó ella, mientras se retorció y le aporreaba la espalda.

—Te estoy llevando a mi casa para hacerte el amor —gruñó él—. Ya he tenido bastante.

Shane dejó de moverse de golpe, incapaz de creer lo que había oído.

—¿Qué has dicho? —le preguntó, atónita.

—Ya me has oído.

—¡Estás loco de remate! —más furiosa que preocupada, volvió a intentar aporrearlo, pero Vance siguió andando hacia la casa como si nada—. ¡No vas a llevarme a tu casa! —exclamó, a pesar de que él ya estaba atravesando la cocina—. ¡No pienso ir a ningún lado contigo!

—Vas a ir adonde yo te diga.

—Vas a pagar por esto, Vance —le dijo, sin dejar de golpearlo en la espalda.

—Eso no lo dudo —murmuró él, al empezar a subir las escaleras.

—Bájame ahora mismo, no pienso aguantar que me trates así.

Cansado de sus patadas, Vance le quitó los zapatos, los tiró por encima de la baranda, y le sujetó las piernas con más fuerza.

—Voy a tratarte mucho mejor de aquí a unos minutos.

Como ya no podía mover las piernas, Shane tuvo que contentarse con intentar retorcerse inútilmente mientras él seguía subiendo las escaleras.

—Te la estás buscando, ¡mi venganza será terrible! —lo aporreó con furia renovada al ver que enfilaba por el pasillo y entraba en su dormitorio—. ¡Si no me bajas ahora mismo, estás despedido! —soltó un chillido al verse volando por el aire, y se quedó sin aliento cuando aterrizó en la cama. Hecha una furia, se apresuró a arrodillarse y exclamó—: ¡eres un idiota!, ¿qué crees que estás haciendo?

—Eso ya te lo he dicho —Vance se quitó la chaqueta, y la tiró a un lado.

—Si crees que puedes cargarme al hombro como si fuera un fardo de heno, estás muy equivocado... —al ver que él empezaba a desabrocharse la camisa, le dijo—: ...Y deja de desnudarte, no puedes obligarme a que haga el amor contigo.

— Claro que puedo — contestó él, mientras se quitaba la camisa.

— No, claro que no puedes — Shane se llevó las manos a las caderas, pero como estaba de rodillas en la cama, la postura no acabó de mostrar toda la indignación que a ella le habría gustado —. ¡Vuelve a ponerte eso ahora mismo!

Sin dejar de mirarla con calma, Vance dejó caer la camisa al suelo y se inclinó para quitarse las botas.

— ¿Es que crees que puedes tirarme a la cama sin más y ya está?

— Ni siquiera he empezado — le dijo él, mientras se quitaba la segunda bota.

— ¡Eres un tarugo insoportable! — Shane le lanzó una almohada y añadió —: No dejaría que me tocaras, aunque... — intentó encontrar algo original y demoledor, pero finalmente se conformó con lo normal —. ¡Aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra!

Vance le lanzó una larga mirada centelleante antes de desabrocharse el cinturón.

— Te he dicho que dejes de desnudarte. Lo digo en serio, no te atrevas a quitarte nada más... ¡Vance! — cuando él empezó a desabrocharse los vaqueros, añadió —: Te lo digo muy en serio — intentó decirlo con voz amenazadora, pero no pudo evitar una pequeña risita. Al ver que él se detenía y le lanzaba una mirada suspicaz, le ordenó —: Ponte la ropa ahora mismo — se apresuró a cubrirse la boca con el dorso de la mano, y lo miró con los ojos muy abiertos y llenos de diversión.

— ¿Qué es lo que te hace tanta gracia? — refunfuñó él.

— Nada, nada — incapaz de contenerse ni un segundo más, Shane se echó de espaldas en la cama y se echó a reír —. Es que la situación es tan seria... Estás ahí, desnudándote, hecho una furia... ¡Qué momento más tenso! — le lanzó una mirada y se cubrió la boca con las manos —. Sí, no hay duda... ¡es la cara de un hombre abrumado por la lujuria y el deseo! — siguió desternillándose de risa, hasta que se le saltaron las lágrimas.

Vance no pudo contener una sonrisa. Se acercó a ella y después de sentarse a su lado, colocó las manos a ambos lados de su cabeza. Shane se esforzó por controlarse, pero su hilaridad fue en aumento.

— Me alegro de que estés pasándotelo tan bien — comentó él.

Ella se tragó una carcajada, y le dijo:

— Estoy furiosa, totalmente furiosa, pero es que ha sido tan romántico...

— ¿Ah, sí? — la sonrisa de Vance se ensanchó aún más.

— Sí, me has dejado sin aliento... nunca en mi vida me he sentido más excitada.

Shane volvió a echarse a reír.

— ¿En serio? — Vance bajó la cabeza y le rozó la barbilla con los labios.

— Sí, aunque eso es sin contar aquella vez que Billy Huffman me tiró en un zarzal de un empujón, cuando íbamos al colegio. Está claro que enardezco a los hombres hasta que pierden el control en violentos arranques de pasión.

—Sí, está claro —admitió él, mientras le apartaba un mechón de pelo de la cara y se lo colocaba detrás de la oreja—. Yo mismo he tenido varios arranques de esos desde que te conocí —la risita de Shane se cortó en seco cuando él empezó a mordisquearle el lóbulo de la oreja—. Creo que voy a tener unos cuantos más —murmuró, mientras iba bajando por su cuello.

—Vance...

—Pronto —añadió él contra su piel—, de un momento a otro.

—Tengo que volver —protestó ella sin aliento. Intentó incorporarse, pero él le puso una mano en el hombro para impedir que se moviera.

—Me pregunto qué otras cosas te excitan... ¿esto? —le preguntó, al mordisquearle el cuello.

—No, me...

—¿No? —Vance soltó una carcajada profunda y sensual, mientras sentía su pulso martilleándole contra los labios—. De acuerdo, entonces probaré otra cosa —como Shane tenía el abrigo abierto, no tardó en desabrocharle la camisa—. ¿Esto? —con una suavidad exquisita, le acarició un pezón con la lengua.

Cuando Shane jadeó y se arqueó contra él, Vance cubrió el pezón con la boca y lo saboreó durante unos segundos mientras ella le hincaba las uñas en los hombros desnudos; sin embargo, se dio cuenta de que tenía que intentar contenerse si no quería acabar demasiado pronto. Desde la noche en la que habían cenado juntos, se había esforzado en mantener cierta distancia entre los dos para no abrumarla, pero por fin la tenía en su cama y estaba decidido a saborear cada momento al máximo.

Levantó la cabeza para contemplarla y ella le devolvió la mirada. Ambos buscaron respuestas en los ojos del otro durante unos segundos y entonces Shane esbozó una sonrisa.

—Esto —susurró, antes de hacer que bajara la cabeza para besarlo.

Sin embargo, no estaba preparada para la dulzura de aquel beso. Los labios de Vance se movieron con ternura sobre los suyos y sus alientos se entremezclaron. Él salpicó su rostro de besos antes de volver a su boca para saborearla, para explorarla, decidido a alargar al máximo cada caricia. La pasión ardiente y desenfrenada estaba firmemente contenida, ya que sabía que ella era suya y que podía tocarla, besarla y amarla a placer. Por primera vez en toda su vida, le importaba más darle placer a una mujer que obtener su propia satisfacción y por eso iba a mimarla con aquellos besos sensuales y profundos que le encendían la sangre.

Siguió excitándola con los labios y con la lengua y cuando se dio cuenta de que ella deseaba algo más, le quitó la chaqueta. Sus movimientos fueron tan firmes y cuidadosos, que Shane no se dio cuenta de la batalla que estaba librándose en su interior entre la pasión y la ternura. Vance le quitó la camisa sin apresurarse, mientras iba acariciando con los labios la piel que iba quedando al descubierto. Shane suspiró de placer cuando sus besos fueron descendiendo por su brazo y él siguió bajando hasta su muñeca mientras luchaba contra la creciente necesidad de dar rienda suelta a su pasión.

Shane era completamente ajena al murmullo del viento contra las ventanas y a cualquier otra cosa; para ella, sólo existían las caricias de los dedos de Vance y la calidez de su boca. Letárgica, casi somnolienta, le acarició el pelo mientras él le mordisqueaba el cuello. La suave fricción de piel contra piel le había acelerado el pulso y sentía que podría quedarse allí para siempre, flotando en un mundo a medio camino entre la pasión y la serenidad más absoluta.

Vance empezó a descender por su cuerpo con movimientos tan lentos que apenas eran perceptibles. Fue rodeando uno de sus senos con besos y pequeños mordiscos y fue avanzando lentamente hacia el centro hasta que capturó el pezón; cuando se endureció en su boca, empezó a succionar ayudándose de la lengua hasta que ambos enloquecieron de placer. La respiración de Shane se volvió tan jadeante como la suya, y Vance sintió la energía que emanaba de su cuerpo, la pasión y el deseo que luchaban por salir a la superficie. Ella gimió su nombre y se apretó aún más contra él.

Sin embargo, Vance quería darle mucho más, quería recibir mucho más. Con sumo cuidado, repitió la misma ruta sensual alrededor del otro pecho, mientras sentía los estremecimientos que la sacudían y cómo retumbaba su corazón bajo sus labios.

— Eres tan suave, tan hermosa... — murmuró contra su piel.

Enterró el rostro contra su pecho durante unos segundos, mientras luchaba por recuperar el control. Shane gimió e intentó que levantara la cabeza para volver a besarlo, pero él se deslizó hacia abajo, agarró sus caderas arqueadas y trazó su piel trémula con la lengua.

Al sentir que le desabrochaba los pantalones, Shane pensó que iba a quitárselos y alzó un poco las caderas para facilitarle la tarea, pero Vance se limitó a cubrir con la boca el valle de piel expuesta. Ella arqueó las caderas de nuevo para incitarlo a que la desnudara, pero él se negó a apresurarse y empezó a trazar círculos en su piel con la lengua.

Cuando por fin empezó a quitarle los pantalones, Shane fue consciente de cada contacto de sus dedos. Conforme la prenda fue bajando, Vance se entretuvo acariciándole la tersa piel de los muslos, mordisqueándole las pantorrillas, avivando su deseo con sus labios y su lengua y encontró puntos de placer que ella misma desconocía.

Cuando Vance cubrió su zona más sensible con la boca y la penetró con la lengua, Shane sintió que la catapultaba más allá de los límites de la razón. Gimió su nombre mientras se movía con él, por él, con el cuerpo y la mente saturados de placer.

Al sentir que ella gemía su nombre, Vance se estremeció de emoción. La energía de Shane y su pasión sin límites lo enloquecieron y lo impulsaron a saborearla cada vez más profundamente antes de poseerla del todo y su sabor increíblemente dulce despertó en él un hambre voraz. En algún rincón de su mente, sabía que ya no estaba tratándola con ternura, pero fue incapaz de contener el fuego que ardía en su interior.

Medio enloquecido, saboreó su cuerpo con una pasión salvaje mientras sus dedos la llevaban a un climax tras otro. Shane estaba luchando jadeante por recuperar el aliento cuando él volvió a atormentar uno de sus senos y si hubiera sido capaz de

articular palabra, le habría pedido que la poseyera. El mundo giraba a su alrededor a una velocidad aterradora que jamás habría podido imaginar y cuando volvió a besarla en la boca, ella respondió ciegamente.

Vance la penetró por fin y el flujo de energía que los sacudió pareció llegar de la nada; era un poder, una fuerza que los lanzó de lleno a lo imposible, más allá de lo razonable. El placer de ambos se fue incrementando y fueron subiendo más y más, cada vez más rápido, hasta que alcanzaron el climax y se aferraron juntos a él, estremecidos.

Vance no tenía ni idea de cuánto tiempo permaneció allí tumbado, hasta era posible que hubiera dormido unos minutos. Cuando su mente empezó a funcionar de nuevo, se dio cuenta de que tenía la boca contra el cuello de Shane, y que ella lo rodeaba con los brazos. Aún seguía dentro de ella y podía sentir las pequeñas sacudidas de placer que estremecían su interior. Permaneció con los ojos cerrados un poco más, preguntándose cómo era posible que se sintiera saciado y extasiado al mismo tiempo. Empezó a apartarse para que estuviera más cómoda, pero ella lo apretó con fuerza para que no se moviera.

—No, un poquito más —murmuró ella.

Vance soltó una suave carcajada, y le rozó la oreja con los labios.

—¿Puedes respirar?

—Ya respiraré después.

Vance volvió a acurrucar la cara en la curva de su cuello, lleno de una cálida satisfacción.

—Me encanta tu sabor, ha sido un verdadero problema para mí desde la primera vez que te besé.

—¿Se supone que eso es un cumplido? —le dijo ella, mientras le acariciaba con movimientos lánguidos los músculos de la espalda.

—¿Quieres un cumplido de verdad? —Vance le besó el cuello antes de decir contra su piel—: eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Shane soltó una carcajada al oír aquello y le dijo:

—Tu primer cumplido era bastante más creíble.

Vance levantó la cabeza para poder mirarla; aunque sus ojos aún estaban aletargados de pasión satisfecha, brillaban de diversión.

—Realmente no lo ves, ¿verdad? —comentó él, asombrado.

¿Cómo era posible que no supiera el efecto que tenían en un hombre unos ojos enormes y una piel satinada como la suya, combinados con su vitalidad? ¿Cómo era posible que no se diera cuenta del poder que tenía aquella inocencia pasmosa, combinada con su boca sensual y su sexualidad abierta y honesta?

—Puede que el hecho de que no te des cuenta forme parte de tu encanto — comentó—. ¿Y si te digo que me gusta tu nariz?

Shane se quedó mirándolo con suspicacia, y finalmente le dijo:

—Si dices que soy mona, te daré un puñetazo.

Vance soltó una carcajada y le besó los hoyuelos de ambas mejillas.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo llevo deseando tenerte así?

—Yo diría que lo deseas desde que me viste por primera vez, en la tienda de comestibles —Shane sonrió cuando él levantó la cabeza y se quedó mirándola con asombro—. Yo sentí lo mismo, fue como si hubiera estado esperándote.

—Me puse furioso —admitió él, al apoyar la frente contra la suya.

—Yo me quedé atontada, me dejé olvidado el paquete de café que acababa de comprar.

Los dos se echaron a reír, hasta que sus bocas se encontraron.

—Aquel día fuiste muy maleducado —comentó ella.

—Lo hice a propósito, quería deshacerme de ti.

—¿De verdad pensaste que podrías? —Shane empezó a mordisquearle el labio inferior—. ¿No te diste cuenta de que soy una mujer muy decidida?

—Habría conseguido deshacerme de ti, si hubiera sido capaz de cerrar los ojos por la noche sin verte en mi imaginación.

—¿En serio? Pobrecito... —Shane le dio un beso de consuelo.

—Sí, estoy seguro de que sientes mucho que no pudiera dormir por tu culpa —al oír que hacía un ruido sospechoso, Vance levantó la cabeza de nuevo y vio que estaba mordiendo el labio inferior.

—Lo sentiría mucho... si no pensara que es maravilloso.

—He perdido la cuenta de cuántas veces me habría gustado estrangularte a las tres de la madrugada.

—No lo dudo —le dijo ella con aparente seriedad—. ¿No preferirías besarme?

Él obedeció y ambos sintieron que el deseo volvía a avivarse.

—Cuando te vi sentada en el barro, riéndote como una tonta, te deseé tanto que pensé que iba a enloquecer. Maldita sea, Shane, llevo semanas sin poder pensar con claridad.

Vance la besó con fuerza y al notar aquella corriente de furia que recordaba del principio de su relación, Shane le acarició la nuca para calmarlo. Cuando él levantó la cabeza de nuevo, se miraron a los ojos durante un largo momento y ella posó la mano en su mejilla. Era un hombre tan turbulento, con tantos secretos...

Vance sintió una profunda calidez en el pecho al mirarla. Era una mujer tan dulce, con tanta honestidad...

—Te quiero —dijeron al unísono. Se quedaron mirándose el uno al otro, boquiabiertos, y ambos permanecieron inmóviles durante unos segundos, como si incluso su respiración se hubiera detenido en el mismo instante.

De repente, ambos parecieron volver a la vida y se abrazaron con fuerza, se aferraron el uno al otro corazón con corazón, boca con boca. Lentamente, aquella fusión desesperada de labios fue suavizándose, fue cargándose de ternura hasta convertirse en una promesa.

Vance cerró los ojos al sentir que un torrente imparable de alivio y de placer le recorría las venas, y la abrazó con más fuerza al sentir que temblaba.

— ¿Qué te pasa?

— Es demasiado perfecto —contestó ella, con voz trémula—. Me da miedo, si te perdiera ahora...

— Shhh... —Vance la interrumpió con un beso y murmuró contra sus labios—: es perfecto de verdad.

— Vance, te quiero tanto... he estado esperando durante todas estas semanas a que tú también me quisieras y ahora... —Shane le enmarcó el rostro entre sus manos y sacudió la cabeza—. Ahora que es así, tengo miedo.

Vance sintió una oleada de pasión al mirarla y un avasallador impulso posesivo; ella le pertenecía y nada iba a cambiarlo. No habría más errores, ni más desilusiones.

— Te quiero —le dijo con voz fiera—. Nada va a separarnos, ¿está claro? Nos pertenecemos el uno al otro y ambos lo sabemos. Nada, absolutamente nada va a interponerse entre nosotros.

Y entonces la poseyó en una vorágine de deseo y de desesperación, haciendo caso omiso de la sombra de inquietud que planeaba por encima de su hombro.

## Capítulo 9

Cuando Shane despertó, ya había anochecido. No tenía ni idea de qué hora era ni de dónde estaba, sólo era consciente de una profunda sensación de satisfacción y de seguridad. El peso de un brazo alrededor de su cintura hablaba de amor y la suave respiración cerca de su oído indicaba que su amante dormía a su lado. No necesitaba nada más.

Se preguntó con pereza cuánto tiempo llevarían durmiendo; por la luz que se filtraba a través de las ventanas, estaba claro que ya había salido la luna. Echó la cabeza un poco hacia atrás para poder mirar a Vance a la cara y pudo distinguir sus pómulos, el contorno de su mandíbula y la forma de su nariz bajo la luz tenue. Trazó su boca con la punta de un dedo y con mucha suavidad, porque no quería despertarlo. Mientras estuviera dormido, podría contemplarlo a placer.

Tenía una cara fuerte, incluso dura, con ángulos muy definidos y un tono bronceado. Su boca podía llegar a ser cruel y sus ojos fríos, e incluso al hacer el amor desprendía un poder implacable. Una mujer podía llegar a sentirse segura en sus brazos, pero nunca completamente relajada. La vida junto a él estaría llena de exigencias, de discusiones y de pasión.

«Y me quiere», se recordó con una mezcla de asombro maravillado y de temor.

Vance se movió sin despertarse y cuando la acercó aún más y sus cuerpos desnudos se apretaron íntimamente, Shane sintió que el deseo crecía en su interior. Su piel hormigueó ante el contacto y el ritmo acelerado y errático de su propio corazón contrastó con el pausado y estable del de él. Nunca había sentido un deseo tan intenso, a pesar de que Vance estaba tumbado plácidamente a su lado, profundamente dormido.

Al apoyar la cabeza en su hombro, se dio cuenta de que siempre sería así. Vance iba a darle muy poca tranquilidad y aunque ella era una mujer que siempre había dado por sentado la paz y el sosiego, no le resultaba nada difícil renunciar a ellos. Había sabido desde el primer instante que Vance era su destino y en ese momento, se sentía tan unida a él como si llevara décadas siendo su mujer.

Permaneció durante largo rato allí tumbada, oyéndolo dormir y sintiendo el movimiento constante de su pecho contra sus senos. Se dijo que aquella necesidad de aferrarse el uno al otro era algo que nunca cambiaría y se acurrucó aún más contra él mientras inhalaba su aroma. Sabía que recordaría durante el resto de su vida cada segundo, cada palabra de su primera vez juntos. No necesitaría un diario para recordar aquellos momentos cuando fuera una anciana, porque el paso del tiempo no podría borrar el recuerdo de sus sentimientos.

Soltó un suspiro quedo antes de darle un beso suave como la caricia de una pluma y aunque él no se movió, Shane se preguntó si estaría soñando con ella. Quería que fuera así y cerró los ojos para intentar transmitirle su deseo; segundos después, se apartó con mucho cuidado de él y salió de la cama sin hacer ruido. La ropa de ambos estaba esparcida por toda la habitación y al ver la camisa de Vance, se la puso y salió con sigilo.



Cuando Vance despertó, lo primero que notó fue que la almohada conservaba el aroma de Shane. Era una fragancia limpia con un ligero toque de limón que encajaba a la perfección con ella y dejó que le impregnara los sentidos. Shane ocupaba su mente a todas horas, incluso cuando estaba dormido. Tenía el hombro un poco agarrotado donde ella había tenido apoyada la cabeza y lo movió un poco antes de alargar la mano para volver a apretarla contra su cuerpo. Al descubrir que estaba solo, abrió los ojos y susurró su nombre.

En ese momento, experimentó una cierta desorientación. La luz de la luna entraba por la ventana y por un segundo pensó que lo había soñado todo; sin embargo, las sábanas aún conservaban el calor del cuerpo de Shane y podía oler su aroma. Al darse cuenta de que no había sido un sueño, sintió un alivio apabullante y la llamó con suavidad. Entonces olió el beicon y sonrió de oreja a oreja antes de volver a tumbarse; en medio del silencio, alcanzó a oírla cantando.

Estaba en la cocina, pensó, mientras aguzaba el oído. Shane empezó a rebuscar en los armarios y trasteó con un cazo o algo parecido. Abrió el grifo. El olor a beicon se intensificó.

Vance se preguntó cuánto tiempo había estado esperando a sentirse así, a sentirse... completo. No había sido consciente de que estaba esperando, pero era plenamente consciente de lo que había encontrado. Shane llenaba el vacío que había estado carcomiéndolo durante años y había curado una vieja herida purulenta. Ella era la respuesta a todas las preguntas.

De repente, la voz de su conciencia le preguntó qué era lo que él podía aportar a ella y Vance cerró los ojos. Se conocía demasiado bien para intentar convencerse de que podía ofrecerle una vida serena y tranquila, porque tenía un genio demasiado volátil y demasiadas responsabilidades. Aunque ambos se esforzaran por hacer algunos ajustes, no podía pintarle una bucólica escena pastoral. Su vida pasada, presente y futura tenía demasiadas complicaciones... incluso aquel momento perfecto, su primera noche juntos, iba a quedar empañado por uno de sus fantasmas, porque tenía que contarle lo de Amelia.

Sintió un arranque de furia seguido de una punzada de miedo, pero de inmediato se negó a ceder ante el temor. Se levantó rápidamente de la cama y se dijo que nada iba a interponerse entre ellos. Nada iba a arrancarla de su lado, ni la sombra de una esposa muerta ni las exigencias inacabables de un negocio.

En un intento de sofocar la aprensión que lo atenazaba, se recordó que Shane era una mujer fuerte; sin duda, podía conseguir que ella viera su pasado como lo que era, algo que había sucedido antes de que la conociera. Era posible que se asombrara al enterarse de que era el presidente de una empresa multimillonaria, pero seguro que no le molestaría. Se lo contaría todo, haría borrón y cuenta nueva y entonces le pediría que se casara con él. Estaba preparado para hacer los ajustes profesionales que fueran necesarios, porque a pesar de que había sacrificado sus sueños de juventud por el bien de la empresa, no estaba dispuesto a sacrificar a Shane.

Mientras se ponía los pantalones, empezó a pensar en la mejor manera de contárselo todo, aunque quizás lo más difícil sería explicarle por qué no se lo había dicho hasta ese momento.

Shane añadió una pizca de tomillo a la sopa de lata que estaba calentando y cuando se puso de puntillas para bajar un cazo de un estante, la camisa que llevaba puesta dejó al descubierto sus muslos desnudos. Estaba despeinada y tenía las mejillas sonrojadas.

Vance se quedó parado en la puerta de la cocina durante unos segundos, observándola, antes de acercarse a ella en tres zancadas. La rodeó con los brazos por la espalda y enterró la cara en la curva de su cuello.

—Te quiero —murmuró contra su piel—. ¡Dios, cuánto te quiero!.

Antes de que ella pudiera contestar, Vance hizo que se volviera y la besó. Sorprendida y excitada, Shane se aferró a él mientras sentía que le flaqueaban las rodillas y respondió a la caricia con pasión; finalmente, él se apartó con lentitud y la miró con una sonrisa.

—Cuando quieras volverme loco, sólo tienes que ponerte una de mis camisas.

—Si hubiera sabido la reacción que iba a conseguir, hace semanas que me la habría puesto —Shane le devolvió la sonrisa y le rodeó el cuello con los brazos—. He pensado que tendrías hambre, ya es bastante tarde.

—Huele muy bien, por eso he bajado.

—Vaya, ¿sólo has bajado por el olor a comida?

—¿Por qué otra razón iba a hacerlo?

Shane se echó a reír y él empezó a recorrerle el cuello con los labios.

—Podrías haberte inventado algo —comentó ella.

—Si quieres, puedo fingir que he bajado porque no podía soportar estar separado de ti —Vance la besó hasta dejarla sin aliento y añadió—: que me he despertado buscándote y que me he quedado tumbado en la cama oyéndote trastear en la cocina, pensando que nunca en mi vida he sido tan feliz. ¿Te basta con eso?

—Sí, me... —Shane suspiró al sentir que él deslizaba las manos por debajo de la camisa para acariciarla, pero al oír el ruido del beicon en la sartén, le dijo—: si no paras, se va a quemar la comida.

—¿Qué comida? —Vance se sintió más que satisfecho al verla ruborizada y luchando por recuperar el aliento cuando se apartó de él.

—La sopa de tomate con mi toque especial y mis laureados bocadillos con beicon, lechuga y tomate.

Vance volvió a acercarla hacia sí para besarle el cuello, y murmuró:

—La comida huele muy bien... y tú también.

—Es tu camisa, huele a madera —Shane volvió a zafarse de sus brazos y sacó el beicon de la sartén para dejar que se escurriera—. Si quieres café, el agua aún está caliente.

Vance observó cómo preparaba aquella cena tan sencilla. Él mismo había cocinado muchas veces allí en las últimas semanas, pero Shane hacía algo más que llenar aquella habitación con los aromas y los sonidos propios de una cocina: la llenaba de vida. Aunque él había reparado, renovado y remodelado la casa, había seguido estando vacía y en ese momento se dio cuenta de que habría permanecido inacabada sin Shane.

Sin ella, no podía vivir allí... ni en ninguna otra parte. Por un momento, pensó en la enorme casa blanca situada en un barrio selecto de Washington que había comprado para Amelia. Tenía una piscina ovalada resguardada tras una pared de ladrillos, un jardín de rosas con senderos embaldosados y una cancha de tenis de tierra; además, había dos doncellas, un jardinero y un cocinero. Amelia había tenido otra doncella que se ocupaba sólo de atenderla a ella y su vestidor era más grande que aquella cocina donde Shane estaba preparando la cena. Había un saloncito con una vitrina de palisandro que a Shane le encantaría y con unas tupidas cortinas de damasco que detestaría.

No, no iba a volver a aquel lugar, ni le pediría a Shane que compartiera sus fantasmas. No tenía ningún derecho a pedirle que le ayudara con algo que él apenas empezaba a superar; sin embargo, tenía que contarle lo de su primer matrimonio y lo de su trabajo antes de poder enterrar el pasado.

—Shane...

—Siéntate —le ordenó ella, antes de empezar a servir la sopa en dos platos—. Estoy hambrienta, hoy me he saltado la comida porque estaba comprando una mesa Sheridan fantástica. He pagado demasiado por el reloj, pero lo he compensado con la mesa y los saleros.

—Shane, tengo que hablar contigo.

Ella cortó uno de los bocadillos por la mitad, y le dijo:

—Vale, puedo hablar y comer al mismo tiempo. Voy a por la leche, ese café instantáneo debe de estar horrible.

Mientras ella iba de un lado para otro rebuscando en la nevera y poniendo los platos en la mesa, Vance se dio cuenta de que su vida antes de conocerla... llena de prisas, de exigencias, de trabajo... en realidad había estado completamente vacía. Si perdía a Shane... no, ni siquiera podía soportar pensar en ello.

—Shane —la agarró de los brazos para que se detuviera, y le dijo—: te quiero. ¿Me crees?

Ella se sorprendió al ver la fiera intensidad en sus ojos y contestó con calma:

—Sí, te creo.

—¿Me quieres tal y como soy? —le preguntó él.

—Sí —contestó ella sin dudarlo ni un segundo.

Vance la abrazó con fuerza, cerró los ojos y se dijo que sólo serían unas cuantas horas más, unas cuantas horas sin preguntas ni pasado; después de todo, no era pedir demasiado.

—Shane, tengo que contarte algunas cosas, pero esta noche no —se relajó visiblemente y añadió—: esta noche, sólo quiero decirte que te quiero.

Shane notó su lucha interna y decidida a calmarlo, lo miró a los ojos y le dijo:

—Eso es todo lo que necesito oír esta noche. Te quiero,Vance y nada va a cambiarlo.

Al besarla en la mejilla, sintió que su tensión se relajaba un poco más. En parte quería convencerlo de que le contara qué le pasaba, pero sentía la misma necesidad que él de aislarse de todo por unas horas. Aquella era su noche y los problemas podían esperar hasta la lucidez de la luz del día.

—Venga, la comida se está enfriando. Cuando preparo un menú especial, espero que sea valorado como se merece.

—Lo hago —le aseguró él, antes besarle la nariz.

—¿Qué es lo que haces?

—Valorar el menú y a ti —la besó en la boca y añadió—: vamos al comedor.

—¿Al comedor...? Ah, claro, supongo que estará más caldeado.

—Justo lo que estaba pensando —murmuró Vance.

—He puesto un par de troncos en la chimenea cuando he bajado.

—Eres muy previsora, Shane —comentó Vance con admiración, mientras la llevaba del brazo hacia la puerta.

—Vance, tenemos que llevar la comida.

—¿Qué comida?

Shane se echó a reír e intentó dar media vuelta, pero Vance la llevó al comedor, que estaba iluminado por la tenue luz del fuego de la chimenea.

—Vance, vamos a tener que recalentar la sopa.

—Estará buenísima —le aseguró él, mientras empezaba a desabrocharle la camisa.

—¡Vance, estoy hablando en serio!

—Yo también. Muy en serio —le dijo él con tono razonable, al tumbarla sobre la alfombra.

—Pues no pienso recalentarla —contestó ella, mientras él se apoyaba sobre un codo para acabar de desabrocharle los botones.

—Es comprensible, fría estará igual de buena —Vance abrió la camisa de par en par.

—Fría estará horrible.

—¿Tienes hambre? —le preguntó él, mientras le acariciaba un seno. Cuando levantó la mirada, apenas tuvo tiempo de ver su sonrisa pícaro antes de que ella se tumbara sobre él de repente.

—¡Estoy hambrienta! —exclamó ella, antes de besarlo.

Shane lo asombró con la fuerza y la rapidez de su pasión. Vance había planeado provocarla, ir encendiendo su deseo lentamente, pero ella había tomado el control total y estaba besándolo con una avidez exigente. Sus dientes y su lengua lo excitaban con tanta rapidez, que la habría puesto de espaldas en el suelo y la habría penetrado de inmediato si sus extremidades no le hubieran flaqueado. A pesar de que ella apenas pesaba nada, Vance era presa de una extraña debilidad y fue incapaz de moverse cuando ella empezó a jugar con su oreja. Las manos de Shane también estaban muy ocupadas acariciándole el pelo, bajando por sus hombros y su pecho y descubriendo pequeños y devastadores puntos de placer.

Vance intentó quitarle la camisa sin darse cuenta de que le temblaban los dedos y luchó por unos segundos con la prenda antes de intentar quitársela a tirones. Excitada por el poder que ejercía sobre él, Shane soltó una risita que revelaba cierto nerviosismo y susurró a su oído:

—Es pronto, demasiado pronto.

La imprecación de Vance acabó en un gemido cuando ella posó los labios en su cuello. Shane estaba tan excitada como él, pero quería darle el máximo placer posible; además, saber que sus caricias y sus besos bastaban para debilitarlo le resultaba embriagador. Saboreó con la boca la calidez de su piel mientras él la acariciaba de forma casi ensoñadora, como si hubiera sobrepasado los límites de la desesperación. A pesar de su poder y de su fuerza, se había rendido a los de ella.

El fuego proyectaba su luz cambiante sobre ellos y un tronco se rompió en una lluvia de chispas. El viento arreció en el exterior y obligó a una bocanada de humo que subía por la chimenea a retroceder y a volver de mala gana al comedor, donde se mezcló con el olor del beicon frito; sin embargo, Vance y Shane permanecieron ajenos a todo.

Ella oyó bajo su oreja el martilleo del corazón de Vance, su respiración acelerada y volvió a besarlo profundamente. Lo saboreó a conciencia, experimentando con diferentes ángulos y entrelazando sus lenguas, antes de empezar a bajar por su cuello.

Al oír que Vance susurraba su nombre como si estuviera inmerso en un sueño, Shane ganó confianza y fue descendiendo con besos rápidos por su pecho, hasta llegar a su estómago plano. Vance se sacudió como si le hubieran quemado. Shane le arrancó un gemido al acariciar su piel cálida con los labios y entonces empezó a trazar círculos con la lengua.

El deseo la consumía. Vance era suyo y ella estaba descubriendo todos sus secretos. Se sentía ingrátida, capaz de cualquier cosa, pero a pesar de lo excitada que estaba, la necesidad de aprender y de explorar era mayor. Lo recorrió con las manos y con los labios con una especie de anhelo ávido y se deleitó con el sabor a hombre...

a su hombre. El vello de su pecho trazaba una línea que se estrechaba en sentido descendente y ella la siguió.

Le desabrochó los pantalones lentamente y empezó a bajárselos. Llena de curiosidad, trazó con los labios sus caderas y fue bajando por un muslo. Oyó que él gritaba su nombre con voz ronca y llena de desesperación, pero estaba fascinada con los músculos tensos de sus muslos. Bajó la mano por su pierna, cada vez más excitada al sentir su fuerza firme y tensa y entonces reemplazó sus dedos con la lengua y con los dientes. Vance se retorció bajo sus caricias, mientras murmuraba algo con voz entrecortada. Su sabor era masculino y misterioso y ella sabía que nunca podría saciarse de él.

Vance estaba a punto de enloquecer. Sus dedos y su lengua curiosa lo habían sumergido en un torbellino de sensaciones y le costaba un esfuerzo agónico poder respirar. Su cuerpo vibraba de placer y de dolor y su sangre hervía con una pasión tan irresistible como frustrante. Quería que ella siguiera acariciándolo y enloqueciéndolo, pero también quería poseerla de inmediato, antes de que se volviera loco.

Se estremeció de placer cuando la boca ávida de Shane volvió a subir hacia su estómago. El fuego que ardía en su interior era insoportable y lo más maravilloso que había sentido en su vida. Cuando sus pezones erectos lo rozaron, deseó saborearlos, pero Shane le ofreció su boca mientras su cuerpo cálido y ágil se tumbaba en toda su longitud sobre el suyo.

—Shane, por el amor de Dios... —jadeó, intentando agarrarla ciegamente.

Cuando ella se deslizó hacia abajo y lo aceptó en su interior con un suspiro trémulo de triunfo, la cordura de Vance estalló en mil pedazos. Sin saber lo que hacía, la agarró de los hombros, la puso de espaldas con brusquedad y la penetró una y otra vez con toda la energía fiera y desesperada que había ido acumulando en su interior. Presa de un deseo febril, sintió que se consumía en un delirio de pasión.

Shane gritó de placer mientras arqueaba las caderas hacia él, pero Vance estaba más allá de todo control. Se hundió en ella con embestidas cada vez más fuertes y más rápidas, sin notar que Shane hundía las uñas en su piel ni que la respiración de ambos era jadeante. Ella lo acercó aún más a su cuerpo aunque era imposible que estuvieran más cerca y él los alzó a ambos a una cima peligrosamente alta. La caída fue una explosión estremecedora de placer.

Shane estaba temblando, aturdida, débil y poderosa y Vance recorrió su brazo con una mano antes de rodearlo con los dedos. El pulgar y el índice se tocaron.

—Eres tan delicada... siento haber sido brusco.

—¿Has sido brusco? —le preguntó ella, mientras le acariciaba el pelo.

Vance soltó un suspiro que acabó convirtiéndose en una carcajada y le dijo:

—Shane, me vuelves loco. No suelo perder el control con las mujeres.

—No creo que sea un buen momento para sacar ese tema —comentó ella con sequedad.

Vance se apoyó sobre un codo para poder mirarla.

— ¿Sería mejor que te dijera que haces que pierda el control en violentos arranques de pasión?

— Mucho mejor.

— Pues es la pura verdad — murmuró él.

Shane sonrió y fue bajando la mano desde su hombro hasta su brazo musculoso.

— ¿Preferirías que no fuera así?

— Claro que no — le dijo él con firmeza, antes de besarla.

— De hecho, creo que es justo, porque tú también tienes el mismo efecto en mí.

A Vance le encantaba la expresión adormilada y satisfecha de su rostro. Era obvio que le pesaban los párpados, la mirada de sus ojos era dulce y serena y el fuego de la chimenea bañaba su piel con un juego de luces y sombras.

— Me gusta tu lógica — trazó el contorno de su cara, mientras se imaginaba cómo sería despertar junto a ella cada mañana.

Shane le agarró la mano, depositó un beso en su palma y susurró:

— Te quiero. ¿Te cansarás de oírlo?

— No — Vance le besó la frente y la sien. La rodeó con un brazo y la apretó aún más contra su cuerpo — . No — repitió, con un suspiro.

Shane se acurrucó contra él y empezó a acariciarle el pecho.

— El fuego se está apagando — murmuró al cabo de unos segundos.

— Sí.

— Tendríamos que añadir más leña.

— Claro.

— Vance — levantó un poco la cabeza para mirarlo y vio que tenía los ojos cerrados — . No te atrevas a quedarte dormido, estoy hambrienta.

— Dios, esta mujer es insaciable — Vance soltó un sonoro suspiro de resignación y posó la mano en uno de sus senos — . Podría hacer acopio de energía... con el incentivo adecuado.

— Quiero mi cena — le dijo ella con firmeza, aunque no le apartó la mano — . Vas a tener que recalentar la sopa.

— Vaya — Vance le dio vueltas al asunto mientras le acariciaba el pezón con la punta de un dedo y finalmente le preguntó — : ¿no tienes miedo de que estropee tu toque especial?

— No, sé que puedo confiar en ti.

— Lo imaginaba — Vance se sentó y después de ponerse los vaqueros, se inclinó para darle un beso rápido — . Mientras, tú podrías echar un poco de leña al fuego.

Cuando él se fue, Shane permaneció sumida en sus ensoñaciones durante unos minutos. El siseo del fuego le resultaba reconfortante y cuando se tapó con la camisa de Vance, sonrió al inhalar su aroma. Adormilada, se preguntó si realmente era posible que él la necesitara tanto. Estaba claro que la amaba y la deseaba, pero ella sabía de forma intuitiva que además la necesitaba. Aunque no sabía de qué se trataba, era consciente de que ella tenía algo... o había algo que formaba parte de su persona... que Vance necesitaba. Fuera lo que fuese lo que ella le aportaba, bastaba para equilibrar su furia y su desconfianza. Por un momento, se preguntó de nuevo qué era lo que le había empujado a parapetarse tras una muralla de cinismo. Él le había dicho que le habían desilusionado... ¿habría sido una mujer, un amigo, un ideal?

Reflexionó sobre el asunto con la mirada fija en las brasas. La furia seguía allí, la había notado cuando Vance le había preguntado si lo quería tal y como era. Tenía que tener paciencia con él, tenía que ser paciente hasta que estuviera preparado para compartir sus secretos con ella, pero le resultaba muy difícil contener la necesidad de ayudar a alguien a quien amaba.

Shane se sentó y empezó a abrocharse la camisa. Le había prometido que el amor bastaba por aquella noche y tenía que cumplir con su palabra, al día siguiente ya habría tiempo de enfrentarse a cualquier problema. Después de añadir un poco más de leña al fuego, fue a la cocina.

—Ya era hora —le dijo él al verla entrar—, no me gusta que se enfríe la comida.

Shane le lanzó una mirada elocuente, y comentó:

—Qué desconsiderada soy.

—En fin, aún está caliente —le dijo él con condescendencia y ojos chispeantes, mientras colocaba los platos en la mesa—. ¿Quieres café?

—Del que tú preparas no, está horrible.

—Supongo que si alguien me quisiera, se aseguraría de que tuviera café decente por las mañanas.

—Tienes toda la razón, te compraré una cafetera automática —Shane se llevó una cucharada de sopa a la boca y cerró los ojos extasiada al saborearla—. ¡Estoy hambrienta!

—No deberías saltarte las comidas —comentó él. Empezó a comer y se dio cuenta de que también estaba hambriento.

—Ha merecido la pena, la Sheridan que he comprado es fabulosa —al ver que él enarcaba una ceja, soltó una risita y añadió—: había pensado en cenar pronto, pero... me he distraído.

Vance le agarró la mano, se la llevó a los labios y le mordisqueó los nudillos.

—¡Ay! —Shane se soltó cuando él agarró el bocado de beicon y comentó—: no he dicho que no fuera una distracción agradable... aunque la verdad es que me has enfurecido de verdad.

—El sentimiento ha sido mutuo —le aseguró él con placidez.



— Al menos, yo soy capaz de controlar mi genio — al ver que él se atragantaba con la sopa, le explicó —: quería darte un buen puñetazo y no lo he hecho.

— Como ya he dicho, el sentimiento ha sido mutuo.

— No eres nada caballeroso — lo acusó ella, con la boca llena.

— Dios, claro que no — Vance vaciló por un segundo, intentando encontrar las palabras adecuadas —. Shane, ¿podrías esperar un poco antes de vender el conjunto de comedor?

— Vance...

Él la interrumpió agarrándole la mano de nuevo y le dijo con firmeza:

— No me digas que no tendría que haber interferido, te quiero.

Shane removió la sopa con expresión pensativa. No quería contarle lo acuciantes que eran las facturas, porque estaba convencida de que podría arreglárselas con las existencias que tenía en la tienda y con lo poco que tenía ahorrado; además, no quería que él tuviera que cargar con sus problemas.

— Sé que lo hiciste porque te importo y te lo agradezco de verdad, pero para mí es muy importante conseguir que la tienda funcione — Shane lo miró a los ojos antes de añadir —: no fracasé como profesora, pero tampoco triunfé. Tengo que sacar adelante mi negocio.

— ¿Vendiendo lo único tangible que te queda de tu abuela? — Vance se dio cuenta de que había dado de lleno en un punto débil y le apretó la mano —. Shane...

— No. Es muy duro para mí, no voy a fingir lo contrario. No soy una persona práctica, pero en este caso, no me queda más remedio. No tengo dónde guardar ese comedor y es muy valioso; con el dinero que consiga por él podré ir tirando durante una temporada y además... no sé cómo explicarlo, pero en cierta forma, me resulta más difícil tenerlo ahí, sabiendo que tengo que venderlo, que hacerlo de una vez.

— Deja que yo te lo compre, podría...

— ¡No!

— Shane, escúchame...

— ¡No! — Shane se zafó de su mano, se levantó de golpe y se apoyó en el fregadero. Se quedó mirando los árboles bañados por la luz de la luna que había más allá de la ventana, y finalmente le dijo —: por favor. Es un gesto muy dulce de tu parte, pero no puedo permitírtelo.

Vance se levantó, lleno de frustración, la agarró por los hombros y la abrazó por la espalda mientras se preguntaba cómo demonios iba a explicarle la verdad.

— Shane, no lo entiendes. No puedo soportar verte sufriendo, verte trabajando tan duro cuando podría...

— Por favor, Vance — Shane se volvió hacia él y aunque sus ojos estaban limpios de lágrimas, su mirada era más que elocuente —. Estoy haciendo lo que tengo que hacer y lo que quiero hacer — le agarró las manos con firmeza y añadió —: no es que no te agradezca que quieras ayudarme... te quiero aún más por ello, pero...

—Entonces, deja que lo haga —la interrumpió él—. Si sólo es cuestión de dinero...

—Me daría igual que fueras millonario, seguiría negándome.

Vance no supo si reír o soltar una imprecación y la abrazó con fuerza.

—Eres una tonta testaruda. Yo podría facilitarte las cosas, deja que te lo explique...

—No quiero que nadie, ni siquiera tú, me facilite las cosas. Por favor, entiéndeme... durante toda mi vida he sido la pequeña y mona Shane Abbott, la dulce y rarita nieta de Faye. Necesito demostrar algo.

Vance suspiró al recordar lo frustrante que había sido para él que lo consideraran sólo el hijo de Miriam Riverton Banning; como entendía lo que sentía, decidió no explicarle de momento lo fácil que le resultaría ayudarla.

—Bueno, la verdad es que eres bastante mona —comentó, para intentar aligerar el ambiente.

—Oh, Vance... —protestó ella, con un gemido.

—Y dulce —Vance le alzó la cara para besarla—. Y un poco rarita.

—Vas por muy mal camino. Tú friegas, yo seco.

—¿Qué tengo que fregar?

—Los platos.

Vance la abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí antes de comentar:

—Yo no veo ningún plato. Tienes unos ojos preciosos, como los de un cocker spaniel.

—Ten cuidado, Vance —le dijo ella, con tono amenazador.

—Me gustan tus pecas —comentó él, antes de darle un beso en la nariz—. Siempre he pensado que Becky Thatcher debía de tener pecas.

—Vas a meterte en problemas —le advirtió Shane, con los ojos entornados.

—Y también me gustan tus hoyuelos. Lo más seguro es que ella también los tuviera, ¿verdad?

—Cierra el pico, Vance —Shane tuvo que morderse el labio para contener una sonrisa.

—Sí, yo diría que tienes una cara muy mona —le dijo él, con una gran sonrisa.

—Vale, se acabó —Shane intentó apartarse de él.

—¿Vas a algún sitio?

—A mi casa. Tú puedes lavar los platos solito.

—Supongo que voy a tener que ponerme duro, ¿no?

Al ver el brillo travieso de sus ojos, Shane incrementó sus esfuerzos por escapar.

—¡Si me cargas al hombro otra vez, te despido de verdad!

Vance le rodeó las corvas con un brazo y la levantó.

— ¿Te parece mejor esto?

— Un poco — Shane se abrazó a su cuello.

— ¿Y esto? — Vance posó los labios sobre los suyos con mucha suavidad y profundizó el beso hasta que la oyó suspirar.

— Mucho mejor — murmuró Shane. Al ver que se la llevaba hacia la puerta, le preguntó —: ¿adonde vamos?

— Arriba, quiero recuperar mi camisa.

## Capítulo 10

—Sí, claro que podría convertirla —dijo Shane, mientras recorría con la punta de un dedo la base de porcelana de una delicada lámpara de aceite.

—Lo suponía —la señora Trip, una clienta potencial, asintió—.Y mi marido es muy mañoso con los aparatos eléctricos.

Shane consiguió esbozar una sonrisa en honor a la destreza del señor Trip, pero le rompía el corazón pensar que alguien podía alterar aquella lámpara tan bonita. Decidió intentar otra táctica.

—Nunca está de más tener una lámpara de aceite en casa, por si hay un corte de electricidad. Yo misma tengo varias.

—Claro, querida, pero para eso ya tengo velas. Quiero poner esta lámpara junto a mi mecedora, es donde suelo hacer ganchillo.

Aunque sabía el valor que tenía cada venta, Shane fue incapaz de contenerse y comentó:

—Si de verdad quiere una lámpara eléctrica, podría comprar una reproducción por mucho menos dinero.

—Sí, pero entonces no sería una antigüedad, ¿verdad? ¿Tienes una caja donde pueda llevármela?

—Sí, claro.

Shane se dio cuenta de que sería inútil decirle otra vez que alterar la lámpara reduciría su valor y su encanto, así que empezó a hacerle el recibo con resignación. Se consoló pensando que el dinero que iba a ganar con la lámpara serviría para pagar su propio recibo de la luz.

—¡Cielos, no había visto esto!

Shane levantó la mirada y vio que la señora Trip estaba mirando un juego de té color azul cobalto. El sol que entraba por las ventanas caía de lleno sobre el cristal oscuro, que contrastaba con la cenefa dorada del borde de las tazas y de los platos.

—Es precioso, ¿verdad? —Shane se mordió el labio cuando la mujer levantó el azucarero. Vio que enarcaba una ceja al ver el precio y consciente de que podía parecer desorbitado para alguien que no conociera el valor de aquel tipo de piezas de cristal tallado, le dijo —: es un juego completo del siglo diecinueve, y...

—Lo quiero, es perfecto para mi vitrina rinconera —dijo la señora Trip con decisión. Al ver la expresión de sorpresa de Shane, añadió con una sonrisa —: le diré a mi marido que acaba de comprarme un regalo de Navidad.

—Voy a preparárselo —le dijo Shane, encantada.

—Tienes una tienda preciosa —comentó la mujer, mientras Shane le embalaba el juego de té—. La verdad es que sólo se me ha ocurrido pararme a verla porque el cartel que hay en la carretera me ha llamado la atención, tenía curiosidad por ver qué me encontraría. Pero no es un enorme granero lleno de tonterías —recorrió la tienda

con la mirada y comentó—: la verdad es que lo has hecho muy bien. Y el pequeño museo es un detalle fantástico, una idea brillante; además, lo tienes todo muy limpio y bien organizado. Creo que traeré a mi sobrino la próxima vez que venga por aquí... ¿estás casada, querida?

—No, señora —contestó Shane, divertida.

—Es médico, está especializado en medicina interna.

Shane se aclaró la garganta, cerró la caja y se limitó a decir:

—Qué bien.

—Es un buen chico y está muy entregado a su trabajo —le aseguró la señora Trip, mientras Shane añadía el juego de té al recibo—. Mira, aquí tengo una foto suya.

Shane contempló amablemente la foto de un hombre joven y atractivo de ojos serios, y le dijo:

—Es muy guapo, debe de estar orgullosa de él.

—Sí, pero es una lástima que aún no haya encontrado una buena chica —la mujer volvió a guardar la foto y añadió—: voy a traerlo por aquí en cuanto pueda —escribió un cheque, sin inmutarse con la cifra.

Aunque no le resultó nada fácil, Shane consiguió mantener la compostura hasta que la mujer se fue. Entonces se dejó caer en una silla y se echó a reír. No sabía si habría que felicitar o que compadecer al sobrino por tener una tía que se preocupara tanto por él. Estaba deseando contárselo a Vance, ya podía imaginárselo conteniendo una sonrisa cuando le explicara su encuentro con una clienta casamentera.

Seguro que él enarcaría una ceja y después bromearía diciendo que ella era simpática con las clientas mayores para que le presentaran a sus sobrinos casaderos. Empezaba a conocerlo muy bien... al menos, en parte. Pero iría conociendo todas sus facetas poco a poco.

Le echó una ojeada al reloj con impaciencia, pero aún le faltaban dos horas para verlo. Le había prometido que iba a prepararle una cena más elaborada que la sopa y los bocadillos de la noche anterior y ya tenía el asado en el horno, en la nueva cocina de la segunda planta. Decidió que cerraría pronto, porque tenía el tiempo justo para preparar el postre antes de que Vance llegara, pero en cuanto se le ocurrió la idea, la puerta volvió a abrirse y entró Laurie MacAfee, con un abrigo largo abrochado hasta el cuello.

—Hola, Shane. Ya veo que no estás ocupada.

Shane sonrió, pero permaneció sentada.

—No, ahora no. ¿Cómo estás?

—Bien. He salido antes del trabajo para ir al dentista y he pensado en pasarme por aquí.

Shane no dijo nada por unos segundos, porque la creía capaz de empezar a contarle con pelos y señales la visita al dentista, pero al ver que no añadía nada más, comentó:

—Me alegro de que lo hicieras. ¿Quieres que te enseñe la tienda?

—Me gustaría echar un vistazo —Laurie miró a su alrededor y añadió—: tienes unas cosas muy monas.

Shane se tragó una respuesta mordaz y se levantó de la silla mientras pensaba que Laurie y Cy eran tal para cual.

—Gracias.

—La verdad es que la casa está muy cambiada —comentó Laurie, mientras empezaba a recorrer el antiguo saloncito con sus típicos pasos lentos y mesurados.

Había pensado que la tienda no le gustaría, pero no encontraba nada objetable en los gustos de Shane. La habitación era pequeña, pero tenía mucha luz y el tono marfil de las paredes aportaba una sensación de amplitud. El suelo resplandeciente de madera natural estaba cubierto de alfombras, era obvio que la colocación de los muebles estaba cuidadosamente pensada para resaltar sus virtudes y los accesorios estaban colocados con un gusto impecable. No parecía una tienda, sino una habitación ordenada y acogedora.

Laurie fue hacia la sala principal mientras empezaba a desabrocharse el abrigo y se detuvo en la puerta.

—Apenas has cambiado esta habitación, ¿verdad? Ni siquiera el papel de las paredes.

—No —Shane le lanzó una mirada a los muebles de comedor y comentó—: No quise cambiarla. Tuve que añadir más mobiliario y ensanchar las puertas, pero la habitación me encantaba tal y como estaba.

—Debo confesar que estoy sorprendida, porque está todo muy ordenado —comentó Laurie, mientras iba hacia la zona que anteriormente había sido la cocina—. Tu dormitorio siempre estaba hecho un desastre.

—Y sigue estándolo —le dijo Shane con sequedad.

Laurie soltó un sonido que seguramente para ella era una carcajada, antes de dirigirse hacia el museo.

—Sí, esto sí que debería habérmelo esperado. Siempre fuiste una experta en éste tipo de cosas, jamás pude entenderlo.

—¿Porque no era una experta en nada más?

—Shane...—el sonrojo de Laurie reveló que las palabras de Shane habían dado justo en el clavo.

—Perdona, sólo estaba bromeando. Te enseñaría la segunda planta, pero aún no está acabada; además, no puedo dejar la tienda, Pat tiene clase esta tarde.

—Había oído que estaba trabajando para ti, ha sido muy considerado de tu parte ofrecerle un trabajo —comentó Laurie, mientras volvía a la parte de la tienda.

—Me ayuda mucho, no podría arreglármelas sola los siete días de la semana —Shane sintió una punzada de impaciencia al ver que Laurie se entretenía mirando los

muebles. A aquel paso, sólo iba a tener tiempo de preparar un bizcocho de chocolate instantáneo.

— Vaya, qué mesa tan bonita — comentó Laurie con tono de verdadera admiración, al contemplar la mesa Sheridan que Shane había comprado el día anterior—. No parece vieja.

Aquello fue demasiado para Shane. Se echó a reír y al ver que Laurie se volvía hacia ella con expresión ceñuda, le dijo:

— Perdona, pero es que te sorprendería saber cuánta gente cree que las antigüedades son trastos viejos y estropeados. La verdad es que es bastante vieja... y tienes razón, es muy bonita.

— Y cara — comentó Laurie, al ver el precio—. Pero quedaría muy bien con la silla que Cy y yo hemos comprado... — le lanzó a Shane una mirada de incomodidad y le dijo —: no sé si ya sabes que... bueno, quería hablar contigo de...

— ¿De Cy? — Shane contuvo una sonrisa al darse cuenta de que Laurie parecía incómoda de verdad—. Sé que salís juntos.

— Sí — Laurie dudó por un segundo y se sacudió una pelusa inexistente del abrigo—. La verdad es que es una relación seria, de hecho... — se aclaró la garganta antes de admitir —: Shane, vamos a casarnos en junio.

— Felicidades.

Al oír la sinceridad en su voz, Laurie la miró con sorpresa y le dijo:

— Espero que no te moleste, ya sé que Cy y tú... bueno, fue hace unos años, pero erais...

— Muy jóvenes. Os deseo lo mejor, Laurie. De verdad. De hecho, hace mejor pareja contigo que conmigo.

— Te lo agradezco, me preocupaba que aún estuvieras... bueno, Cy es un hombre maravilloso.

Shane se sorprendió al darse cuenta de que lo decía en serio, realmente estaba enamorada de él. Sintió una mezcla de diversión y de vergüenza y le dijo con sinceridad:

— Espero que seáis muy felices.

— Lo seremos — Laurie la miró con una sonrisa radiante y le dijo impulsivamente —: voy a comprarte esta mesa.

— No, no vas a comprarla. Te la regalo como regalo de boda anticipado.

— ¡No puedo aceptarla! ¡Es muy cara! — protestó Laurie, boquiabierta.

— Tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo y Cy fue una parte de... — Shane intentó encontrar una frase adecuada y finalmente dijo —: de mis años de crecimiento. Me gustaría regalárosla.

— Bueno... gracias — a Laurie le costaba entender una generosidad tan sencilla—. A Cy también va a gustarle muchísimo.

— De nada. ¿Te ayudo a llevarla al coche?

— No, gracias, puedo yo sola — Laurie levantó la mesa y añadió —: Shane, ojalá te vaya muy bien con la tienda. Te lo digo de verdad — cuando llegó a la puerta, vaciló por un momento y finalmente le dijo —: adiós.

— Adiós, Laurie.

Shane cerró la puerta con una sonrisa y de inmediato apartó a Cy y a Laurie de su mente. Le echó un vistazo al reloj y al darse cuenta de que faltaba poco más de una hora para que Vance llegara, se apresuró a ir a cerrar la entrada del museo. Si se daba prisa, tendría tiempo de... soltó un juramento al oír que se acercaba un coche.

Se recordó que el negocio era el negocio y descorrió el cerrojo de la puerta. Si Vance quería postre, iba a tener que conformarse con un paquete de galletas. Al oír pasos en el porche, abrió con una sonrisa que se desvaneció de inmediato al ver de quién se trataba.

— Anne... — consiguió decir, con una voz que apenas parecía la suya.

— ¡Querida! — Anne se inclinó para un fugaz roce de mejillas—. Vaya una bienvenida, cualquiera pensaría que no te alegras de verme.

Su madre seguía tan guapa como siempre... el mismo rostro terso y sin arrugas, los mismos profundos ojos azules, la misma melena rubia. Llevaba una costosa chaqueta de piel de zorro atada a la cintura con un cinturón de cuero negro y unos pantalones de seda inapropiados para el frío invernal. Como siempre, Shane sintió una mezcla de amor y de resentimiento al verla.

— Estás muy guapa, Anne.

— Gracias, aunque sé que debo de tener un aspecto horrible después del trayecto interminable desde el aeropuerto. Éste lugar está en medio de la nada. Querida, ¿cuándo vas a hacer algo con tu pelo? — después de recorrerla de los pies a la cabeza con expresión crítica, entró en la casa sin más—. Nunca entenderé por qué... ¡Dios mío!, ¿qué has hecho?

Anne contempló atónita las vitrinas, los estantes y las postales y entonces soltó una carcajada estridente y dejó su exclusivo bolso de cuero sobre una mesa.

— No me digas que has organizado un museo sobre la Guerra Civil en medio de la sala de estar... ¡es increíble!

— ¿No has visto el cartel?

— ¿Qué cartel? No sé, a lo mejor lo vi pero no me fijé. Shane, ¿qué has hecho?

Anne recorrió la habitación con la mirada, claramente divertida.

Shane se negó a sentirse intimidada, cuadró los hombros y le dijo con firmeza:

— He abierto un negocio.

— ¿Quién, tú? — Anne se echó a reír—. Querida, debes de estar de broma.

— No — Shane alzó la barbilla, herida por la incredulidad de Anne.



— Por el amor de Dios... entonces, ¿qué ha pasado con tu trabajo de maestra?

— Lo dejé.

— Es comprensible, debía de ser un aburrimiento — dijo, como si el anterior trabajo de su hija no hubiera tenido la menor importancia—. Pero, ¿por qué volviste a enterrarte aquí?

— Porque es mi hogar.

— En fin, a cada cual con lo suyo. ¿Qué has hecho con el resto de la casa? — antes de que Shane pudiera contestar, Anne fue hacia la zona de la tienda—. ¡Vaya, una tienda de antigüedades! Es muy pintoresca y de buen gusto, qué idea tan original — al darse cuenta de que había varias piezas que debían de tener un valor considerable, empezó a preguntarse si su hija no era tan tonta como siempre había pensado—. ¿Cuánto hace que montaste todo esto? — le preguntó, antes de sentarse en una silla.

— No mucho — Shane permaneció rígida. Era consciente de que Anne era una mujer intrigante y hermosa, pero sabía que también era mortífera.

— ¿Y? — insistió Anne.

— ¿Y qué?

— Shane, no seas difícil — Anne ocultó su fastidio con una sonrisa encantadora; al fin y al cabo, era actriz. Nunca había tenido el éxito que había ambicionado, pero de vez en cuando conseguía algún pequeño papel. En todo caso, no le resultaría demasiado difícil engatusar a Shane con una sonrisa cordial—. Me preocupo por ti, querida. Sólo quiero saber cómo te van las cosas.

Shane se sintió un poco incómoda por haberse portado con tanta brusquedad y cedió un poco.

— Me va bastante bien, aunque abrí hace poco tiempo. No acababa de encajar en la enseñanza... no es que me aburriera, pero no era lo mío. Esto me gusta mucho, y se me da bien.

— Es maravilloso, querida — Anne volvió a echar un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que quizás Shane le fuera útil después de todo. Había que tener tanto inteligencia como agallas para montar un sitio así, quizás era hora de que empezara a interesarse un poco por la hija a la que siempre había considerado como poco más que una molestia—. Me ayuda saber que tu vida se va estabilizando, sobre todo porque la mía es un completo desastre — miró a Shane con una sonrisa afligida. Si mal no recordaba, la afectaban mucho las historias tristes—. Me he divorciado de Leslie.

— ¿Ah, sí? — Shane se limitó a enarcar una ceja.

Anne se desconcertó un poco al notar la frialdad de su voz, pero añadió:

— No sabes lo equivocada que estaba con él, la estupidez que cometí al creer que era un hombre bueno y encantador — omitió añadir que Leslie no había sido capaz de conseguirle los papeles importantes que quería para alcanzar la fama, o que ya había empezado a relacionarse con un productor que podía resultarle más útil; de

todas formas, Leslie ya había empezado a aburrirla—. No hay nada más terrible que fracasar en el amor.

Shane pensó que Anne había tenido mucha práctica en eso, pero se mordió la lengua.

—Estos últimos meses no han sido nada fáciles —añadió Anne con un suspiro.

—Para mí tampoco. La abuela murió hace seis meses y ni siquiera te molestaste en venir al funeral.

Anne había esperado aquello, así que se había preparado para aquel momento. Suspiró suavemente, y bajó la mirada.

—Shane, imagínate lo mal que me sentí. Estaba acabando una película y me resultó imposible venir.

—¿No tuviste tiempo para enviar una tarjeta, o para llamar por teléfono? Ni siquiera te dignaste a contestar a mi carta.

Los ojos de Anne se llenaron de lágrimas.

—No seas cruel, querida. No pude... no pude poner las palabras en papel —se sacó un delicado pañuelo de seda de un bolsillo y añadió—: aunque era vieja, yo sentía que viviría para siempre, que siempre estaría aquí —se llevó el pañuelo a los ojos, con cuidado de que no se le corriera el rímel—. Cuando recibí la carta en la que me decías que... me quedé destrozada —alzó los ojos hacia Shane y esperó unos segundos mientras una lágrima descendía por su mejilla—. Tú debes de entender cómo me siento, fue quien me crió —soltó un pequeño sollozo y añadió—: aún no puedo creer que no esté en la cocina, atareada con los fogones.

La imagen le dio de lleno en el corazón y Shane se arrodilló a los pies de su madre. Anne no había tenido familiares a su lado que la apoyaran tras la muerte de su abuela, no había tenido a nadie que la ayudara a superar el dolor terrible y desgarrador posterior al entumecimiento inicial. No había compartido nada con su madre en toda su vida, pero quizás podían compartir aquello.

—Ya lo sé, yo sigo echándola muchísimo de menos —le dijo con voz ronca.

Anne empezó a pensar que aquella pequeña escena podía reportarle muchos beneficios.

—Por favor, Shane, perdóname —le aferró las manos y se concentró en añadir un pequeño temblor a su voz—. Ya sé que no estuvo bien que no viniera y que no hay excusa posible. Incluso ahora, cuando pensaba que podría... —dejó la frase inacabada y alzó la mano de Shane a su mejilla húmeda.

—Lo entiendo y la abuela también lo habría hecho.

—Siempre se portó muy bien conmigo, ojalá pudiera verla una vez más.

—No te mortifiques. Yo me sentía igual que tú, pero es mejor recordar las cosas buenas. La abuela era muy feliz aquí, con su huerto y sus conservas.

—Adoraba esta casa —Anne lanzó una mirada llena de nostalgia al antiguo saloncito y comentó—: supongo que le habría gustado mucho lo que has hecho.

— ¿Lo crees de verdad? Yo estaba convencida de que sí, pero a veces...

— Claro que le habría gustado. Supongo que te dejó la casa a ti, ¿no?

— Sí —contestó Shane, distraída. Estaba recorriendo la habitación con la mirada, recordando cómo había sido en el pasado.

— Entonces, ¿dejó un testamento?

— ¿Un testamento? —Shane se volvió de nuevo hacia ella—. Sí, la abuela lo redactó hace años, cuando el hijo de Floyd Arnette abrió su notaría. Ella fue su primer cliente.

— ¿Y el resto de la propiedad? —Anne se esforzó por disimular su impaciencia.

— El testamento incluía la casa y las tierras, claro —le contestó Shane, con la atención centrada aún en el pasado—. Tuve que vender algunos objetos para poder pagar los impuestos y los gastos del funeral.

— ¿Te lo dejó todo?

Shane no notó la tensión en su voz y contestó:

— Sí. Pude pagar las reparaciones de la casa con lo que había en metálico y...

— ¡Estás mintiendo!

Anne la empujó al levantarse y Shane tuvo que agarrarse a la silla para no caerse de espaldas. Se quedó tan atónita que fue incapaz de moverse y se quedó donde estaba.

— ¡Es imposible que se olvidara de mí y que no me dejara ni un penique! —exclamó Anne, con la cara pálida de furia.

Shane había visto a su madre en arranques como aquél varias veces, cuando su abuela no le había dado lo que quería. Se levantó poco a poco, consciente de que las pataletas de Anne podían volverse violentas si no se iba con cuidado.

— No es que se olvidara de ti, Anne —le dijo, con una calma que estaba lejos de sentir—. Sabía que no te interesaban ni la casa ni las tierras y apenas quedó dinero después de pagar los impuestos.

— ¿Es que me tomas por tonta? —le preguntó ella con aspereza.

Su mal genio era lo que había impedido realmente que su carrera avanzara, porque a menudo perdía el control con los directores y con los otros actores. Y en aquel momento, a pesar de que la paciencia y las palabras adecuadas quizás le habrían permitido salirse con la suya, tampoco fue capaz de controlarse.

— Estoy segura de que tenía dinero ahorrado, pudriéndose en algún banco. Prácticamente tuve que arrancarle hasta el último penique que logré que me diera. Voy a conseguir mi parte.

— Te dio lo que pudo.

— ¿Qué demonios sabes tú? ¿Me tomas por idiota? Esta propiedad vale un montón de dinero —miró a su alrededor con expresión despectiva y añadió—: quédate con éste sitio si quieres, sólo quiero que me des el dinero.

—No hay dinero, la abuela no...

—No me vengas con ésas

Anne la apartó de un empujón y fue hacia la escalera.

Shane se quedó inmóvil por un momento, incapaz de creer lo que estaba pasando. ¿Cómo era posible que alguien fuera tan insensible? ¿Cómo era posible que Anne consiguiera engañarla una y otra vez? Pues aquélla iba a ser la última.

Subió la escalera corriendo, hecha una furia y la encontró en su habitación, sacando papeles de uno de los cajones de su escritorio. Sin dudar ni un segundo, se acercó a ella y cerró el cajón de golpe.

—No toques mis cosas —le dijo con voz amenazadora—, ni se te ocurra tocar en tu vida algo mío.

—Quiero ver los libros de cuentas y el supuesto testamento.

Anne se volvió para salir de la habitación, pero Shane la agarró con fuerza del brazo.

—No vas a ver nada en esta casa, todo lo que hay me pertenece.

—Hay dinero, y estás escondiéndolo —Anne se zafó de su mano con un movimiento brusco.

—No tengo que esconder nada de ti —los años de amor no correspondido avivaron la furia de Shane—. Si quieres comprobar el testamento y la situación de la propiedad, búscate un abogado, pero tanto la casa como todo lo que hay dentro me pertenece. No pienso permitir que revuelvas mis papeles.

—Vaya, así que no eres tan simplona como pareces, ¿no?

—Nunca has tenido ni idea de cómo soy, nunca te molestaste en conocerme —le dijo Shane con voz serena—. Pero no me importaba, porque tenía a la abuela. No te necesito —pronunciar las palabras en voz alta fue un alivio, pero no sirvió para sofocar su furia—. A veces pensé que sí que te necesitaba, cuando llegabas tan guapa y tan perfecta. Apenas podía creer que fueras real y en cierto modo era así, porque no hay nada real en ti. Nunca te importó la abuela y aunque ella lo sabía, te quería de todas formas. Pero yo no —Shane no se dio cuenta de que su respiración agitada estaba al borde del sollozo—. Ni siquiera puedo odiarte... sólo quiero perderte de vista.

Shane se volvió, abrió el cajón y sacó su chequera. Escribió una cantidad que suponía la mitad del capital que le quedaba y se lo ofreció.

—Ten. Considera que es de la abuela, porque a mí no vas a sacarme nada.

Anne agarró el cheque y soltó una carcajada burlona al leer la cantidad.

—No creas ni por un momento que voy a conformarme con esto —aun así, se metió el cheque en el bolsillo; no había que tentar a la suerte, y su situación económica distaba mucho de ser sólida—. Contrataré a un abogado —le dijo, a pesar de que no tenía ninguna intención de gastar su dinero en la improbable posibilidad de conseguir más—. Impugnaré el testamento y ya veremos cuánto consigo sacarte.

— Haz lo que te dé la gana, pero mantente alejada de mí.

— No pienso gastar más dinero del necesario en esta casa ridícula, siempre me he preguntado cómo era posible que fueras hija mía.

— Yo también — murmuró Shane.

— Tendrás noticias de mi abogado — Anne dio media vuelta y salió con elegancia de la habitación.

Shane permaneció junto al escritorio hasta que oyó el portazo de la puerta principal y entonces se echó a llorar y se desplomó en una silla.

## Capítulo 11

Vance estaba sentado en la única silla decente que tenía en la sala de estar y volvió a comprobar su reloj con impaciencia. Hacía diez minutos que tendría que haber llegado a casa de Shane y habría sido así si el teléfono no hubiera sonado justo cuando estaba a punto de irse. Siguió escuchando con resignación la lista de problemas que estaba enumerando el gerente de la sucursal de Washington; aunque nadie se atreviera a decirlo en voz alta, era obvio que a algunos no les había hecho gracia que el jefe se tomara un largo descanso.

—...y por culpa de las discusiones con el sindicato, la construcción del proyecto Wolfe lleva tres semanas de retraso —siguió diciendo el gerente—. Me han informado de que también habrá un retraso en la entrega del acero para lo de Rheinstone, y puede que sea un retraso considerable. Siento molestarlo con esto, señor Banning, pero como los dos proyectos eran muy importantes para la empresa, sobre todo teniendo en cuenta que hay una puja por el centro comercial que planea Rheinstone, he pensado que...

—Sí, claro. Coloca doble turno en el proyecto Wolfe hasta que nos hayamos puesto al día.

—¿Doble turno? pero...

—Nos comprometimos por contrato a tenerlo acabado para el uno de abril y pagar unas cuantas horas extras nos saldrá más barato que la cláusula de penalización; además, no quiero que la reputación de la empresa se vea perjudicada.

—Sí, señor.

—Y que Liebewitz se ocupe de lo de la entrega del acero. Si el lunes no se ha solucionado, yo me ocuparé desde aquí —Vance tomó unas notas en su libreta y añadió—: Y en cuanto a la puja de Rheinstone, estuve analizando el tema la semana pasada y no creo que haya ningún problema. Programa una reunión de los jefes de departamento para finales de la semana que viene, yo asistiré. Mientras tanto, envía a alguien... a Masterson, aquí para que busque buenas ubicaciones para una nueva sucursal.

—¿Va a abrir una sucursal ahí arriba, señor Banning?

Vance sonrió al oír su tono de incredulidad.

—Dile que se centre en la zona de Hagerstown y que me prepare un informe. Quiero una lista de ubicaciones viables en dos semanas —volvió a comprobar la hora, y le preguntó—: ¿Algo más?

—No, señor.

—Bien. Nos vemos la semana que viene en la reunión.

Vance colgó sin esperar respuesta.

Sabía que su última orden causaría un buen revuelo, pero al fin y al cabo, no era la primera vez que Riverton se expandía. Por primera vez en años, la empresa iba a proporcionarle algo de felicidad personal; podría formar un hogar donde él quería

con la mujer a la que amaba, y seguir controlando el negocio. Si tenía que justificar la creación de la nueva sucursal ante la junta directiva, se limitaría a argumentar que Hagerstown era la ciudad más grande de Maryland; además, estaba cerca de Pensilvania y de Virginia Occidental... no, no tendría ningún problema para justificar la expansión y sus logros anteriores servirían para acabar de convencer a la junta.

Vance se levantó de la silla y se puso el abrigo. Lo único que le quedaba por hacer era hablar con Shane y volvió a preguntarse una vez más cuál sería su reacción. Iba a sorprenderse mucho cuando le revelara que no era el carpintero en paro que ella creía y también era posible que se enfadara con él por haber dejado que creyera aquello. Sintió una ligera punzada de inquietud al salir de su casa.

Soplaba una brisa fría del oeste, que dispersaba las hojas muertas y parecía presagiar nieve. Sumido en sus pensamientos, Vance no vio al ciervo que tenía a poco más de cuarenta metros a su derecha, olisqueando el aire y observándolo.

Se recordó que no la había engañado de forma deliberada. Su identidad no había sido asunto de Shane cuando se habían conocido; además, había querido desprenderse por un tiempo del estatus que le confería su empresa, había querido ser quien ella creía que era. No había tenido forma de saber que Shane se convertiría en lo más importante del mundo para él, que semanas después de conocerla estaría planeando pedirle que se casara con él, que estaría dispuesto a empujar a su empresa a un caos de prisas y de preparaciones para que ella no tuviera que renunciar a su hogar ni a la vida que había elegido.

Se dijo que lo entendería cuando le explicara las circunstancias, porque una de sus cualidades más encomiables era lo comprensiva que era; además, sabía sin ningún género de duda que estaba enamorada de él, que lo quería sin reservas y sin exigencias. Nadie le había dado tanto por tan poco y pensaba pasarse el resto de su vida demostrándole cuánto la amaba.

Seguramente, se echaría a reír cuando el impacto de la sorpresa se desvaneciera, porque el dinero y la posición que él podía ofrecerle no le importaría lo más mínimo; de hecho, probablemente le resultaría muy divertido enterarse de que el presidente de Riverton le había tallado el friso de la cocina.

Sería más difícil contarle lo de Amelia, pero iba a hacerlo... sin dejarse nada en el tintero. No pensaba obviar su primer matrimonio, iba a contárselo todo y confiaría en que Shane lo entendería. Quería decirle que había sido ella quien había aliviado su sentimiento de culpa, quien había aligerado su amargura. Amarla era la única emoción genuina que había sentido en años. Esa noche, iba a abrir las puertas de su pasado de par en par para permitir que entrara el aire fresco y entonces le pediría a Shane que compartiera su futuro.

A pesar de todo, no pudo evitar sentir una punzada de aprensión conforme fue acercándose a la casa y la habría ignorado si no se hubiera dado cuenta de que no había luz en ninguna de las ventanas. Aceleró el paso sin darse cuenta. Shane estaba en casa, su coche estaba allí; además, estaba esperándolo. Entonces, ¿por qué no

había ni una sola luz encendida? Intentó sofocar una oleada de ansiedad y se apresuró a subir los escalones del porche trasero.

La puerta estaba abierta. Entró sin llamar y llamó a Shane de inmediato, pero la casa permaneció oscura y silenciosa. Le dio al interruptor de la luz y después de comprobar de un rápido vistazo que no había nada sospechoso, empezó a recorrer toda la planta baja.

— ¿Shane?

El silencio empezó a inquietarlo aún más que la oscuridad y después de inspeccionar toda la planta baja, subió las escaleras. Notó de inmediato el olor a comida, pero al comprobar que la cocina estaba vacía, apagó el horno y volvió al pasillo; de repente, se le ocurrió la posibilidad de que Shane se hubiera tumbado después de cerrar la tienda y que simplemente se hubiera quedado dormida. La preocupación se desvaneció, esbozó una sonrisa divertida y entró sin hacer ruido en su dormitorio; sin embargo, su diversión desapareció de un plumazo cuando la vio acurrucada en la silla.

La habitación estaba en penumbra, pero la luz de la luna que entraba por la ventana bastaba para que pudiera verla con claridad. No estaba dormida, estaba acurrucada con la cabeza apoyada en uno de los brazos de la silla. Nunca la había visto así y lo primero que se le pasó por la cabeza fue que parecía perdida; se corrigió de inmediato, porque más bien parecía... desolada. La vivacidad innata de sus ojos parecía haberse apagado y la palidez de su cara estaba enfatizada por la luz plateada de la luna. Habría pensado que estaba enferma, pero algo le dijo que Shane no perdería toda su chispa si se encontrara mal.

Se acercó a ella de inmediato, pero ella no dio muestra alguna de haberlo visto ni respondió cuando él susurró su nombre. Se arrodilló delante de ella y tomó sus manos heladas en las suyas.

— Shane...

Ella lo contempló con la mirada perdida durante unos segundos; de repente, como si se hubiera reventado un dique, sus ojos se inundaron con una emoción desesperada.

— Vance — gimió con voz rota, antes de abrazarse a su cuello — . Oh, Vance...

Shane empezó a temblar violentamente, pero no se echó a llorar. Las lágrimas estaban secas como rocas en su interior. Apretó la cara contra el hombro de Vance y se aferró a él con todas sus fuerzas, mientras emergía del entumecimiento en el que se había sumido cuando había dejado de llorar. Al sentir la calidez de Vance, se dio cuenta de lo fría que había estado. Él siguió abrazándola con fuerza y con ternura, sin preguntarle nada.

— Vance, me alegro tanto de que estés aquí... te necesito.

Aquellas palabras le impactaron con más fuerza incluso que su declaración de amor. Hasta aquel momento, había sido dolorosamente consciente de que él necesitaba a Shane mucho más que ella a él, pero en ese momento tenía la oportunidad de hacer algo por ella, aunque sólo fuera escucharla.



—Shane, ¿qué ha pasado? —con mucho cuidado, la apartó lo justo para poder mirarla a los ojos—. ¿Puedes contármelo?

Ella soltó un suspiro tembloroso que reveló lo mucho que le costaba hablar, y le dijo:

—Mi madre.

—¿Está enferma? —Vance le apartó el pelo de las mejillas con las puntas de los dedos.

—¡No! —exclamó ella, con una furia súbita y explosiva.

A Vance le sorprendió aquella reacción tan violenta, pero la tomó de las manos y le dijo con calma:

—Cuéntame lo que ha pasado.

—Ha venido... —Shane fue incapaz de continuar y luchó por recuperar la compostura.

—¿Tu madre ha venido aquí?

—Sí, cuando estaba a punto de cerrar. Me ha tomado por sorpresa... no vino al funeral, ni contestó a mi carta.

—¿Es la primera vez que la ves desde la muerte de tu abuela? —le preguntó, con voz suave y tranquila.

Ella lo miró a los ojos y contestó con voz inexpresiva:

—Hacía dos años que no la veía, desde que se casó con su agente publicitario. Se han divorciado, así que ha venido —Shane respiró hondo y admitió—: ha estado a punto de convencerme de que realmente le importábamos, he llegado a pensar que podríamos hablar la una con la otra, hablar de verdad —cerró los ojos con fuerza—. Todo ha sido una actuación... las lágrimas, el dolor... estaba allí sentada, rogándome que la comprendiera y yo he creído que... —se interrumpió de nuevo y se estremeció por el esfuerzo que le costó continuar—. No ha venido por la abuela, ni por mí...

Cuando ella abrió los ojos, Vance vio que estaban nublados de dolor y le costó un esfuerzo sobrehumano mantener la voz serena al preguntarle:

—¿Por qué ha venido?

Shane tardó unos segundos en poder contestar.

—Por dinero, pensaba que aquí habría dinero. Se ha puesto furiosa cuando se ha enterado de que la abuela me lo había dejado todo a mí y se ha negado a creerme cuando le he explicado que había muy poco dinero en metálico. ¡Tendría que haberme dado cuenta! ¡Tendría que haberlo sabido! —exclamó con una furia súbita, que se evaporó de inmediato cuando admitió—: Pero claro que lo sabía, siempre lo he sabido —sus hombros cayeron, como si estuviera soportando un peso insoportable—. Nunca le ha importado nadie. Tenía la esperanza de que sintiera aunque fuera el más mínimo cariño por mi abuela, pero... cuando subió y empezó a revolver mis papeles, le dije unas cosas horribles, pero no me arrepiento —sus ojos se

inundaron de lágrimas, pero se negó a derramarlas —. Le he dado la mitad del dinero que me quedaba y la he echado de aquí.

— ¿Le has dado dinero? —le preguntó Vance con incredulidad.

— Mi abuela se lo habría dado. A pesar de todo, es mi madre.

Vance sintió que un nudo de rabia le obstruía la garganta y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para controlarlo. Su furia no iba a ayudar en nada a Shane.

— Shane, esa mujer no es tu madre —le dijo con firmeza. Cuando ella abrió la boca para contestar, sacudió la cabeza y añadió—: Puede que lo sea desde un punto de vista biológico, pero eres demasiado inteligente para pensar que eso significa algo. Los gatos también tienen crías —la apretó con más fuerza al ver su expresión de dolor—. Lo siento, no quiero hacerte daño.

— No te preocupes, tienes razón. La verdad es que apenas pienso en ella, lo que siento por ella se debe a que la abuela la quería, pero...

— Pero a pesar de todo, te sientes culpable.

— ¿Crees que es normal querer que se mantenga alejada? Mi abuela...

— Es posible que tu abuela no se sintiera como tú, o que le diera el dinero porque creía que era su obligación, pero ¿a quién se lo dejó todo? ¿a quién le dejó todo lo que le importaba?

— Sí, ya lo sé, pero...

— Cuando piensas en lo que significa una madre, ¿en quién piensas?

Shane se quedó mirándolo y aquella vez, cuando sus ojos se inundaron de lágrimas, dejó que se derramaran por sus mejillas. Sin decir una palabra, volvió a apoyar la cabeza en su hombro y murmuró:

— Le he dicho que no la quiero. Lo he dicho en serio, pero...

— No le debes nada —le dijo él, mientras la abrazaba con fuerza—. Sé lo que es la culpa, lo que es dejar que te carcoma por dentro y no voy a permitir que te causes ese dolor a ti misma.

— Le he dicho que se mantuviera alejada de mí —Shane soltó un largo suspiro y admitió—: pero no creo que lo haga.

Vance permaneció en silencio durante unos segundos y finalmente le preguntó:

— ¿Es eso lo que quieres?

— Dios, claro que sí.

Él le besó la sien y la levantó en sus brazos.

— Estás agotada, duerme un rato.

— No, no estoy cansada —mintió ella, mientras se le cerraban los párpados—. Sólo me duele la cabeza y la comida está...

—He apagado el horno, ya comeremos después —Vance la llevó hasta la cama y después de apartar la colcha, la tumbó entre las sábanas—. Voy a buscarte una aspirina.

Le quitó los zapatos, pero cuando empezó a taparla con la colcha, Shane le agarró la mano y le dijo:

—Vance, podrías... ¿podrías quedarte aquí conmigo?

Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano y la miró con una sonrisa tierna.

—Claro —le dijo, antes de quitarse las botas. Cuando se acostó junto a ella, la abrazó y murmuró—: Intenta dormir, yo estoy aquí —oyó su suspiro de rendición y sintió la caricia de sus pestañas en su hombro cuando ella cerró los ojos.

Vance no tenía ni idea de cuánto tiempo permanecieron allí tumbados. Oyó que el reloj de pie que había en la sala de estar daba la hora, pero no le prestó ninguna atención. Shane había dejado de temblar, su piel había recuperado su calidez habitual y su respiración era pausada. Mientras le acariciaba la sien con suavidad, su mente estaba inmersa en un torbellino de furia.

Nada ni nadie iba a volver a causar aquella expresión en el rostro de Shane, él se aseguraría de ello. Permaneció con la mirada fija en el techo, mientras pensaba en la mejor manera de lidiar con Anne Abbott. Respetaría la decisión de Shane y dejaría que se quedara con el dinero que ya había conseguido, pero no iba a permitir que Shane tuviera que soportar una tensión emocional constante. Lo había destrozado ver su cara pálida y conmocionada y sus ojos llenos de dolor.

Debería haberse dado cuenta de que alguien con un corazón tan grande y generoso como Shane sería muy vulnerable, que su sufrimiento sería igual de profundo que su vitalidad y su felicidad desbordantes. Se preguntó cómo era posible que alguien que había sufrido aquel dolor desde la infancia fuera tan abierta y alegre. Había tenido que soportar la indiferencia de su madre, el dolor de un compromiso roto y la pérdida de la única presencia familiar constante que había tenido en su vida, pero no se había dejado vencer ni había perdido su bondad innata.

Sin embargo, aquella noche necesitaba a alguien que la apoyara y le ofreciera consuelo y ese alguien era él... esa noche y siempre que lo necesitara. La apretó con más fuerza contra sí sin darse cuenta, como si quisiera protegerla de todo lo que pudiera hacerla herir.

—Vance...

Él pensó que había murmurado su nombre en sueños y le dio un beso en la cabeza.

—Vance —cuando él la miró, Shane le dijo—: haz el amor conmigo.

Aquellas palabras quedas y sencillas no pedían pasión, sino consuelo y Vance sintió que el amor que ya creía infinito se triplicaba. Tuvo miedo de no ser lo bastante tierno y con mucho cuidado, enmarcó su rostro en una mano y rozó sus labios con los suyos.

Shane sintió que flotaba. Estaba demasiado agotada física y emocionalmente para sentir un deseo ardiente, pero sintió una oleada de ternura hacia Vance al ver que él parecía intuir lo que necesitaba. Su boca era cálida y más suave de lo que ella había creído posible y siguió besándola minuto tras minuto mientras sus dedos la acariciaban, mientras trazaba el contorno de su cara y bajaba por su cuello, como si fuera consciente del dolor punzante que se centraba allí. Vance fue incitándola a responder con amor y con paciencia, sin pedirle más de lo que ella podía darle, así que se relajó y dejó que la guiara.

Vance fue recorriendo poco a poco su rostro con besos, le acarició los párpados cerrados con los labios y empezó a masajearle los hombros con una ternura concentrada. Cuando regresó a sus labios, aplicó sólo una ligera presión y fue profundizando sin fuego ni furia. Shane suspiró y dejó que el placer la inundara.

Se quedó pasiva mientras él la desnudaba lentamente. Vance no hizo ningún intento de excitarla, con lo que mostró una sensibilidad que ninguno de los dos sabía que tenía. Cuando ambos estuvieron desnudos, se contentó con besarla y mantenerla apretada contra sí.

Consciente de lo mucho que él estaba dándole sin pedir nada a cambio, Shane hizo ademán de moverse para intentar corresponderle, pero él la detuvo.

—Shhh... —Vance le besó la palma de la mano y tras instarla a que se tumbara boca abajo, empezó a acariciarle la espalda y los hombros con las puntas de los dedos.

Shane no sabía que el amor podía ser tan compasivo, tan poco egoísta. Con un suspiro, volvió a cerrar los ojos y dejó la mente en blanco. Vance estaba eliminando el dolor, haciendo que volviera a entrar en calor y ella sintió que iba tranquilizándose y recuperando el equilibrio interno. No hacía falta que pensara en nada, ni que sintiera nada más allá de las manos fuertes y seguras de Vance. Confiaba plenamente en él.

El viejo colchón se hundió un poco cuando Vance se inclinó para besarle la nuca y Shane sintió que en su interior empezaba a despertar un deseo cálido y dulce. Permaneció quieta, disfrutando de la sensación de sentirse adorada, porque Vance la trataba como si fuera algo frágil y de un valor incalculable. Se recreó en aquella nueva experiencia, mientras él bajaba con suaves besos por su columna vertebral. La tensión y las lágrimas estaban a un mundo de distancia de aquella cama con un colchón hundido y sábanas desgastadas de lino y la única realidad que existía eran las dulces caricias de Vance y la respuesta de su propio cuerpo.

Vance notó el cambio sutil de su respiración, la ligera aceleración que revelaba que la relajación iba dando paso al deseo, pero siguió acariciándola con dulzura porque no quería apresurarla. El reloj de la sala de estar volvió a dar la hora y la casa se fue asentando con crujidos y pequeños sonidos, pero Vance sólo era consciente de la respiración de Shane, de su cuerpo bañado por la luz de la luna.

Aquella luz tenue parecía perseguir a sus manos errantes y le permitía contemplar la esbeltez de su espalda y la suave curva de sus caderas. Al besarla en el hombro, inhaló el familiar aroma a limón de su pelo mezclado con el olor a lavanda de las sábanas.

Shane tenía la mejilla apoyada en la almohada, así que él podía ver su perfil con claridad. Habría pensado que estaba dormida, de no ser por su respiración cada vez más acelerada y por los sutiles movimientos de su cuerpo. Con mucho cuidado, hizo que se diera la vuelta y se tumbara de espaldas y la besó en la boca.

Shane gimió, tan completamente centrada en Vance, que no veía, oía ni olía nada que no fuera él.

Vance siguió con sus caricias lentas y pausadas. La deseaba con toda su alma, pero no sentía un frenesí fiero y arrasador. En ese momento, lo más importante no era el deseo, sino el amor. Cuando cubrió uno de sus senos con la boca, el gesto estaba tan cargado de ternura que Shane sintió que la inundaba una calidez casi dolorosa. Vance empezó a convertir la calidez en fuego y ella empezó a ascender como en una nube.

Vance acarició todo su cuerpo con el mismo cuidado infinito y la piel de Shane pareció vibrar suavemente bajo sus dedos. La pasión que él fue avivando en su interior no era un dolor dulce, sino un placer puro y un consuelo que hicieron que ella lo deseara aún más. La mente de Shane se centró en su propio cuerpo y en el placer dulce y lánguido que él había despertado.

Aunque los labios de Vance iban recorriendo todo su cuerpo, volvían una y otra vez a su boca; la respuesta desinhibida de Shane y su aliento entrecortado hacían que le ardiera la sangre, pero él luchó por sofocar las llamas. Aquella noche, Shane era como de porcelana, tan frágil como la luz de la luna. No estaba dispuesto a ceder ante su propia pasión y las necesidades de su cuerpo, no iba a perder el control. Aquella noche tenía que olvidarse de la energía y de la fuerza de Shane, y pensar sólo en su fragilidad.

Y cuando la poseyó, su ternura hizo que a ella se le inundaran los ojos de lágrimas.

## Capítulo 12

Los árboles habían pasado de una oscuridad apagada a una blancura radiante gracias a la cortina de nieve constante y espesa que caía y la carretera estaba resbaladiza. El parabrisas del coche iba y venía con el sonido monótono de la goma contra el cristal, pero a Vance la nieve le era completamente indiferente; de hecho, apenas la notaba.

Gracias a un par de llamadas telefónicas y a unas cuantas preguntas discretas, había descubierto lo suficiente sobre Anne Abbott, cuyo nombre profesional era Anne Cross, para que la furia de la noche anterior se intensificara aún más. La descripción de Shane había sido demasiado benévola.

Anne tenía en su haber tres matrimonios turbulentos y cada uno de ellos le había aportado algún tipo de contacto en la industria cinematográfica.

Había sangrado a cada marido todo lo posible antes de ir a por el siguiente, pero el último, Leslie Stuart, había resultado ser demasiado listo para ella... o quizás el listo había sido su abogado. Anne no había sacado nada de su último matrimonio y como parecían gustarle las cosas caras, estaba endeudada hasta las cejas.

Trabajaba de forma esporádica; básicamente, hacía pequeños papeles secundarios, anuncios y papeles de figurante. Su talento era puramente nominal, pero gracias a su cara había conseguido algunas líneas en varias películas y habría conseguido más si su mal genio y su vanidad no hubieran interferido. La sociedad de Hollywood la toleraba a duras penas y esa tolerancia se debía a la influencia de sus maridos y sus amantes. Los contactos de Vance le habían descrito a una mujer hermosa y manipuladora, un tanto cruel y él sentía como si ya la conociera.

Mientras conducía bajo la intensa nevada, sus pensamientos se centraron en Shane. La había abrazado durante toda la noche, la había calmado cuando se había puesto nerviosa y la había escuchado cuando había necesitado hablar. Sabía que tardaría mucho tiempo en olvidar la expresión de dolor de sus ojos. Aquella mañana ella había intentado mostrarse alegre, pero él había notado una cierta apatía en su actitud; además, sabía que tenía miedo de que Anne volviera y volviera a someterla a otra tormenta emocional.

Él no podía cambiar lo que había pasado, pero podía tomar medidas para protegerla en el futuro. Y eso era lo que iba a hacer.

Entró en el aparcamiento del motel de carretera, detuvo el coche y permaneció inmóvil durante unos minutos, viendo cómo la nieve iba acumulándose en el parabrisas. Había estado a punto de decirle a Shane que pensaba ir a ver a su madre, pero había decidido no hacerlo al verla tan pálida y vulnerable; además, estaba convencido de que ella se habría opuesto a la idea, porque era una mujer que insistía en resolver sus propios problemas. Él respetaba su actitud, incluso la admiraba, pero en aquella ocasión iba a ignorarla.

Salió del coche y se dirigió hacia la oficina de información para que le dijeran dónde se alojaba Anne Abbott. Diez minutos después, llamó a su puerta.

Al ver a Vance, el gesto ceñudo de Anne se transformó en una expresión calculadora. Estaba claro que su visita era una sorpresa muy agradable. Él la miró con frialdad y comprobó que la descripción de Shane no había sido exagerada. Era una mujer muy guapa y la delicadeza de su estructura ósea y de su complexión se complementaba a la perfección con sus ojos azules y su pelo rubio. Llevaba una bata rosa muy ajustada, que enfatizaba sus curvas voluptuosas; aunque su físico resplandeciente era el polo opuesto a la belleza sensual de Amelia, supo de inmediato que eran dos mujeres cortadas por el mismo patrón.

— Vaya, hola — lo saludó ella con voz lánguida, mientras lo miraba con interés.

Vance no le encontró el más mínimo parecido con Shane y tuvo que tragarse la repugnancia que sentía para poder esbozar una sonrisa. Tenía que aparentar amabilidad de momento, si quería pasar de la puerta.

— Hola, señora Cross.

Obviamente, utilizar su nombre artístico fue todo un acierto, porque ella le lanzó una sonrisa radiante.

— ¿Nos conocemos? — Anne se humedeció el labio superior con la punta de la lengua y añadió —: Me resultas familiar, pero estoy segura de que no se me habría olvidado tu cara.

— Soy Vance Banning, señora Cross — le dijo él, sin dejar de mirarla a los ojos —. Tenemos unos amigos comunes, los Hourback.

— ¿Eres amigo de Todd y Sheila? — a pesar de que no soportaba a la pareja, Anne fingió estar encantada —. Por favor, pasa, aquí fuera hace mucho frío. El tiempo de esta zona es horrible.

Cuando su inesperado visitante entró, Anne cerró la puerta y se apoyó en ella durante unos segundos, mientras pensaba para sí que quizás la visita a su pueblo natal no iba a resultar tan aburrida como había anticipado. Era el tipo más atractivo que había llamado a su puerta en mucho tiempo y si conocía a los estirados de los Hourback, lo más probable era que tuviera dinero.

— Vaya, vaya... el mundo es un pañuelo, ¿verdad? — murmuró. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja con lentitud y añadió —: ¿Cómo están Todd y Sheila? Hace mucho que no los veo.

— La última vez que hablé con ellos, estaban bien — consciente de la dirección que estaban tomando los pensamientos de aquella mujer, Vance sonrió con una diversión gélida —. Cuando me comentaron que usted estaba aquí, no pude resistir la tentación de venir a verla, señora Cross.

— Por favor, llámame Anne — con un suspiro, recorrió la habitación con una mirada abatida y le dijo —: Éste sitio deja mucho que desear, pero como tengo que ocuparme de unos asuntos en la zona, no me queda más opción que conformarme con lo que hay. Puedo ofrecerte un trago, si te gusta el burbon.

A pesar de que aún no eran ni las once de la mañana, Vance contestó:

— Si no es mucha molestia...

—Por supuesto que no —Anne se acercó a una mesita para servir las bebidas. Se alegraba de haber metido en la maleta la bata rosa, porque era una prenda tanto favorecedora como seductora. Al mirarse de reojo en el espejo, comprobó que estaba perfecta. Menos mal que había acabado de maquillarse—. Dime, Vance, ¿qué estás haciendo en este agujero aburrido? No eres un hombre de pueblo, ¿verdad?

—Estoy aquí por negocios —Vance agarró con un gesto de agradecimiento el vaso de licor.

Anne entrecerró los ojos por un momento y entonces los abrió de forma exagerada.

—¡Sí, claro! ¿Cómo es posible que no me acordara? —lo miró con una sonrisa radiante, mientras empezaba a maquinar para sus adentros—. Tom te ha mencionado alguna vez... Construcciones Riverton, ¿verdad?

—Exacto.

—Vaya, estoy impresionada. Es la constructora más grande del país.

—Eso dicen —contestó Vance, impasible, mientras ella lo contemplaba con expresión intensa. Sin demasiado interés, se preguntó cuánto cebo iba a lanzar antes de intentar atraparlo; de no ser por Shane, quizás habría disfrutado dejando que hiciera el ridículo.

Con su ensayada elegancia lánguida, Anne se sentó en el borde de la cama y tomó un sorbo de licor. Se preguntó cuánto tardaría en intentar acostarse con ella y cuánto tiempo debía fingir cierta resistencia antes de ceder.

—Bueno, Vance, ¿qué quieres de mí?

Vance le lanzó una mirada fría y directa mientras removía el burbon sin beber ni un trago y le dijo:

—Que dejes a Shane en paz.

El cambio súbito de la expresión de Anne habría resultado cómico en otras circunstancias, porque se asombró tanto que se quedó mirando a Vance con la boca abierta.

—¿De qué estás hablando?

—De Shane, tu hija.

—Ya sé quién es, ¿qué tiene que ver contigo?

—Voy a casarme con ella.

Ella se quedó atónita y entonces se echó a reír.

—¿Con la pequeña Shane? ¡Cielos, qué divertido!. ¡No puedo creer que mi hijita haya atrapado a un pez gordo! La he subestimado... o te he sobrestimado a ti.

Vance apretó con fuerza el vaso, pero logró controlar su genio y dijo con voz peligrosamente tranquila:

—Ten cuidado, Anne.



Ella dejó de reír al ver la expresión de sus ojos y le dijo con indiferencia:

— Así que quieres casarte con Shane. ¿Y a mí qué me importa eso?

— Eso no te importa nada.

Anne disimuló la aprensión y la irritación que sentía y se levantó de la cama con elegancia.

— Supongo que debería felicitar a mi pequeña por la suerte que ha tenido.

Vance la agarró del brazo. No apretó, pero el mensaje estaba muy claro.

— De eso ni hablar. Vas a hacer las maletas y te vas a largar de aquí.

Anne se zafó de su mano de un tirón y le dijo con furia:

— ¿Quién demonios te crees que eres? No puedes ordenarme que me vaya.

— Sólo te lo estoy aconsejando y sería mucho mejor para ti que hicieras caso de mi sugerencia.

— No me gusta el tono de tu sugerencia, pienso ver a mi hija...

— ¿Por qué? — Vance la cortó en seco sin levantar la voz — . No vas a sacarle ni un centavo más, eso te lo prometo.

— No sé de qué estás hablando — contestó Anne, con una dignidad gélida — . No sé qué tonterías te habrá dicho Shane, pero...

— Será mejor que te lo pienses bien antes de seguir hablando — la previno él con voz muy suave — . La vi poco después de que te fueras anoche y logré hacerme una idea de lo que había pasado sin que ella apenas tuviera que contarme nada — la contempló durante unos segundos con una mirada pétrea y añadió — : Te conozco tan bien como tú te conoces a ti misma, conozco a las de tu calaña. No habrá más dinero, así que será mejor que minimices tus pérdidas y que regreses a California. No me costaría nada evitar el pago del cheque que Shane ya te ha dado.

Aquello la enfureció y Anne se maldijo por no haberse levantado pronto para ir a cobrarlo antes de que Shane se arrepintiera.

— Pienso ver a mi hija y cuando lo haga, pienso decirle cuatro cosas sobre su elección de amantes.

En vez de enfadarse, tal y como ella esperaba, Vance le lanzó una mirada de aburrimiento que la enfureció aún más.

— No vas a volver a ver a Shane — le dijo él.

— No puedes evitar que vea a mi hija.

— Claro que puedo y voy a hacerlo. Si te pones en contacto con ella, si intentas sacarle un solo centavo o causarle el más mínimo daño, me ocuparé de ti yo mismo.

Anne sintió el primer cosquilleo de temor real y retrocedió un paso con cautela.

— No te atreverías a ponerme la mano encima.

Vance soltó una carcajada carente de humor y le dijo:

—No estés tan segura de eso. De todas formas, no creo que tenga que llegar a esos extremos —dejó el vaso de licor sobre la mesa y comentó—: Tengo muchos contactos en la industria cinematográfica... viejos amigos, conocidos con los que he hecho negocios, clientes... sólo bastarían unas cuantas palabras en los oídos adecuados para que tu limitada carrera se fuera a pique.

—¿Cómo te atreves a amenazarme? —le dijo ella, con una mezcla de furia y de miedo.

—No es una amenaza, sino una promesa. Si vuelves a hacerle daño a Shane, lo pagarás muy caro. No vas a perder nada, porque Shane no tiene nada que tú quieras.

Anne dio un paso hacia él, indignada.

—Tengo derecho a conseguir mi parte. El patrimonio de mi madre debería dividirse al cincuenta por ciento entre Shane y yo.

—¿Al cincuenta por ciento? —repitió Vance, pensativo—. Debes de estar muy desesperada si estás dispuesta a conformarte con eso, pero eso me trae sin cuidado. No pienso perder el tiempo discutiendo de legalidades contigo y mucho menos de moral o de ética. Límitate a aceptar que lo que Shane te dio ayer, es lo único que vas a sacar de todo esto.

Al ver que se volvía hacia la puerta sin más, Anne hizo un último esfuerzo y se desplomó en la cama llorando.

—Vance, no seas tan cruel... —levantó el rostro, húmedo de lágrimas y añadió—: No es posible que quieras mantenerme alejada de mi propia hija.

Vance observó durante unos segundos aquel rostro bello de expresión trágica y asintió con aprobación antes de decir:

—Muy bien, eres mejor actriz de lo que dicen —salió de allí sin más y cuando cerró la puerta a su espalda, oyó que un vaso se hacía añicos contra la madera.

Anne se levantó de golpe de la cama, agarró el otro vaso y lo lanzó también contra la puerta. No iba a permitir que nadie la amenazara... o se burlara de ella. Había visto el brillo de fría diversión en los ojos de Vance y estaba decidida a conseguir que pagara por él. Se sentó en la cama con los puños apretados hasta que hubo recuperado algo de calma, consciente de que tenía que pensar. Vance Banning tenía que tener algún punto débil.

Cerró los ojos y se concentró en recordar lo que había oído sobre él. Construcciones Riverton... ¿Había habido algún escándalo relacionado con la empresa? Lanzó una almohada al otro extremo de la habitación, frustrada, al ver que no conseguía recordar nada al respecto. ¿Qué sabía ella sobre una estúpida empresa que construía centros comerciales y hospitales? Vaya aburrimiento.

Agarró la otra almohada para lanzarla también, pero entonces recordó algo... un escándalo, pero que no estaba relacionado con la empresa. Había pasado algo... había pasado algo hacía varios años, había oído el cotilleo en una o dos fiestas. Soltó una imprecación cuando no logró recordar nada más, pero entonces se acordó de Sheila Hourback. Al darse cuenta de que quizás la vieja urraca podría serle útil, se apresuró a descolgar el teléfono.

Cuando Vance entró en la casa, Shane estaba narrándoles con todo lujo de detalles una de las escaramuzas de la batalla de Antietam a tres niños que la escuchaban con atención. Ella lo saludó al verlo entrar, pero a pesar de que su voz desprendía entusiasmo, aún estaba bastante pálida. Eso bastó para disipar cualquier duda que Vance hubiera podido tener sobre si había hecho lo correcto. Mientras entraba en la tienda, se dijo que ella conseguiría sobreponerse, porque era una persona con una alegría y una fortaleza innatas; sin embargo, incluso alguien tan fuerte como ella tenía un aguante limitado. Al ver a Pat limpiando el polvo de una vitrina, se acercó de inmediato a ella.

—Hola, Vance, ¿qué tal te va? —lo saludó ella, con una sonrisa.

—Bien, gracias —lanzó una mirada por encima del hombro para asegurarse de que Shane seguía ocupada y añadió—: Pat, quiero hablar contigo sobre el conjunto de muebles de comedor.

—Ah, sí. Hubo algún malentendido con eso, aún no sé qué pasó. Shane me dijo que...

—Voy a comprarlo.

—¿Tú? —dijo ella, sorprendida.

—Para Shane. Será un regalo de Navidad.

—¡Qué bien! —encantada con aquel gesto tan romántico, comentó—: Era de su abuela, y lo adora.

—Ya lo sé, pero está decidida a venderlo. Yo estoy decidido a comprárselo, pero no me deja —le guiñó el ojo en un gesto de complicidad y añadió—: pero no podrá rechazar un regalo de Navidad, ¿verdad?

—No, claro que no —Pat lo miró con una sonrisa de oreja a oreja, encantada y llena de curiosidad al comprobar que los rumores eran ciertos. Realmente había algo entre aquellos dos—. Significará mucho para ella, Vance. La destroza tener que vender algunas de estas cosas, pero desprenderse del conjunto de comedor es lo más duro para ella. Aunque... es bastante caro.

—No pasa nada, hoy mismo te daré un cheque —Vance se dio cuenta de que no tardaría en extenderse el rumor de que tenía bastante dinero, así que iba a tener que hablar con Shane cuanto antes—. Ponle una etiqueta donde ponga que está vendido —volvió a mirar por encima del hombro y al ver que los tres niños estaban preparándose para marcharse, comentó—: No le digas nada a Shane, a no ser que te lo pregunte.

—De acuerdo. Y si me pregunta, le diré que la persona que lo ha comprado quiere que lo guardemos aquí hasta Navidad.

—Buena idea, gracias.

—Vance... —Pat bajó la voz y susurró—: Hoy parece un poco decaída, a lo mejor sería buena idea que te la llevaras a dar una vuelta para animarla —miró a Shane, que estaba acercándose a ellos y le dijo con tono normal—: Shane, ¿cómo has podido

mantener tranquilos durante veinte minutos a esos monstruitos? —se volvió hacia Vance y le explicó—: Son los hijos de los Drummond, he estado a punto de huir cuando los he visto entrar.

—Estaban entusiasmados porque se han cancelado las clases por culpa de la nieve —Shane tomó a Vance de la mano de forma instintiva al llegar junto a ellos—. Querían saber los detalles de varias escaramuzas, para poder tener su propia batalla de Antietam con bolas de nieve.

—Ponte el abrigo

Vance la besó en la sien.

—¿Qué?

—Y un sombrero, fuera hace bastante frío.

—Ya sé que hace frío, tonto —le dijo Shane, con una carcajada—. Hay unos quince centímetros de nieve.

—Entonces, será mejor que nos pongamos en marcha —Vance le dio una palmadita juguetona en el trasero y añadió—: Supongo que también tendrías que ponerte unas botas, pero no tardes mucho.

—Vance, no puedo irme sin más a estas horas.

—Es por un asunto de negocios, tienes que ir a por un árbol de Navidad.

—¿Un árbol de Navidad? Pero si aún es muy pronto —Shane agarró el plumero que Pat había dejado sobre una mesa.

—De eso ni hablar, faltan dos semanas para Navidad y aún no tienes árbol. La mayoría de tiendas que se precien ya están adornadas en Acción de Gracias.

—Sí, ya lo sé, pero...

—Pero nada —Vance le quitó el plumero de las manos y se lo dio a Pat—. ¿Dónde está tu espíritu festivo? Por no hablar de tu estrategia empresarial. Según la última encuesta que se ha hecho sobre el tema, la gente se gasta un doce y medio por ciento más en las tiendas que tienen puestos los adornos navideños.

—¿A qué encuesta te refieres?

—A la «encuesta de venta al público según la atmósfera navideña».

Por primera vez en veinticuatro horas, Shane soltó una carcajada que mostraba una alegría genuina.

—Vance, ésa es una mentira horrorosa.

—Claro que no, es muy buena. Venga, ve a por tu abrigo.

—Pero...

—Shane, no seas tonta, yo puedo ocuparme de la tienda —Pat empezó a empujarla hacia la escalera—. No creo que venga mucha gente con tanta nieve y además, me encantaría tener un árbol. Empezaré a hacerle sitio justo delante de esta

ventana –sin esperar a que Shane contestara, se puso a cambiar de sitio algunos muebles.

– Ponte también unos guantes –le dijo Vance, al verla dudar.

Shane cedió al fin y dijo:

– Vale, ahora bajo.

Diez minutos después, estaba en la furgoneta de Vance.

– ¡Todo está precioso! –exclamó, mientras intentaba verlo todo al mismo tiempo—. Me encanta la llegada de la nieve... mira, ahí están los hijos de los Drummond.

Vance miró hacia donde le estaba indicando y vio a los tres niños lanzándose bolas de nieve como locos.

– La batalla ya ha comenzado –murmuró.

– El general Burnside tiene problemas –Shane se volvió hacia él y comentó—: Por cierto, ¿de qué estabas hablando con Pat cuando he vuelto?, parecíais tener una conversación muy animada.

Vance enarcó una ceja y dijo con calma:

– Estaba intentando convencerla de que salga conmigo, es bastante mona.

– ¿En serio? Sería una lástima que la despidieran justo antes de Navidad.

– Sólo estaba intentando fomentar el buen ambiente entre empleados –le explicó. En ese momento se detuvo en un stop y la sorprendió al abrazarla y besarla a conciencia—. Me encanta ese sonido que haces cuando intentas contener la risa, vuelve a hacerlo.

Shane se apartó de él, mientras intentaba recuperar el aliento.

– Despedir a una empleada no da risa –le dijo con voz digna. Se colocó bien el sombrero y añadió—: Gira por aquí.

Vance ignoró su orden y volvió a besarla, pero al oír el sonido impaciente de un claxon, Shane se apartó de él.

– Ahora sí que la has hecho buena, van a arrestarte por obstruir el tráfico –intentó mostrarse severa, pero no consiguió sofocar una risita.

– Un tipo malhumorado en un Buick no es «tráfico» –protestó Vance, mientras giraba hacia la derecha—. ¿Sabes adonde vas?

– Claro que sí, hay un sitio a unos kilómetros de aquí donde se puede cavar para desplantar el árbol que uno elige.

– ¿Voy a tener que cavar?

– Pues sí. Según la última encuesta sobre conservación...

– Voy a tener que cavar –la interrumpió Vance.

Shane se echó a reír y se inclinó un poco para besarle el hombro.

— Te quiero, Vance.

Apenas nevaba cuando llegaron y Shane lo arrastró de árbol en árbol, examinando al detalle cada uno de ellos antes de acercarse al siguiente. Vance sabía que el color de sus mejillas se debía al frío, pero estaba claro que iba recuperando su habitual vitalidad. Parte de su energía podían deberse a los nervios, pero le tranquilizó ver que iba sobreponiéndose a lo que había pasado. El simple placer de escoger un árbol de Navidad bastaba para que los ojos de Shane volvieran a brillar de alegría.

— ¡Éste! — exclamó al fin, al pararse frente a un pino bastante bajo —. Éste es perfecto.

— Es igual que los otros quinientos que hemos visto hasta ahora — refunfuñó él, mientras hundía la pala en el suelo.

— Dices eso porque no entiendes de árboles de Navidad — contestó ella, con tono condescendiente. Cuando Vance agarró un puñado de nieve y se lo restregó en la cara, añadió con un aplomo considerable —: En fin, éste es el elegido. Venga, ponte a cavar — retrocedió un paso, y se cruzó de brazos.

— A la orden, señora — le dijo él, mientras se ponía manos a la obra. Varios minutos después, comentó —: Oye, me acabo de dar cuenta de que seguramente, cuando pase Navidad, querrás que cave un agujero para volver a plantarlo.

— Vaya, qué buena idea. Conozco el sitio perfecto...

Shane le hizo un gesto a uno de los dependientes para que se acercara. Protegieron las raíces cuidadosamente con un saco y después de que ella pagara el árbol a pesar de las protestas de Vance, regresaron a su casa.

— Maldita sea, Shane, quería comprarte el árbol — le dijo él con exasperación, mientras cruzaban el puente de madera en la furgoneta.

— El árbol es para la tienda, así que la tienda lo ha pagado, igual que paga las existencias y las facturas de la luz — respondió ella, cuando aparcaron delante de la casa. Al bajar de la furgoneta, vio que estaba irritado y se acercó a él para darle un beso —. Eres un encanto y te lo agradezco de verdad. Cómprame otra cosa.

Él se quedó mirándola durante unos segundos y finalmente le preguntó:

— ¿El qué?

— No sé. Siempre he querido tener algo frívolo y extravagante... como unas orejeras de chinchilla.

Vance consiguió mantenerse serio a duras penas y comentó:

— Te estaría bien empleado que te comprara unas, para que tuvieras que ponértelas.

Shane se puso de puntillas para que la besara, pero cuando Vance se inclinó hacia ella, le metió por la espalda el puñado de nieve que había agarrado sin que él se diera cuenta, y echó a correr para intentar ponerse a salvo. Esperaba la bola de nieve que le dio de lleno en la parte posterior de la cabeza, pero él la tomó por sorpresa al

derribarla desde atrás con un placaje que hizo que acabara con la cara hundida en la nieve.

— ¡Qué poco caballeroso! — murmuró, mientras escupía nieve.

Vance se sentó a su lado riendo a mandíbula batiente mientras ella se incorporaba y se limpiaba la cara y comentó:

— La nieve te sienta incluso mejor que el barro.

Shane se lanzó contra él y al pillarlo por sorpresa logró que cayera de espaldas. Ella aterrizó sobre su pecho, pero antes de que pudiera restregarle más nieve en la cara, Vance rodó hasta invertir sus posiciones y colocarse encima de ella. Shane cerró los ojos y esperó con resignación, pero en vez de un puñado de nieve helada, sintió la calidez de sus labios. De inmediato lo abrazó con fuerza mientras lo besaba apasionadamente.

— ¿Te rindes? — le preguntó él.

— No — contestó ella con firmeza, antes de volver a atraerlo hacia sí.

La pasión ardiente de Shane hizo que Vance olvidara que estaban en plena tarde, tumbados sobre la nieve. Dejó de sentir los copos húmedos que descendían por su nuca, pero saboreó el frescor de la nieve en la piel de Shane. La ropa le impedía ver su cuerpo y los guantes le impedían sentir la suavidad de su piel, pero podía saborearla y lo hizo con avidez.

— Dios, te deseo... — murmuró contra sus labios, mientras la besaba una y otra vez—. Aquí mismo, ahora mismo — levantó la cabeza para hablar, pero las palabras murieron en su boca cuando oyó que un coche se acercaba—. Tendría que haberte llevado a mi casa — rezongó, antes de ayudarla a levantarse.

Shane lo abrazó y le susurró al oído:

— Cierro dentro de dos horas.

Le dio indicaciones para que pudiera encontrar la caja de adornos en el ático y él fue a buscarla y colocó el árbol en su sitio mientras ella atendía a los clientes, que lo toquetearon todo y no compraron nada.

La alegre charla de Pat ayudó a Vance a recuperar la calma, pero ya había empezado a oscurecer cuando por fin estuvieron solos de nuevo. Shane seguía estando demasiado pálida, así que la convenció de que comiera algo antes de empezar a adornar el árbol. Decidieron arreglárselas con el asado frío que no habían tocado la noche anterior, pero la comida hizo que Shane recordara la visita de su madre y tuvo que esforzarse por dispersar la tristeza que la invadió; no lo consiguió, pero aun así intentó disimular cómo se sentía con un parloteo incesante y forzado.

Vance la interrumpió a media frase al agarrarla de la mano y le dijo con voz suave:

— Shane, conmigo no.

Shane no se molestó en fingir que no entendía lo que quería decir y le dio un apretón.

—No estoy dándole vueltas a lo que pasó, pero a veces me acuerdo de repente.

—Y cuando te pasa, yo estoy aquí. Apóyate en mí cuando lo necesites —Vance le alzó la mano hasta sus labios y añadió—: Yo también voy a apoyarme en ti.

—Lo único que quiero ahora es que me abracés —le dijo ella, con voz trémula.

Vance la rodeó con los brazos y la urgió a que apoyara la cabeza contra su corazón.

—Todo el tiempo que quieras.

Shane suspiró y volvió a relajarse.

—No soporto portarme como una tonta, supongo que eso es lo que más me molesta —murmuró.

—No estás portándote como una tonta —le dijo él. De repente, la apartó un poco para poder mirarla a los ojos y le confesó—: Shane, esta mañana he ido a ver a tu madre.

—¿Qué? —dijo ella, en un susurro ahogado.

—Puedes enfadarte si quieres, pero no pienso quedarme de brazos cruzados mientras alguien te hace daño. Le he dejado claro que tendrá que vérselas conmigo si vuelve a molestarte.

Shane le dio la espalda y murmuró:

—No deberías haber...

—No me digas que no debería haberlo hecho —la interrumpió él, muy enfadado—. Maldita sea, te quiero y no puedes esperar que permanezca impassible mientras esa mujer te atormenta.

—Vance, soy capaz de lidiar con esto.

—No —la agarró de los hombros y la obligó a que se volviera a mirarlo—. Puedes lidiar con una cantidad increíble de cosas, pero con esto no. Es capaz de destrozarte. ¿Qué habrías hecho si fuera yo quien sufriera?

Shane abrió la boca para contestar, pero se limitó a soltar un suspiro. Le agarró la cara entre las manos y le obligó a que la bajara hacia la suya.

—Habría hecho lo mismo que tú, al menos eso espero. Gracias —lo besó con suavidad y añadió con tono más firme—: No quiero saber lo que os habéis dicho, no quiero enfrentarme a más problemas esta noche.

Vance sacudió la cabeza y se dio cuenta de que tendría que esperar un poco más para poder contarle toda la verdad sobre su verdadera identidad.

—Vale, no más problemas.

—Vamos a decorar el árbol y después vamos a hacer el amor junto a él —le dijo ella con decisión.



— Bueno, si insistes... —dijo él, con una gran sonrisa. Dejó que lo condujera hacia el piso inferior, y sugirió—: ¿Qué te parece si hacemos el amor primero y después decoramos el árbol?

— Eso no es tan festivo —le dijo ella con seriedad fingida, mientras empezaba a sacar los adornos de la caja.

— Al contrario, sería muy festivo.

Shane se echó a reír, pero dijo:

— No, estas cosas requieren su orden. Primero pondremos las luces.

Tardaron casi una hora, porque Shane fue contándole sus recuerdos sobre casi todos los adornos que iba sacando de la caja. Cuando sacó una estrella roja, recordó el año en que se la había hecho ella misma a su abuela y sintió una punzada de dolor y una calidez llena de nostalgia. Había tenido miedo de que llegara la Navidad, porque le había parecido imposible celebrar las fiestas en aquella casa sin la mujer que siempre las había compartido con ella. Su abuela le habría recordado que todas las cosas tenían su ciclo, pero ella sabía que no habría podido enfrentarse sola a un árbol de Navidad.

Vio cómo Vance colocaba con mucho cuidado una guirnalda y sonrió al pensar en lo mucho que lo habría querido su abuela y él a ella; sin embargo, no importaba que las dos personas a las que más amaba en el mundo no hubieran llegado a conocerse, porque el vínculo ya se había formado a través de ella.

Estaba dispuesta a entregarse a Vance en cuerpo y alma y decidió que si no le pedía que se casara con él pronto, se lo pediría ella misma. Cuando él levantó la mirada, le lanzó una sonrisa traviesa.

— ¿En qué estás pensando?

— En nada —contestó ella con expresión inocente. Retrocedió un paso para comprobar el resultado y dijo—: Es perfecto, tal y como me lo imaginaba —satisfecha, sacó la antigua estrella de plata que iba a coronar el árbol y se la dio.

Vance contempló la rama más alta y comentó:

— Si intento ponerla sin más, voy a tirar la mitad de los adornos. Necesitamos una escalera.

— No pasa nada, levántame sobre tus hombros.

— Arriba hay una escalerilla.

— No seas tan quisquilloso —Shane se subió de un salto a su espalda y le rodeó la cintura con las piernas para sujetarse—. Así podré llegar sin problemas —le aseguró, mientras empezaba a subir hasta sus hombros.

Vance sintió cada línea de su cuerpo, como si estuviera recorriéndola con las manos.

— Ya estoy. Venga, dámela para que la ponga.

Él obedeció y le agarró las rodillas cuando ella empezó a inclinarse hacia delante.

— Maldita sea, Shane, no te inclines tanto. Vas a caerte de cabeza en el árbol.

— No seas tonto, tengo muy buen equilibrio — le dijo ella con voz alegre, mientras colocaba la estrella—. ¡Ya está! — se llevó las manos a las caderas y observó el resultado—. Retrocede un poco para que pueda verlo entero — cuando Vance lo hizo, suspiró y le besó la coronilla—. Es precioso, ¿verdad? Me encanta el olor a pino — con un gesto despreocupado, entrelazó los tobillos contra su pecho.

— Estará aún mejor con la luz apagada — sin bajarla, Vance se acercó al interruptor de la pared y las luces del árbol parecieron cobrar vida en la oscuridad.

— Sí, es perfecto — susurró Shane.

— No del todo — cuando ella se bajó de sus hombros, la abrazó y la tumbó sobre la alfombra—. Esto sí que es perfecto.

— Sí, es verdad — contestó ella, con las luces del árbol bañándole la cara.

Ninguno de los dos estaba de humor para mostrar paciencia aquella noche. Se desnudaron el uno al otro rápidamente, riendo y refunfuñando al luchar con los botones; sin embargo, el frenesí se intensificó aún más cuando ambos estuvieron desnudos. Se acariciaron por todas partes con las manos y con la boca, mientras ella se maravillaba de nuevo por la firmeza de sus músculos y él volvía a llenarse con el sabor y el aroma de su piel. Ninguno de los dos prestó atención alguna a la calidez de las luces ni a la fragancia a pino, igual que no habían notado el frío de la nieve aquella tarde. Estaban solos y estaban juntos, era lo único que importaba.

## Capítulo 13

A Shane no le resultó nada fácil centrarse en el trabajo al día siguiente. Aunque vendió varios artículos, entre ellos la mesa que había restaurado tan laboriosamente, estuvo distraída durante toda la mañana... tanto, que ni siquiera notó la discreta etiqueta de «*Vendido*» que Pat había colocado en el conjunto de comedor. No podía dejar de pensar en Vance y en varias ocasiones se quedó mirando el árbol de Navidad, recordando lo que había pasado la noche anterior. Jamás había alcanzado a soñar o a desear que pudiera ser así. Cada vez que hacían el amor era diferente, una nueva aventura, pero en cierta forma también era como si llevaran años juntos.

Cada vez que lo tocaba era como descubrirlo de nuevo y sentía que lo conocía desde siempre a pesar de que en realidad sólo habían pasado tres meses. Cuando la besaba, era tan excitante y novedoso como la primera vez y la atracción que había sentido nada más verlo se había convertido en algo mucho más profundo, en una confianza total.

Sabía que la excitación y el aprendizaje perdurarían en el tiempo, sobre la base de un amor sincero. No era necesario adornar algo que era muy real, sólo tenía que mirarlo para saber que compartían algo especial y duradero. Volvió a mirar el árbol, y se dio cuenta de que nunca había sido tan feliz en toda su vida.

Una mujer que estaba mirando la silla rústica recién restaurada la llamó con impaciencia y Shane se apresuró a ir a atenderla.

—Perdone —le dijo, con una sonrisa ensoñadora—. Es una silla preciosa, ¿verdad? El asiento acaba de ser restaurado —Shane se obligó a centrarse en su trabajo y le dio la vuelta a la silla para que la mujer viera el resultado final.

—Me interesa, pero el precio...

Shane reconoció el tono y se dispuso a regatear. El flujo de visitantes no empezó a disminuir hasta el mediodía. Las ganancias de la mañana no eran extraordinarias, pero sí lo bastante sólidas para que dejara de preocuparse por la considerable suma de dinero que le había dado a su madre.

El lobo aún no estaba en su puerta, se dijo con optimismo; además, con un poco de suerte y la fiebre consumista de Navidad, seguramente ganaría lo suficiente para ir tirando durante una larga temporada. Con una o dos buenas ventas, el libro de contabilidad no se hundiría en números rojos. Desde un punto de vista profesional, tenía bastante de momento con ir avanzando poco a poco y en cuanto a lo personal, tenía muy claro lo que quería y estaba dispuesta a conseguirlo cuanto antes.

Iba a casarse con Vance y ya era hora de que se lo dijera. Si él era demasiado orgulloso para pedírselo porque aún no tenía un trabajo estable, tendría que lograr que cambiara de opinión. Se sentía excitada y resuelta, porque había decidido decírselo ese mismo día. Estaba entusiasmada, convencida de que nada podía herirla en ese momento; iba a pedirle al hombre al que amaba que se casara con ella y no iba a aceptar un no por respuesta.

—Pat, ¿puedes arreglártelas sola durante una hora?

— Claro, hoy no hay demasiado movimiento. ¿Vas a otra subasta?

— No, me voy a una comida campestre.

Shane subió las escaleras a la carrera y tardó menos de diez minutos en llenar la cesta de comida. Llevaba un Chablis bien frío que le había costado una fortuna y aunque podía parecer excesivo en comparación con los bocadillos de manteca de cacahuete, le daba igual. Fue hacia la puerta trasera a toda prisa, mientras se imaginaba extendiendo el mantel delante de la chimenea de Vance.

Al salir al exterior, inhaló el aire fresco y decidió que hacía un día perfecto. No hacía ni pizca de viento, la nieve derretida iba cayendo desde el tejado con un goteo armonioso y la corriente crecida del arroyo rompía la fina capa de hielo con su empuje. Se detuvo durante unos segundos para escuchar y disfrutar de la mezcla de sonidos y la euforia que sentía se acrecentó. Era un día fantástico; el cielo tenía un profundo tono azul, las montañas cubiertas de nieve se elevaban en la distancia y los árboles desnudos relucían con la humedad.

Al oír que un coche se acercaba, levantó la mirada y se detuvo en seco al ver a Anne aparcando. Toda su alegría se desvaneció y apenas se dio cuenta de la tensión que le anudaba la base del cuello.

Con su habitual elegancia, Anne avanzó por la nieve con sus botas de piel, un sombrero a juego con la chaqueta de piel de zorro y una pequeña sonrisa de satisfacción. Llevaba unos pendientes de rubí, o al menos unas imitaciones muy conseguidas. A pesar de que Shane permaneció completamente rígida, se inclinó para que sus mejillas se rozaran en el superficial saludo típico en ella.

Shane dejó la cesta en el escalón inferior del porche, sin decir ni una palabra.

— Querida, he decidido pasarme por aquí antes de marcharme —le dijo Anne, con una sonrisa y un brillo frío en los ojos.

— ¿Vuelves a California? —le preguntó Shane, sin inflexión alguna en la voz.

— Sí, claro. Me han enviado un guión fantástico, aunque tendré que pasarme varias semanas en el lugar del rodaje. Pero ésa no es la razón de mi visita.

Shane la contempló, maravillada por su sangre fría. Era como si aquella terrible discusión no hubiera ocurrido. Entonces se dio cuenta de que aquella mujer no tenía sentimientos y que por eso lo que había pasado no le importaba lo más mínimo.

— ¿Por qué has venido, Anne?

— ¡Para felicitarte, claro!

— ¿Para felicitarme? —Shane enarcó una ceja; en cierto modo, era más fácil saber que la mujer que tenía delante era una mera desconocida. Los vínculos no se creaban con unos cuantos genes compartidos, sino con amor o cariño, o al menos respeto.

— La verdad es que no creí que fueras capaz de llegar tan lejos, Shane, pero estoy gratamente sorprendida.

Ambas se asombraron cuando Shane soltó un suspiro de impaciencia.

— ¿Quieres ir al grano? Estaba a punto de irme.

— No te enfades. Me alegro mucho por ti, es maravilloso que hayas cazado a un hombre así.

— ¿Qué?

— Me refiero a Vance Banning, querida — Anne sonrió antes de añadir —: ¡vaya una conquista!

— Qué raro, yo no me lo había planteado así — Shane hizo ademán de agarrar la cesta.

— El presidente de Construcciones Riverton no es un éxito cualquiera... ¡es un triunfo!

Shane se quedó helada con la mano en la cesta, volvió a incorporarse y miró a Anne de lleno a los ojos.

— ¿De qué estás hablando?

— Shane, has tenido una suerte increíble, ese hombre está forrado. Supongo que podrás convertir tu tiendecita en un palacio de antigüedades, si quieres un pasatiempo — soltó una carcajada seca antes de añadir —: ¿Quién iba a decir que la pequeña Shane conseguiría cazar a un millonario a la primera? Si tuviera más tiempo, insistiría en que me explicaras cómo lo conseguiste.

— No sé de qué estás hablando — Shane empezó a sentir que el pánico la invadía. Quiso dar media vuelta y echar a correr, pero sus piernas se negaban a reaccionar.

— Sólo Dios sabe por qué eligió venir a este pueblucho, pero para ti fue una suerte que lo hiciera... y además justo al lado. Supongo que piensa conservar la casa como una especie de nidito de amor, cuando os mudéis a Washington — Anne pensó con envidia en la casa fabulosa que iba a tener Shane, en los criados y en las fiestas, pero se esforzó por mantener el tono de voz alegre —. No te imaginas lo contenta que me puse cuando me enteré de que tienes una relación con el propietario de la empresa constructora más grande del país.

— Riverton — dijo Shane, completamente entumecida.

— Es una empresa con mucho prestigio, querida. Me pregunto cómo vas a encajar tú en ese mundo, pero... — se encogió de hombros y se dispuso a dar el golpe de gracia —. Aunque es una pena lo del escándalo de su primera esposa.

— ¿Esposa? — repitió Shane con voz queda. Sintió ganas de vomitar, pero consiguió decir —: ¿La esposa de Vance?

— ¡No me digas que no te lo ha contado! — aquello era justo lo que había estado esperando. Anne sacudió la cabeza y suspiró —. Qué poco considerado de su parte, típico de un hombre pensar que una ingenua de pueblo va a creerse todo lo que le digan — chasqueó la lengua con desaprobación mientras pensaba para sus adentros en el golpe que iba a llevarse Vance Banning, sin pensar ni por un momento en el daño que estaba causándole a su hija —. Al menos, tendría que haberte contado que ya había estado casado, aunque no hubiera entrado en detalles.

—No... no te entiendo —Shane tragó para controlar las náuseas.

—Fue un escándalo muy jugoso. Su mujer era toda una belleza, puede que incluso fuera demasiado guapa —hizo una pequeña pausa antes de añadir—: Uno de sus amantes le metió una bala en el corazón... al menos, eso es lo que los Banning quisieron que creyera todo el mundo —la expresión conmocionada de Shane le produjo una satisfacción enorme. Era indudable que Vance Banning iba a recibir su merecido—. Silenciaron el asunto con mucha rapidez, todo fue bastante raro. Bueno, tengo que irme si no quiero perder el avión. Chao, querida. No dejes que se te escape esa mina de oro, hay montones de mujeres deseando atrapar a ese hombre —tocó el pelo de Shane con un dedo y comentó—: Por el amor de Dios, búscate una peluquera decente. Supongo que Vance cree que eres... refrescante, así que será mejor que consigas que te ponga el anillo en el dedo antes de que se aburra —rozó la mejilla de Shane con la suya y volvió a su coche sin más, sintiéndose muy satisfecha porque había conseguido que Vance tuviera que pagar un precio muy caro por sus amenazas.

Shane se quedó inmóvil y a pesar de que tenía la mirada fija en Anne, no la veía; de hecho, no veía nada. El dolor estaba latente, atrapado en el hielo de la conmoción que acababa de sufrir. Anne se habría sorprendido de haberlo sabido, porque como era una mujer completamente ajena al dolor emocional, daba por hecho que Shane sólo sentiría furia. Pero la furia estaba envuelta en el dolor y el dolor esperaba el momento de salir a la superficie.

El brillo del sol en la nieve parecía cegador, una brisa súbita y helada la golpeó de lleno, como aprovechando que tenía el abrigo desabrochado y un cardenal se posó sobre una rama baja. Shane permaneció inmóvil sin darse cuenta de nada, pero finalmente su mente empezó a funcionar poco a poco.

Se dijo que no era verdad, que Anne se lo había inventado por alguna razón inexplicable. ¿El presidente de Riverton...? No, él le había dicho que era carpintero. Vance era carpintero, ella misma había visto su trabajo. El había... había trabajado para ella, había aceptado el empleo que le había ofrecido. ¿Por qué iba a hacerlo, cómo iba a hacerlo, si era quien Anne decía? «Su primera esposa».

Shane sintió la primera punzada de dolor. No, no podía ser, Vance se lo habría contado, él la amaba. Sería incapaz de mentirle o de fingir, sería incapaz de burlarse de ella dejando que creyera que estaba desempleado, siendo el presidente de una de las empresas de construcción más grandes del país. No le habría dicho que la quería, sin contarle quién era de verdad. «Su primera esposa».

Shane oyó un suave gemido de desesperación, sin darse cuenta de que procedía de ella.

Se quedó mirándolo sin poder reaccionar al verlo acercándose por el sendero y cuando el torbellino de pensamientos se detuvo de golpe, supo que había sido una tonta.

Vance sonrió al verla y aceleró el paso, pero cuando estaba a varios metros de distancia, reconoció su expresión conmocionada.

—¿Shane? —se acercó a ella a toda prisa, pero cuando intentó abrazarla, ella retrocedió.

—Mentiroso —le dijo, con un susurro roto—. Todo mentiras... todo lo que me dijiste —sus ojos lo acusaron y le rogaron a la vez.

—Shane...

—¡No!

Al oír el pánico en su voz, Vance bajó la mano que había alargado hacia ella. Se dio cuenta de que se había enterado de todo antes de que pudiera contárselo y se apresuró a decirle:

—Shane, deja que te lo explique.

—¿Quieres explicármelo? —ella se pasó los dedos por el pelo en un gesto de desesperación y añadió—: ¿Cómo vas a hacerlo? ¿Cómo puedes explicarme que dejaste que te tomara por alguien que no eres? ¿Cómo puedes explicarme por qué no te molestaste en decirme que eres el presidente de Riverton, que has... que has estado casado? Confié en ti —añadió en un susurro—. Dios, ¿cómo he podido ser tan tonta?

Vance habría podido lidiar con su furia, pero no tenía ni idea de cómo podía enfrentarse a su desesperación; sintiéndose impotente, se metió las manos en los bolsillos para no tocarla.

—Shane, te lo habría contado, iba a...

—¿En serio? —ella soltó una carcajada áspera—. ¿Cuándo? ¿Cuando te hubieras aburrido de la broma?

—Nunca fue ninguna broma —le dijo él con furia, mientras intentaba controlar el pánico creciente que sentía—. Quería decírtelo, pero cada vez que...

—¿Que no fue una broma? —los ojos de Shane brillaron con la llegada de la furia y de las lágrimas—. Dejaste que te diera un trabajo, dejaste que te pagara seis dólares por hora... ¿no te parece gracioso?

—No quería tu dinero. Intenté decírtelo, pero no quisiste escucharme —frustrado, le dio la espalda hasta que consiguió controlarse—. Ingresé los cheques en una cuenta que abrí a tu nombre.

—¡Cómo te atreves! —Shane enloqueció con el dolor de la traición, ciega y sorda a todo lo demás—. ¿Cómo te atreves a jugar conmigo? Yo te creí, me lo creí todo. Pensé... pensé que estaba ayudándote, pero has estado riéndote de mí durante todo este tiempo.

—Maldita sea, Shane... nunca me he reído de ti —incapaz de seguir conteniéndose, la agarró de los hombros—. Sabes que nunca lo he hecho.

—No sé cómo podías contener la risa cuando estabas conmigo. Eres un tipo muy listo, Vance —Shane tuvo que sofocar un sollozo.

—Shane, si intentaras entender por qué vine, por qué quise dejar la empresa durante una temporada... —Vance luchó por encontrar las palabras adecuadas, pero

el pánico le nublaba la mente—. No tenía nada que ver contigo, no esperaba involucrarme con nadie.

—¿Decidiste divertirme con una estúpida pueblerina crédula para no aburrirme? —le preguntó ella, mientras intentaba zafarse de sus manos—. Pensaste en representar el papel de pobre trabajador para entretenerme, ¿no?

—Claro que no —fuera de sí, Vance la sacudió y le dijo—: No es posible que creas algo así.

—Yo estaba tan dispuesta a acostarme contigo... ¡y tú lo sabías! —dijo ella con un sollozo, mientras intentaba apartarlo a empujones—. Nunca te oculté ningún secreto.

—Yo sí que lo hice, pero tenía mis razones —admitió él con voz tensa.

—Sabías lo mucho que te quería, lo mucho que te deseaba, ¡me utilizaste! —Shane soltó un gemido y se tapó la cara con las manos—. Oh, Dios, me abrí por completo a ti.

Shane lloraba con el mismo abandono honesto con el que reía. Vance la apretó contra su pecho, mientras se decía que si lograba calmarla, podría conseguir que lo entendiera.

—Shane, por favor, tienes que escucharme.

—No, claro que no. No te perdonaré nunca, ni creeré nada de lo que me digas. ¡Suéltame, maldita sea!

—No pienso hacerlo hasta que te calmes y escuches lo que tengo que decirte.

—¡No! No pienso escuchar más mentiras, no voy a dejar que vuelvas a burlarte de mí. Todo éste tiempo... mientras yo estaba dándotelo todo, tú estabas mintiéndome y riéndote de mí. Yo sólo era un pasatiempo para no aburrirme por las noches mientras estabas de vacaciones.

—Maldita sea, Shane... me conoces lo suficiente para saber que eso no es verdad —le dijo él, con la cara rígida de furia.

Ella se quedó inmóvil y sus lágrimas parecieron helarse mientras lo miraba sin expresión alguna. Nada de lo que había dicho hasta el momento le impactó tanto como aquella mirada.

—No te conozco —le dijo ella con voz queda.

—Shane...

—Quítame las manos de encima.

Al oír su voz carente de todo sentimiento, Vance sintió que sus dedos se aflojaban, y ella retrocedió hasta que dejaron de tocarse.

—Quiero que te largues y me dejes en paz. Mantente alejado de mí —le dijo ella completamente impasible, mirándolo a los ojos—. No quiero volver a verte.

Shane dio media vuelta, subió los escalones del porche y entró en la casa. Cuando cerró la puerta tras de sí, sólo quedó un silencio absoluto.



Más allá de la ventana, las calles estaban atestadas de tráfico y la nieve constante que caía incrementaba la confusión. Bajo el toldo de una tienda que había al otro lado de la calle, un Papá Noel de mejillas sonrosadas hacía sonar su campana y daba las gracias a todo el que metía alguna moneda en su cubo. La escena era como una pantomima, porque el grueso vidrio de la ventana y las paredes macizas impedían que entraran los sonidos del exterior. Vance permaneció de espaldas a su lujoso y espacioso despacho y siguió con la mirada fija en la calle.

Había hecho su obligatoria aparición en la fiesta de Navidad de la empresa, que aún seguía en pleno apogeo en una enorme sala de conferencias de la tercera planta. Cuando acabara, todo el mundo se iría a pasar la velada con sus familiares o con sus amigos. Él había recibido más de una docena de invitaciones para la víspera de Navidad desde que había vuelto a Washington, pero las había rechazado todas. Cumplir con su obligación como presidente de la compañía era muy diferente a pasarse varias horas de celebración y hablando de naderías. Ella no estaría allí, se dijo, con la mirada fija en la acera nevada.

Dos semanas. En dos semanas, había solucionado varios problemas contractuales bastante fastidiosos, había planeado la puja por la nueva planta de un hospital en Virginia y había asistido a una acalorada reunión de la junta directiva. Había acabado con todo el papeleo pendiente y se había enfrentado a una pequeña intriga corporativa que quizás le habría parecido divertida si hubiera estado durmiendo bien. Pero no podía dormir y tampoco podía olvidar. En aquella ocasión, el trabajo no era una cura para sus males y Shane seguía atormentándolo como había hecho desde que la había visto por primera vez.

Dio media vuelta y fue a sentarse tras su enorme escritorio de roble, que no tenía encima ni un solo papel. En una vorágine de energía frustrada, se había ocupado de todos los memorandos, cartas y contratos pendientes y había sometido a su secretaria y a sus asistentes a una orgía de trabajo constante. Pero ya sólo le quedaba un escritorio vacío y un calendario libre.

Se planteó la posibilidad de ir a Des Moines para supervisar el progreso de unos bloques de pisos que la empresa estaba construyendo allí, pero soltó una carcajada al imaginarse el pánico que se generaría en la sucursal de Iowa con la llegada del jefe. No era justo que les diera un susto de muerte sólo porque era incapaz de tranquilizarse. Con la mirada fija en la pared opuesta, se preguntó qué estaría haciendo Shane.

No se había marchado furioso; de hecho, le habría resultado más fácil si hubiera sido así. Se había marchado porque era lo que Shane quería y como no podía culparla por ello, la situación era increíblemente frustrante. ¿Por qué iba a escucharlo o a intentar entenderlo? Parte de lo que ella le había echado en cara era la pura verdad y por eso le había resultado tan difícil convencerla de que lo había malinterpretado. Era cierto que la había engañado; o al menos, que no había sido honesto, y para Shane lo uno era lo mismo que lo otro.

Sabía que le había hecho mucho daño, que la expresión de dolor y de angustia de su rostro había sido culpa suya, y eso era imperdonable. Se levantó de la silla de golpe y empezó a pasearse de un lado a otro del despacho. Si Shane lo hubiera

escuchado, si le hubiera concedido sólo un momento para que pudiera explicarse... miró ceñudo por la ventana, cada vez más indignado al pensar que le había creído capaz de reírse y burlarse de ella. Por primera vez en dos semanas, se sintió furioso de verdad. No pensaba quedarse de brazos cruzados mientras ella convertía lo más importante de su vida en una broma.

Shane ya había dicho lo que pensaba, se dijo, mientras se dirigía con paso decidido hacia la puerta. Ya era hora de que él tuviera su turno de réplica.

—Shane, no seas cabezota —le dijo Donna, mientras la seguía desde la zona del museo hasta la tienda.

—No soy cabezota, es verdad que estoy muy ocupada —para probar que era cierto, Shane empezó a hojear un catálogo para calcular el precio de los últimos objetos que había incorporado a la tienda—. Tengo el papeleo muy atrasado por culpa del ajetreo de Navidad. Tengo que archivar unas facturas y poner los libros de contabilidad al día.

—Eso son chorradas —le dijo Donna con voz firme, antes de cerrarle el catálogo.

—Mira, Donna...

—No, no miro nada y somos dos contra una —Donna se llevó las manos a las caderas y señaló a Pat con un gesto—. No vamos a permitir que pases sola en esta casa la Nochebuena y se acabó.

Pat se apresuró a respaldar a su cuñada.

—Venga, Shane, ánimate. Deberías ver a Donna y a Dave intentando atrapar a Benji cuando el niño va a por el árbol; además, como Donna está cada vez más enorme, no es tan rápida como antes —Pat le lanzó una sonrisa a la futura madre.

Shane soltó una carcajada, pero hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Os prometo que iré mañana, tengo un regalo muy ruidoso para Benji. Seguramente no volverás a dirigirme la palabra, Donna.

—Shane, Pat me ha contado que te pasas todo el día como un alma en pena —Donna la agarró por los hombros—. Sólo hace falta mirarte para darse cuenta de que estás hecha polvo y desanimada.

—No estoy desanimada —protestó Shane.

—¿Sólo hecha polvo?

—Yo no he dicho...

—Mira, no sé lo que pasó entre Vance y tú...

—Donna...

—Y no voy a preguntártelo, pero no esperarás que me quede cruzada de brazos mientras mi mejor amiga lo está pasando tan mal, ¿verdad? ¿Crees que voy a pasármelo bien sabiendo que estás aquí sola?

— Donna... — Shane le dio un fuerte abrazo y al apartarse de nuevo añadió —: Te lo agradezco mucho, de verdad, pero en estos momentos soy una compañía deprimente.

— Eso ya lo sé.

Shane se echó a reír y volvió a abrazarla.

— Por favor, vete con Pat y disfruta de tu familia.

— Ha hablado la mártir.

— No soy... — Shane empezó a protestar con indignación, pero se detuvo al ver el brillo en los ojos de su amiga y le dijo —: Eso no va a funcionarte. Si crees que puedes enfadarme para que quiera demostrarte que te equivocas...

Donna se acercó a una mecedora y dijo con firmeza:

— Vale, entonces me quedaré aquí sentada. El pobre Dave va a tener que pasar la Nochebuena sin mí y mi hijito va a preguntarse dónde está su madre, pero... — entrelazó las manos con un suspiro de resignación tras sentarse.

— Donna, por favor — Shane se pasó una mano por el pelo, sin saber si reír o llorar —. Tú sí que eres una mártir.

— No estoy quejándome por mí, sino por mi familia. Pat, dile a Dave que hoy no voy a ir a casa y sécale las lágrimas a Benji por mí.

Pat soltó una carcajada y Shane hizo una mueca de fastidio y comentó:

— Voy a vomitar de un momento a otro. Vete a tu casa, Donna, voy a cerrar la tienda.

— Vale, ve a por tu abrigo. Conduzco yo.

— Donna, no voy a... — se interrumpió al oír que se abría la puerta y al ver que Donna palidecía, se volvió y vio a Vance.

— Bueno, tenemos que irnos — se apresuró a decir Donna —. Vamos, Pat. Seguro que Dave está desesperado, intentando evitar que Benji destroce el árbol. Feliz Navidad, Shane — tras darle un beso rápido en la mejilla, agarró su abrigo.

— Espera, Donna...

— Perdona, pero es que tenemos mucha prisa. Tengo un millón de cosas por hacer. Hola, Vance, me alegro de verte. Vamos, Pat.

Las dos se fueron antes de que Shane pudiera protestar y Vance enarcó una ceja ante aquella salida precipitada pero no hizo ningún comentario al respecto. Se limitó a mirar a Shane mientras el silencio se alargaba y la furia que lo había llenado hasta ese momento se desvaneció al verla de nuevo.

— Shane... — murmuró.

— Voy... voy a cerrar.

— Perfecto, así no nos molestará nadie — Vance se volvió hacia la puerta y corrió el cerrojo.

—Vance, estoy ocupada. Tengo que... —intentó pensar en algo importante y finalmente dijo—: Tengo que hacer cosas —al ver que él permanecía inmóvil y en silencio, añadió—: Por favor, vete.

—No. Lo he intentado, pero no puedo.

Vance se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de una silla. Shane lo contempló, sin saber cómo reaccionar al verlo vestido con traje a medida y corbata de seda. Aquella ropa tan cara le recordó que en realidad no lo conocía, pero seguía amándolo a pesar de todo. Le dio la espalda y empezó a jugar con unos adornos de cristal tallado.

—Vance, tengo que arreglar unos asuntos antes de irme, voy a cenar a casa de Donna.

—Ella no parece esperarte —Vance se acercó a ella y posó las manos en sus hombros—. Shane...

Ella se tensó de inmediato y exclamó:

—¡No me toques!

El la soltó poco a poco y bajó las manos a los lados.

—Maldita sea... muy bien, no te tocaré —le dijo con tono salvaje, antes de volverse con brusquedad.

—Vance, ya te he dicho que estoy ocupada.

—Me dijiste que me querías.

Shane se volvió de inmediato hacia él y lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo puedes echarme eso en cara?

—¿Era mentira? —le preguntó él.

Shane abrió la boca, pero volvió a cerrarla para no decir algo de lo que después pudiera arrepentirse. Alzó la barbilla y lo miró sin parpadear.

—Quería al hombre que fingías ser.

Vance hizo una mueca de dolor, pero no se amilanó.

—Un golpe directo, Shane —le dijo con voz queda—. Me sorprendes.

—¿Por qué? ¿Porque no soy tan estúpida como creías?

—¡No digas eso!

Al oír el dolor en su voz, Shane le dio la espalda de nuevo y dijo:

—Perdona, no quiero que entremos en reproches y comentarios hirientes. Sería mejor para los dos que te fueras.

Vance respiró hondo y apretó los puños con fuerza. Había ido listo para discutir, para intimidar y para suplicar, pero parecía incapaz de articular una explicación coherente.

—De acuerdo, me iré... pero sólo si antes me escuchas.

—Vance, ¿qué más da? —le preguntó ella con cansancio.

Él sintió que se le retorcían las entrañas al oír el tono irrevocable de aquellas palabras, pero con un gran esfuerzo logró mantener la voz tranquila al decir:

—No va a pasarte nada por escucharme durante unos minutos.

—De acuerdo —Shane se volvió hacia él y le dijo con decisión—: De acuerdo, voy a escucharte.

Vance permaneció en silencio por un momento y entonces empezó a pasearse de un lado a otro, como si las emociones que se arremolinaban en su interior le impidieran quedarse quieto.

—Vine a vivir aquí porque tenía que alejarme de todo... o puede que en realidad necesitara esconderme, ya no lo sé. Era muy joven cuando me hice cargo de la empresa, pero no era lo que yo quería —se detuvo y la miró a los ojos al añadir—: Es verdad que soy carpintero, Shane. Soy el presidente de Riverton porque no tengo más remedio; las razones no importan en éste momento, pero la posición social y el cargo no cambian quién soy.

Permaneció en silencio durante unos segundos, pero al ver que ella no hacía ningún comentario, siguió diciendo:

—Estuve casado con una mujer a la que habrías reconocido con facilidad, porque era hermosa, encantadora y completamente artificial, egoísta, carente de sentimientos y hasta cruel.

Shane frunció el ceño, ya que aquella descripción le recordó de inmediato a Anne.

—Por desgracia, yo no me di cuenta de cómo era en realidad hasta que ya era demasiado tarde —Vance se detuvo un momento, ya que la admisión que iba a hacer le resultaba muy dolorosa—. Me casé con la mujer que fingía ser.

Como estaba de espaldas a Shane, no vio su súbito cambio de expresión. Ella lo miró con los ojos llenos de dolor, un dolor que no era por sí misma, sino por él.

—En la práctica, el matrimonio acabó al poco de empezar, pero como no pude romperlo legalmente por todo lo que conllevaba un divorcio, vivimos durante varios años sin poder soportarnos el uno al otro. Yo me sumergí en la empresa hasta que mi trabajo se volvió casi una obsesión y ella empezó a tener amantes. Deseaba con todas mis fuerzas que saliera de mi vida y cuando falleció, tuve que vivir sabiendo que había deseado su muerte muchísimas veces.

—Oh, Vance...

—Todo eso acabó hace dos años y me enterré en mi trabajo... y en mi amargura. Llegué a tal extremo, que ya ni me reconocía a mí mismo y por eso compré la casa y me tomé unas largas vacaciones. Necesitaba apartarme de la persona en la que me había convertido, descubrir si realmente era así —se pasó la mano por el pelo, y siguió diciendo—: Me traje toda mi amargura auestas y cuando apareciste y fui incapaz de apartarte de mi mente, quise mantenerme apartado de ti. Intenté ver fallos en ti... me esforcé en buscarlos, porque me daba miedo creer que realmente fueras tan... tan generosa. La verdad es que no quería que lo fueras, porque sabía que

sería incapaz de resistirme a ti —con los ojos oscurecidos de emoción fijos en los suyos, añadió—: Shane, no te quería... y te quería tanto que me dolía. Creo que me enamoré de ti en el mismo instante en que te vi.

Vance respiró hondo y se volvió para fijar la mirada en las luces cambiantes del árbol.

—Podría habértelo dicho... debería haberlo hecho, pero al principio necesitaba que me quisieras sin saberlo. Sé que es imperdonable y que fui un egoísta.

Shane recordó los secretos que había visto en sus ojos y que se había dicho a sí misma que le pertenecían hasta que estuviera dispuesto a revelárselos; aun así, le dolía que no hubiera confiado en ella.

—¿De verdad creíste que todo eso me importaría lo más mínimo?

—No.

—Entonces, ¿por qué me lo ocultaste? —Shane no supo qué pensar.

—No lo hice a propósito, pero las circunstancias... —Vance se interrumpió, porque ya no estaba tan seguro de poder conseguir que lo entendiera—. Estuve a punto de decírtelo la primera noche que estuvimos juntos, pero no quise que el pasado estropeará aquel momento perfecto. Me dije que no era pedir demasiado y que te lo explicaría todo al día siguiente... ¡Dios, Shane! Te juro que lo habría hecho —dio un paso hacia ella, pero se obligó a detenerse—. Estabas tan perdida, tan vulnerable después de discutir con Anne, que no pude hacerlo. ¿Cómo podía cargarte con algo así después de lo que acababas de soportar?

Shane permaneció en silencio mientras recordaba con claridad todo lo que él le había dicho la primera noche, la tensión que había notado en él, las insinuaciones de que aún quedaban cosas por decir. Y también recordó la ternura que había mostrado al día siguiente.

—Aquella noche no necesitabas mis problemas, sino mi apoyo —siguió diciendo él—. Tú me lo diste todo desde el principio y conseguiste que volviera a ser quien era y yo sabía que tomaba muchísimo sin darte apenas nada. Aquella noche, fue la primera vez que me pediste algo.

—Yo no te di nada —le dijo ella, sin acabar de entender a qué se refería.

—¿Cómo puedes decir eso? Confiaste en mí y me ofreciste tu comprensión y conseguiste que volviera a reírme de mí mismo. A lo mejor no te das cuenta de lo importante que es eso, porque tú nunca has perdido esa capacidad. Pensé que había llegado mi oportunidad de darte algo y me propuse ayudarte a que superaras el disgusto de lo de tu madre. Intenté decírtelo de nuevo cuando discutimos por los dichosos muebles de comedor —entrecerró los ojos y admitió—: Te los compré de todas maneras.

—¿Qué...?

—No puedes evitarlo, ya está hecho —la cortó él, con voz desafiante.

—Ya veo.

—¿En serio? ¿Lo ves de verdad? Lo único que ves cuando levantas tanto la barbilla es tu propio orgullo —al ver que abría y cerraba la boca, indignada, murmuró—: No pasa nada, sería muy difícil soportarte si fueras perfecta —se acercó a ella, pero tuvo mucho cuidado de no tocarla—. Nunca me propuse engañarte de forma deliberada, pero lo hice de todas formas. Quiero pedirte que me perdones, aunque no puedas aceptar quién soy.

Shane bajó la mirada y contempló sus manos durante unos segundos.

—No es que no pueda perdonarte, es que no sé si puedo entenderte —admitió con voz queda—. No sé nada sobre el presidente de Riverton, porque al que conocía era al hombre que compró la casa de los Farley —levantó la mirada hacia él y añadió—: Era huraño y maleducado, pero tenía una bondad muy honda que intentaba ocultar a toda costa. Y yo le amaba.

—Sólo Dios sabe por qué —comentó él—. Si eso es lo que te gustaba de mí no hay problema, porque te aseguro que sigo siendo huraño y maleducado.

Shane soltó una carcajada y apartó la mirada.

—Vance, todo esto me ha pillado por sorpresa. A lo mejor si tuviera tiempo de acostumbrarme, de reflexionar... no lo sé. Cuando pensaba que sólo eras un... —hizo un gesto de impotencia con las manos, y añadió—: Todo parecía muy fácil.

—¿Es que sólo me querías porque pensabas que estaba desempleado?

—¡No! —Shane intentó explicarse—. Yo no he cambiado, sigo siendo exactamente lo que parezco. ¿Qué va a hacer conmigo el presidente de Riverton? Ni siquiera bebo martinis.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Vance, sé sincero conmigo, sabes que yo no encajo en tu mundo. No conseguiría ser elegante ni con años de práctica.

—¿Qué demonios te pasa? —furioso, Vance la agarró de los hombros para obligarla a que lo mirara a la cara—. ¿Elegante? ¡Por el amor de Dios, Shane! ¿A qué viene esa tontería? Tuve más que suficiente de esa supuesta «elegancia» a la que te refieres y no pienso dejar que me apartes de ti por una visión completamente equivocada de mi estilo de vida. Si no puedes aceptar que sea el presidente de Riverton, renunciaré a mi cargo.

—¿Qué?

—Que renunciaré al cargo, que dejaré la empresa.

Ella se quedó mirándolo boquiabierta y finalmente dijo con voz maravillada:

—Lo dices en serio, realmente lo dices en serio.

—Pues claro que lo digo en serio —le espetó él con impaciencia—. ¿De verdad crees que la empresa es más importante para mí que tú? ¡Dios, eres idiota! —hecho una furia, se apartó de ella—. En vez de gritarme por lo que he hecho y de exigirme que te cuente todos los detalles escabrosos de mi primer matrimonio, en vez de obligarme a que me arrastre suplicando tal y como estoy dispuesto a hacer... ¡En vez

de todo eso, empiezas a soltar idioteces sobre martinis y elegancia! —soltó una imprecación y fijó la mirada en la ventana.

Shane tragó con dificultad para intentar contener una súbita e inoportuna carcajada.

— Vance...

— Cierra el pico, me vuelves loco.

Cuando vio que agarraba con brusquedad su abrigo de encima de la silla, Shane temió que fuera a marcharse y abrió la boca para intentar detenerlo, pero Vance se limitó a sacar un sobre del bolsillo y volvió a soltar el abrigo.

— Ten —le dijo, al alargarle el sobre.

— Vance...

Él le agarró la mano, la obligó a que tomara el sobre y le ordenó:

— Ábrelo.

Shane decidió que lo más prudente era una retirada temporal, así que obedeció y se quedó mirando atónita los dos billetes de ida y vuelta a Fiyi.

— Alguien me dijo que era un buen sitio para una luna de miel —comentó Vance, un poco más calmado—. Pensé que a lo mejor seguía pensándolo.

Cuando Shane lo miró con el corazón en los ojos, Vance la abrazó con fuerza y la besó con los billetes atrapados entre sus cuerpos. Shane respondió sin dudas ni reservas y se aferró a él con pasión. Era incapaz de saciarse de él y aquel beso desesperado despertó en su interior un deseo ardiente.

— Te he echado tanto de menos... —susurró contra sus labios—, hazme el amor, Vance. Vamos arriba a hacer el amor.

Él hundió la cara en su cuello y contestó:

— Ni hablar, aún no me has dicho que vendrás a Fiyi conmigo de luna de miel —a pesar de sus palabras, empezó a deslizar las manos bajo su jersey. Gimió al acariciar su piel cálida y suave y la tumbó en el suelo.

— ¡Vance, tu traje! —Shane se echó a reír sin aliento mientras intentaba apartarse de él—. Espera a que estemos arriba.

— Cállate —Vance se aseguró de que le obedeciera besándola profundamente de nuevo, pero de inmediato se dio cuenta de que ella no estaba temblando de pasión, sino de risa. Levantó la cabeza y al ver el brillo de diversión de sus ojos, dijo exasperado—: ¡Maldita sea, estoy intentando hacerte el amor!.

— Bueno, entonces será mejor que al menos te quites la corbata —Shane enterró la cara en su hombro y se echó a reír—. Lo siento, Vance, pero es que es tan divertido... me estás pidiendo que vaya a Fiyi contigo de luna de miel antes de que yo te pida que te cases conmigo y...

— ¿Que vas a ser tú quien me lo pida a mí?



—Sí, claro —contestó ella con naturalidad—. Iba a hacerlo, aunque pensaba que tendría que superar algún problemilla tonto relacionado con tu ego. Como pensaba que no tenías trabajo...

—¿Creías que mi ego iba a darte problemas?

—Claro. Además, ahora que sé que eres una persona tan importante... ¡vaya, esta corbata es de seda de verdad! —exclamó, cuando empezó a luchar por deshacerle el nudo.

—Sí —Vance dejó que ella examinara la corbata con curiosidad durante unos segundos, pero finalmente dijo—: ¿Y ahora que sabes que soy una persona importante...?

—Será mejor que te atrape cuanto antes.

—¿Quieres atraparme? —Vance le dio un mordisco en la oreja.

Shane soltó una risita y le rodeó el cuello con los brazos.

—Y aunque me niegue a beber martinis o a ser elegante, seré una esposa fantástica para un... —enarcó una ceja y le preguntó—: ¿Qué eres exactamente?

—Un loco.

—Un presidente corporativo —decidió ella al fin—. Me parece que no podrías haber conseguido a nadie mejor... Oye, ahora que lo pienso, estás haciendo un muy buen negocio —le dio un sonoro beso y le preguntó—: ¿Cuándo nos vamos a Fiyi?

—Pasado mañana —le dijo él, antes de levantarse y de cargársela al hombro.

—Vance, ¿qué estás haciendo?

—Estoy llevándote arriba para hacer el amor contigo.

—Vance, ya te dije que no pienso permitir que me lleves así de un lado a otro, ésta no es forma de tratar a la prometida del presidente de Riverton —Shane se esforzó por sofocar una carcajada.

—Aún no has visto nada —le dijo él.

Exasperada, Shane le dio un pequeño puñetazo en la espalda.

—Vance, bájame... ¡te lo digo muy en serio!

—¿Estoy despedido?

Ella se echó a reír y exclamó:

—¡Sí!

—Bien —Vance le rodeó firmemente las piernas con un brazo y la llevó escaleras arriba.

*Fin*